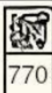
José Ovejero

Cuentos para salvarnos todos





«… formo parte de un grupo de combate contra la soledad. Sí, señor: comando suicida dispuesto a todo. Somos nueve. Nueve ratas grises que han decidido transmitir al resto de la especie sus conocimientos adquiridos en ardua experimentación. Queremos devolver al universo la unidad perdida. Somos ratas prisioneras en una tarea de magnitud cósmica».

Los autores de los cuentos contenidos en este libro deciden transformar el universo desde la literatura. Así de sencillo. Así de ambicioso. No se trata ya de que las palabras lleven a la acción transformadora, sino de que las propias palabras cambien la realidad. Hablar, escribir, para comprender la soledad, para materializarla y para destruirla. Alrededor de la soledad se construyen teorías, se imaginan mundos, se inventan argucias para eludirla. Pero la soledad es correosa, tenaz, capaz de triunfar en medio de la multitud. Sobre todo en medio de la multitud…

Con una imaginación fuera de lo común, José R. Ovejero narra la historia de un empeño. Para ello inventa las situaciones y los protagonistas más diversos, desde un rey oriental que renunció voluntariamente al habla hasta una camboyana que ve cómo los jemeres rojos se llevan a su amado para matarlo o un aparentemente anodino hombre de la calle. El resultado es un singular libro de relatos que recuerda aquellos festines renacentistas en que los comensales se turnaban a desgranar cuentos. Si hay salvación, no se sabe, pero Cuentos para salvarnos todos es un severo antídoto al desaliento.

José Ovejero

Cuentos para salvarnos todos

ePub r1.0

Titivillus 16.02.2024

Título original: *Cuentos para salvarnos todos*
José Ovejero, 1996
Ilustración de cubierta: Francesco Clemente, *Tumbas alpinas* (fragmento), 1987
Colección: Áncora & Delfín,
n.º
770

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Declaración de principios

Dolorosamente conscientes de que el mundo se adentra por el camino equivocado, por una senda que sólo conduce a la dispersión, el enfrentamiento y la desintegración de todos sus componentes, queremos atajar tan lamentable proceso con una obra colectiva que pueda surcar, como un relámpago de consciencia, las mentes de nuestros lectores, y nos permita ganarlos para una buena causa: la vuelta a la unidad primigenia.

Que no haya malentendidos: no propagamos una religión de salvación personal, no somos heraldos de esa gacha tibia de ideas que hoy en día —los tiempos son tenebrosos— se apresuran a regurgitarnos dudosos santurrones, místicos obesos y profetas rijosos; ni queremos ponernos a la cabeza de un ejército de adolescentes granujientos, monjas decepcionadas y ejecutivos de incipiente calvicie a la búsqueda de una ideología poco exigente que les permita mirarse cada mañana al espejo sin verse obligados a vomitar de desconsuelo ante tanto desperdicio. No ofrecemos, no damos nada. El cielo no existe, y el infierno no puede ser peor que la soledad de quien se masturba en el entresuelo de un cine de barrio. No, no te vendemos la salvación a ti, cuya mujer sólo te mira para embadurnarte con su desprecio viscoso, ni a ti, cuyo hijo, que apenas acaba de salir de la adolescencia, te ha dicho ayer que está hasta las mismísimas narices de oír tu cantinela sobre lo hermosa que es la camaradería en el ejército. Ni siquiera a ti, felizmente casado, con dos hijas que te adoran, con un ascenso en ciernes y que necesitas a veces un alka-seltzer para aliviarte del delicado empacho de tanta simpleza. Ni al alcohólico anónimo, ni al vendedor de biblias a domicilio, ni al suicida fallido, ni al homosexual avergonzado de serlo. No, nuestra iniciativa no va dirigida a salvar del naufragio a un par de ratas asustadas. Lo que pretendemos es salvar el barco.

Decía Borges, llevando el pensamiento de Schopenhauer a sus últimas consecuencias, que «las cosas que le ocurren a un hombre les

ocurren a todos». Poe, en Eureka*, su libro más profundo y menos conocido a la vez, afirma que todos los átomos del universo pugnan por regresar a la unidad inicial, que él identifica con Dios. Una importante escuela de la física moderna confirma la agudísima visión de Poe, pues reconoce que, aunque el universo se encuentra aún en una fase de expansión cuya fuerza motriz es la energía liberada durante la explosión que lo dio a luz, llegará un momento en que dicha fuerza sea inferior a la generada por la atracción recíproca de los cuerpos, tal como la definió la ley de Newton, por lo que inevitablemente se iniciará un proceso de contracción, de regreso de todo lo existente al seno primordial de lo indiferenciado. Jung, por su parte, descubre junto al subconsciente individual un subconsciente colectivo, independiente de las experiencias de cada individuo, en el que se plasman las de toda la humanidad, demostrando así que cada uno de nuestros actos contribuye a la creación de una realidad que nos transciende. El biólogo británico Sheldrake ha desarrollado la teoría de los campos morfogenéticos, según la cual existe un misterioso modo de comunicación remota entre miembros de una misma especie: dicha teoría se ve confirmada por recientes experimentos en el campo de la etología que muestran que si una rata aprende a resolver un problema, otras ratas de la misma especie, que no han estado en contacto con la primera, necesitarán menos tiempo para resolverlo que la precursora.*

Así, la filosofía, la literatura, la física, la psicología, la biología y la etología nos indican claramente que el objetivo de nuestros anhelos no debe ser la individualidad —somero espejismo al que nos lanzan nuestros sentidos— sino la unidad, el regreso a la sola situación en la que pueden calmarse nuestras ansias, nuestros afanes. Pues no somos individuos, sino órganos de un ser que nos transciende: el ser humano.

Con este noble objetivo —el único noble objetivo que puede concebirse hoy en día— nos hemos reunido un grupo de escritores, que ha decidido aportar su granito de arena a la conformación del subconsciente colectivo del futuro. Nuestro afán esencial es oponer nuestras fuerzas a las de aquellos que llevan el mundo moderno hacia su desmembramiento. Contra la hipocresía de la publicidad, que pretende que cada uno de nosotros se sienta único e irrepetible, un ser aparte de quienes le rodean. Contra una educación cuya sola aspiración es sacar a la luz las características más sobresalientes de cada educando, de tal manera que el mundo, de no ponerle remedio, estará compuesto en el

futuro de especialistas trabajando en diferentes celdas de una gigantesca colmena, ignorando que el saber no se obtiene por esfuerzo individual, sino dejándose imbuir de la experiencia almacenada en el espíritu indivisible de la humanidad.

Pero conste que también nos oponemos a toda experiencia socializante en la que la unidad se confunda con la uniformidad y, peor aún, con el uniforme. Somos —más bien, éramos— nueve personas. Hemos decidido publicar un libro de narraciones bajo un solo nombre, no por razones prácticas —los mal pensados creerán que se trata de unos diletantes incapaces por sí solos de rellenar las suficientes páginas para conseguir su publicación—. Varios de nosotros ya hemos publicado en diversas ocasiones y con éxito variable. Pero nuestra operación no es editorial, sino espiritual.

El tema del libro —no hizo falta que nos pusiéramos de acuerdo, puesto que era evidente para todos— es la soledad. Porque el ser humano, y ésa es su mayor tragedia, está solo. Casi toda la literatura contemporánea trata de esa lúgubre sensación y de los esfuerzos desesperados por superarla. Lo que buscamos es la unidad, la vuelta a la situación primigenia de fusión con el todo. Por eso se enamora uno, por eso busca en la pareja un remedo de la unidad. Por eso la decepción no tarda en devorar su corazón, al darse cuenta de que ni siquiera en la entrega del amor es posible encontrar lo que se busca. Por eso todo amor está condenado al fracaso.

Así, nuestros cuentos hablan de esa pérdida y de sus manifestaciones. El sentimiento se reflejará en las mentes de nuestros lectores como en un laberinto de espejos, irá abriéndose paso en la memoria filogenética de los hombres, y quizá éstos algún día se percaten de la evolución errónea de la historia. El proyecto es, pues, ambicioso.

Esta publicación es también un primer paso para desaparecer del mapa como individuos. Hemos decidido fundirnos en una unidad que absorba todas nuestras capacidades, nuestras experiencias, nuestra historia. Vivimos juntos, comemos juntos, escribimos juntos. Habrá quien opine que, de todas formas, estamos muy lejos de nuestro objetivo, ya que cada uno de nosotros escribirá uno de los cuentos que sigan a esta introducción, esto es, que el planteamiento razonable habría sido que todos hubiésemos participado en la concepción de cada una de las historias, tal como hacían los surrealistas cuando jugaban al cadáver exquisito. Pero quien esto diga es un ignorante que confunde lo uno con

lo amorfo, lo único con lo indiferenciado. Nuestro propósito es formar un organismo vivo, con órganos diferentes para realizar sus diferentes funciones. Cada uno de nosotros, cada cuento, expresa una de esas funciones. Reconocemos que es una tarea difícil, que hemos de mantenernos vigilantes para evitar que la fuerza centrífuga de la vanidad nos arranque del centro del grupo para enviarnos a su periferia, peor, fuera de él, a la soledad que desgarra hoy al ser humano.

Lo que a primera vista resulta tan difícil no lo es tanto. ¿Cuánta energía derrocha un atleta para obtener el efímero placer de correr más que sus competidores, de dejarles a sus espaldas, de atravesar solo una línea que le separa del resto de los humanos? ¿Cuánto más fácil no será negarse a tal derroche, sencillamente dejar de luchar para destacarse de los demás, entregarse, dejarse arrastrar por las muchas fuerzas que tiran de nosotros hacia un centro que no somos capaces de percibir, pero que existe? ¿No es más fácil dejar caer una piedra al suelo que intentar alcanzar con ella las nubes?

Habrá, por supuesto, quien dude de nuestra cordura, quien considere que sólo la incapacidad para relacionarnos socialmente puede llevarnos a tal experimento. Algún psicólogo avispado afirmará que somos seres inmaduros deseosos de regresar al útero materno. Y habrá quien espere ahora escuchar mis protestas. Pues no. Puede que tengan razón. Nuestra labor es una labor de regresión. Al útero materno, a las aguas primordiales, a la noche que existía antes de que existiese la noche. «Las almas descienden a los cuerpos de la Vía Láctea a través de la constelación de Cáncer, envolviéndose en un luminoso velo celestial, del que se visten para entrar en los cuerpos terrestres». Son palabras de Marsilio Ficino, quien, al igual que Fludd, Bruno y otros muchos filósofos, consideraba que el alma habita en el cosmos superior, y que desciende a la tierra atravesando todas las capas del cosmos para incorporarse a un ser humano. El conocimiento sería el intento de realizar el viaje de regreso, transcendiendo lo meramente terrestre para alcanzar esferas más elevadas. De la misma manera, nosotros consideramos que no hay nada malo en nuestro deseo de regresión, sino que con él nos entregamos a los aspectos más nobles del ser humano.

Basta, sin embargo, de digresiones filosóficas, no vaya alguien a pensar que somos una más de esas escuelas herméticas que proliferan hoy y que venden supuestas verdades a cambio de sumisión y reverencia. Repito: no queremos atraer a nadie a nuestro grupo. No necesitamos

acólitos ni discípulos. Somos un germen, un núcleo de formación de conciencia. Estamos seguros de que otros grupos como el nuestro comenzarán a formarse en breve. Quizá ni siquiera somos los primeros. Este libro no es un manifiesto: tampoco hay en él mandamientos ni prohibiciones. El libro formará parte del universo: existir será su sola justificación.

Historia de Anquises el Silencioso
(Cuento oriental)

Fueron las manos de sus servidores las que arrancaron de las crónicas las páginas que contenían el nombre de Anquises, cuando dichos servidores pasaron a serlo de un nuevo tirano.

Fueron las manos femeninas de los sacerdotes las que por una vez empuñaron el cincel para hacer ilegibles las referencias a Anquises que aún conservaba la piedra de sus templos.

Fueron todos los que, por una razón u otra, habían estado a su lado, quienes se volvieron mudos y amnésicos en lo que al odiado nombre se refiere. Y si cualquiera de los viajeros que llegaban a la capital del reino para traficar con armas o diamantes preguntaba por el antiguo rey —pues en occidente corrían todo tipo de leyendas sobre el inescrutable tirano—, el aludido contemplaba unos segundos el desierto o cerraba los ojos como para recordar un hecho lejano y doloroso, pero las siguientes palabras que salían de sus labios no tenían ya relación con la pregunta, sino que se limitaban a indagar por el estado de salud del recién llegado, a preguntarle si tuvo un buen viaje o —si el negocio en ciernes merecía la pena— a ofrecerle una niña con la que calmar los ardores producidos por el clima en los organismos desacostumbrados a él.

Pero nadie, ni siquiera aquellos que por su rango o parentesco con el tirano fueran un día sus más allegados, pronunciaba el nombre de Anquises, como si el mero sonido de sus sílabas pudiese atraer sobre el indiscreto las desgracias más horribles.

Por eso hoy, ahora que el tiempo ha pasado, cambiando, como el viento del desierto, los perfiles de la realidad, hoy que los jóvenes ni siquiera están seguros de la existencia verdadera de Anquises, de que no sea una de esas fábulas que los mayores cuentan para acallar las quejas de los jóvenes, mostrándoles que la vida siempre ha sido más atroz en el pasado y que pueden darse por satisfechos con sus existencias, por miserables que puedan parecerles, hoy, digo, se

hace más necesario que nunca rescatar del olvido la historia de Anquises el Silencioso.

Anquises, pues. La historia de Anquises el Silencioso, de Anquises el Oscuro, de Anquises el Triste, de Anquises el Infame, de Anquises el Cruel; la historia de una persona y de todos sus nombres, que son reflejo de sus actos, aunque ninguno de ellos acierte a describirla. La historia de Anquises a través de lo que se puede leer entre líneas en las crónicas de la época, y a través del único documento escrito que el tirano dejó a la posteridad: la narración de un sueño, hallada entre las ropas mortuorias del anciano que llegó a ser contra todo pronóstico.

Anquises nació en la capital del reino, en el palacio de su padre, rodeado por todo el boato insensible de la corte. La primera mirada que vio Anquises al nacer no fue la de su madre —cuyos ojos estaban entornados por el opio— sino la del adivino que, sordo a los gritos del recién nacido, le forzaba a mantener abiertos los párpados para así poder inspeccionar el iris del niño en busca de los augurios que en él debían reflejarse y que el augur anotaba cuidadosamente en un pergamino. La siguiente persona que tocó su piel fue la mano estéril y fría del sacerdote que le ungió con aceites para limpiarle de toda huella del contacto con las entrañas de la madre, entregándole así la pureza acorde con su rango. Y después una cohorte de servidores pesó y midió al niño antes de vestirle, comprobando con cierta aprensión que era de estatura muy reducida. También el rey se acercó a ver a la criatura: arrancó al príncipe de los brazos al ama que le habría de amamantar, lo levantó hacia el techo y lo dejó caer de pronto, recogiéndole sólo cuando el niño estaba a punto de golpearse contra el suelo. Anquises, quizá tan asustado que no podía reaccionar, no lloró.

«Será un rey valiente», vaticinó el rey con orgullo y besó a su hijo en la frente. Los servidores rieron aliviados. Sus risas apagaron los primeros gemidos de Anquises hasta que el rey hubo abandonado la estancia.

Anquises, quien se crió rodeado de sirvientes, educadores y de otros niños de familia noble, aprendiendo con ellos el arte del despotismo que ejercitaría más tarde sobre todos sus súbditos, veía raras veces a sus progenitores. El rey casi siempre se hallaba combatiendo a los numerosos enemigos del reino, y sólo regresaba

al palacio para planear una nueva campaña y para preñar a sus concubinas, acciones ambas en las que había poco espacio para un niño. Su madre, recluida en el gineceo y perpetuamente envuelta en una nube de opio, tampoco acostumbraba a ver a su hijo, salvo en las recepciones oficiales.

En una de ellas, cuando Anquises tenía cinco años, la reina le llamó a su lado para darle un consejo: «Jamás reveles a nadie tus debilidades, ni siquiera a tus seres queridos: siempre habrá alguien que, algún día, se acuerde de ellas y las aproveche para destrozarte». Después la reina regresó a su ensueño habitual, desde el que no pudo escuchar las preguntas de Anquises.

Unos días más tarde, cuando Anquises corrió a abrazar a su padre, de regreso de un combate en la frontera, éste esquivó el abrazo y, sujetando al niño por los cabellos, le aconsejó: «Nunca des muestras de cariño por nadie, pues con eso sólo provocarás la envidia y el rencor de todos los demás».

Y fue en la noche de su sexto cumpleaños, después de la celebración en palacio, cuando Anquises tuvo el sueño, poco después del cual nadie más escucharía su voz durante los siguientes sesenta y cinco años. Anquises soñó con el universo. Ante sus ojos se desarrollaban traslaciones de planetas, nacimientos de estrellas, explosiones cósmicas. Anquises veía una masa negra expandirse ante sus ojos, una masa negra que él atravesaba, solo, descubriendo en su interior nebulosas, galaxias, bolas ígneas cayendo de la nada. Y de pronto el niño Anquises se dio cuenta de que el universo no estaba fuera, sino dentro de él. La masa negra expandiéndose, poblada de mundos infinitos se alojaba en su pecho y amenazaba con hacerlo estallar. Anquises lo contenía dentro de sí, su tarea de rey era no dejar que todo aquello inundase el exterior, el reino. Anquises había sido elegido para ser el guardián del universo. Aunque le dolían las costillas del esfuerzo, se sentía capaz de hacerlo. Poco a poco la masa cósmica fue desplazándose hacia su garganta. Anquises tensó los músculos del cuello, luchando por impedirle la salida. Pero no podía: meteoritos candentes se incrustaban en su carne, explosiones de galaxias le ahogaban. Anquises sintió que tendría que abrir la boca, dejar escapar un chillido que arrastraría consigo la misma raíz del universo. Contra la base de su lengua se agolpaban planetas y sus satélites, unas

gigantescas bolas negras, mundos opacos, océanos desbordados, soles en ebullición, y el vacío, el vacío inmenso del universo. Cuando Anquises despertó, sintiendo que su garganta estaba a punto de desgarrarse, descubrió a sus servidores arrodillados al pie del lecho. Anquises los miró, febril, atravesado por un frío peor que el de las noches del desierto; con los ojos dilatados por el espanto, les preguntó:

«¿He gritado? ¿Habéis escuchado mis gritos?».

La respuesta de los sirvientes fue inmediata: «No, majestad; os hemos oído revolveros inquieto en la cama y hemos acudido a velar vuestro sueño».

«Pero ¿no he gritado? —insistió Anquises—. ¿No habéis oído mi llamada?».

«No, majestad».

Anquises les miró lleno de orgullo. No volverían a escuchar su voz.

Cuando su padre murió, Anquises tenía trece años. Su primera acción como nuevo monarca fue ordenar la construcción de un muro de basalto de doscientos metros por cuatro en conmemoración de su padre. El muro no llevaría inscripción alguna. El nombre del rey sería mejor recordado por sus súbditos si no pasaba a formar parte de la lista de inscripciones oficiales en las que un rey se confundía con el siguiente. Pero todos recordarían el nombre de aquél al que estaba dedicado el muro negro. El nombre, al no estar grabado en la piedra, al no haber posibilidad de acudir a consultarlo si se olvidaba, quedó grabado en las memorias.

Cuando falleció su madre, siguiendo al marido tras un plazo de sólo varios meses, Anquises ordenó la construcción de un muro de menores dimensiones que el dedicado al padre, esta vez de alabastro blanco. Tampoco sus paredes lisas acogieron inscripción alguna. Sólo la arena del desierto fue dibujando en él figuras dictadas por el viento. Al ser el alabastro una piedra blanda, el muro fue desapareciendo víctima de la erosión hasta quedar reducido al invisible esqueleto de una duna permanente. No se sabe si Anquises había previsto la lenta degradación del monumento, aunque muchos creen que la elección del material y del tamaño de la obra no fue casual, y que con ella Anquises expresaba metafóricamente su opinión sobre la gloria que correspondía a las

mujeres en la memoria de la humanidad. El muro fue devorado por la arena en apenas un par de generaciones.

Quizá lo más sorprendente del reinado de Anquises sea el hecho de que alrededor de éste existía un clima de obediencia ciega, creado en parte por la imposibilidad de comunicar con él. Desde el primer día de su reinado, Anquises había prohibido, bajo pena de muerte, que se le hiciesen preguntas: como las órdenes de Anquises no eran más que la materialización práctica de la ley, preguntar significaba tanto como desconocer la ley, algo absolutamente inadmisible, no sólo para los ministros, sino para cualquier ciudadano. Al no utilizar la palabra, no había posibilidad de equívoco ni de respuesta a sus deseos. Las órdenes de Anquises se identificaban con lo necesario, por lo que se ejecutaban de inmediato. Anquises tampoco necesitaba dar explicaciones tácticas, ni convencer a sus generales de la conveniencia de una guerra, ni embarcarse en todas las sutilezas de la diplomacia. La ley, al no admitir matices, tampoco necesitaba interpretación para su cumplimiento. Anquises el Silencioso no discutía entonces las órdenes con sus subordinados. A lo sumo, si éstos no sabían qué hacer en una determinada ocasión —quizá reacios a enviar a la muerte a un grupo de soldados enfrentándoles a un ejército inmensamente superior en número y armamento—, Anquises sacaba el libro de la ley y les mostraba un párrafo del que se podían extraer todas las conclusiones necesarias. Por ejemplo: «No dejes que la debilidad anide en tu corazón». O: «No des jamás tregua al mal». O: «El paraíso es sólo para los fieles». Frases simples todas ellas, con una sola lectura posible.

Anquises, como rey, no amaba la guerra. Anquises amaba únicamente la destrucción del enemigo, que él identificaba con el mal. Su padre había combatido continuamente, no porque tuviese un modelo concreto de sociedad que desease imponer a los demás; tampoco porque estuviese particularmente interesado en la expansión del imperio. El padre de Anquises había guerreado por amor a la tensión del combate, al riesgo, a los alaridos taladrando el aire, al olor de las entrañas de los caballos reventados, al color de las llamas que devoraban los campamentos, al gesto desesperado y definitivo del enemigo ensartado por su espada real. Pero para Anquises el combate no pasaba de ser una tarea necesaria, un paso

intermedio y algo fastidioso hacia la consecución de un fin: la destrucción total del enemigo.

Anquises, por cierto, tuvo muchos enemigos. Las naciones fronterizas se confabulaban contra él, recelosas ante las nuevas tácticas del imperio vecino. Si antes habían podido confiar en él cuando sus intereses coincidían, con el nuevo monarca esto ya no era posible, pues su único interés constante era someter a todos los que adoraban a dioses diferentes a los suyos, a todos los que no tenían reyes sino consejos de ancianos, a todos los que se interponían entre él y la erradicación del mal. No colaborar era una forma de interponerse.

Algunos, creyentes en un código de honor vigente desde hacía milenios, firmaron tratados de no agresión con Anquises. Todos ellos descubrieron, demasiado tarde, que, como les comunicó un embajador de Anquises —probablemente interpretando los deseos de su señor—, es mejor el deshonor al servicio del bien, que el honor al servicio del mal. Los tratados con Anquises sólo mantenían su vigencia mientras le servían de ayuda para la ejecución de sus planes. Después se consideraba que el tratado era una traba, una argucia del mal para oponerse al triunfo de Dios.

Anquises, por cierto, nunca se creyó Dios. Al contrario que otros muchos caudillos de esa zona del mundo, Anquises no se dejó engañar por las adulaciones de los cortesanos y sacerdotes, que de esa manera pretendían convertirle en un vanidoso, ocupado fundamentalmente en la organización de su propio culto y alejado de los asuntos mundanos más rentables. Al primer sacerdote que sugirió a Anquises su divinidad, le hizo decapitar por blasfemo. Desde entonces sus servidores sólo repetían: «Dios es uno y Anquises su brazo ejecutor». Anquises asentía con la cabeza.

De su reinado se cuentan acciones atroces. En cierta ocasión, una aldea se negó a entregar a Anquises los adolescentes del lugar para una expedición guerrera. La respuesta fue fulminante: los sicarios de Anquises castraron a todos los hombres de la aldea y vertieron aceite hirviendo sobre el vientre de las mujeres. «Quien no engendra a sus hijos para la defensa del bien, no merece la facultad de procrear», fue la sentencia que se leyó públicamente antes de la mutilación. Después los adolescentes fueron enviados al campo de batalla, para realizar una maniobra de diversión del enemigo, de la

que jamás regresaron.

En otra ocasión, varios de sus sirvientes, que tenían familiares en un país que el ejército de Anquises acababa de someter y en el que se disponía a escarmentar a la población por su resistencia a los designios divinos, acudieron ante Anquises, se arrojaron a sus pies y le pidieron clemencia para sus allegados. Anquises ordenó que llevaran los prisioneros a palacio. Cuando llegaron, una semana más tarde, Anquises hizo llamar a aquellos que habían recurrido a su clemencia. Los reunió en la sala de audiencias y, ante su mirada aterrorizada, mandó que arrancasen la lengua y los ojos de los prisioneros. Luego los hizo decapitar. Acto seguido entró en la sala la guardia de Anquises, que expulsó de ella a latigazos a los sirvientes que habían pedido el trato de favor para sus familiares. Se les prohibió volver a poner los pies en palacio y ejercitar una profesión. Se verían obligados a mendigar por las calles para sobrevivir. «Solicitar clemencia es abogar por la injusticia. Dios, que es justo, no conoce la clemencia».

Lo que diferenciaba el reinado de Anquises —que duró casi sesenta años— del de otros monarcas de la región, no era su brutalidad, pues los reyes vecinos no eran más bondadosos, sino la moralidad absoluta con que se cometían los crímenes. Durante su reinado no existió la corrupción, si por tal se entiende el enriquecimiento de los poderosos a costa del empobrecimiento de los súbditos. Los dignatarios abandonaron sus vestimentas de seda y se cubrieron con tejidos de colores oscuros y tacto áspero. De esa época no se conocen orgías, ni crímenes dictados por intereses personales, ni siquiera —como lo demuestra uno de los ejemplos anteriores— un trato más favorable de las instituciones hacia los poderosos. Lo terrible del reinado de Anquises —a los ojos de los occidentales, para los que las leyes no son más que herramientas sin valor intrínseco— era la primacía absoluta del ideal sobre los sentimientos y el provecho. Sus servidores sabían que Anquises no habría vacilado en enviar a todos los súbditos a una muerte segura, con tal de no cejar en la lucha contra el mal. «Rendirse ante el mal, por temor a la muerte, es convertirse en aliado del mal; resistirlo, a pesar de la muerte, es sembrar la semilla del bien sobre el abono de nuestro cadáver», decía un libro de la época, que fue escrito precisamente en un momento en que parecía que un país vecino

estaba a punto de destruir el imperio de Anquises. Por expresarlo de otra manera, podría decirse que Anquises pensaba que sólo el cumplimiento de la ley divina concedía valor al ser humano. Así, era preferible el exterminio de la humanidad a la transgresión de una ley.

No puede decirse que todos los súbditos de Anquises —que habían saludado con esperanza su llegada al trono, hartos de las arbitrariedades del reinado anterior— estuviesen de acuerdo con su rigurosa interpretación de la ley. Unos porque debido a ella se veían privados de privilegios y beneficios que les hubiesen correspondido en un régimen más flexible y que, por fuerza de la costumbre, consideraban ya como su patrimonio inalienable. Otros porque, aunque creyentes en la justicia, no podían aceptar que el cumplimiento estricto de la ley pudiese llevar a las masacres horribles que a veces tenían que presenciar. «¿Cómo puede decapitarse a un recién nacido y afirmar a un tiempo que así lo requiere la ley?», se preguntaban. Tanto éstos como aquéllos intentaron en repetidas ocasiones atentar contra la vida de Anquises, pensando unos que la muerte del rey conduciría a una feroz rapiña por el poder, en la que ellos podrían salir beneficiados, mientras que los otros consideraban que, muerto Anquises, sería más fácil luchar contra un régimen corrompido e injusto —como sería sin duda el nuevo régimen— que contra un Gobierno de moralidad absoluta e inhumana. Pero todos los atentados desembocaron en el fracaso. Y los regicidas frustrados fueron torturados, no por deseos de venganza de Anquises, sino para que revelasen el nombre de sus cómplices. Una vez que lo habían hecho, los condenados eran ejecutados sin dilación y sin ira. Anquises observaba la ejecución desde la ventana de su cámara, velando por el adecuado cumplimiento de la ley.

Otro rasgo de Anquises que hace aún más difícil de explicar el funcionamiento cotidiano de la maquinaria de gobierno era la carencia de expresión de su rostro. Se cuenta de Anquises que jamás permitía que su alegría ni su disgusto se plasmasen en un gesto. Si le anunciaban una victoria, escuchaba hasta el final el parte de bajas del enemigo —las propias no le interesaban—, asentía con la cabeza y despedía a los emisarios con un movimiento casi imperceptible de la mano. Ni una sonrisa, ni un solo brillo en sus

ojos. Si, por el contrario, le anunciaban una derrota, o un crimen, o la escasez de alimentos entre la población, su respuesta era idéntica: un leve asentimiento y una señal hacia la puerta. Anquises el Silencioso, Anquises el Oscuro, le llamaban en las aldeas del reino, no sin cierta admiración, quizá porque también ellos habrían deseado poseer esa calma absoluta ante las desgracias cotidianas o el asalto del hambre.

Para terminar la historia de Anquises, aunque no de sus huellas sobre la tierra, pues las consecuencias de su reinado aún pueden observarse sobre ella —igual que la historia de una mala cosecha no termina el día en que el campesino recoge los pocos granos que han logrado madurar—, aún es necesario narrar el único momento de su reinado en que los hombres, aunque brevemente, volvieron a escuchar su voz. En cierta ocasión, ya próximo el final del reinado de Anquises, gran parte de la población de la capital se reunió bajo las ventanas del palacio para aclamar a su rey por una victoria particularmente devastadora contra el principal enemigo del reino. Los jóvenes guerreros regresaban a sus casas alegres por haber sobrevivido los rigores del combate. Las madres, agradecidas, habían salido a darles la bienvenida acompañadas del resto de sus hijos, que también tenían motivos para festejar, pues la victoria significaba que no tendrían ellos que partir al frente. Los hombres, que confiaban en que el final de la guerra trajese consigo una reducción de los ya casi insoportables impuestos, también habían acudido felices, gastándose bromas y batiendo palmas. Y después, casi espontáneamente, todos ellos se habían dirigido al palacio para dar al rey muestras de su aprecio. El bien había triunfado una vez más. Rodeado de sus ministros, Anquises observaba sin un gesto esa masa que se había reunido para vitorearle. Hasta donde la vista alcanzaba se veían figuras humanas. Era una aclamación apoteósica, desconocida en el reino desde la época de las congregaciones obligatorias que acostumbraban a imponer otros monarcas. Los ministros no cabían en sí de satisfacción. Las represiones internas imprescindibles para el cumplimiento de la ley habían provocado descontentos y algunas situaciones de rebelión abierta, que les habían hecho temer por la seguridad del Gobierno. Y ahora, gracias a una victoria militar, allí estaban todos ellos, dando muestras de sumisión hacia ese Gobierno que unos días antes

habían denostado por lo bajo. Los himnos religiosos entonados por el pueblo, tras reverberar por las arcadas de la plaza, llegaban hasta los gobernantes e invadían de calidez sus corazones. Uno de los ministros, el más joven, emborrachado por aquel triunfo histórico, olvidando que la ley, al contrario que los sentimientos humanos, es inmutable, se volvió entusiasmado hacia el monarca.

«¿Qué sentís, majestad? ¿Qué sentís al ver esta grandiosa prueba de cariño de vuestro pueblo?».

Anquises el Silencioso se volvió hacia quien acababa de interrogarle. Todas las miradas se concentraron expectantes sobre el rostro visiblemente envejecido. Hubo un largo silencio en el que Anquises pareció meditar. El entrecejo del anciano se frunció casi imperceptiblemente, como si se esforzase por recordar algo, un hecho tan lejano y difuso que bien podría haber sido un sueño. Y luego los ministros escucharon su voz, después de tantos años; una voz sonora, en absoluto enmohecida por el silencio:

«Nada —respondió Anquises—. Absolutamente nada».

Con un gesto hacia la guardia, Anquises restableció la ley. En el rostro del joven ministro, al que ya arrastraban hacia la puerta, había más incredulidad que espanto.

No fue fácil decidir el seudónimo. En realidad, nada es fácil cuando nueve desconocidos se proponen vivir juntos y trabajar en un proyecto común. El reparto de tareas, los horarios para las comidas, la toma de decisiones sobre los asuntos más banales se vuelven complicadísimos debates. Aún estamos muy lejos de nuestro ideal.

Se propusieron los siguientes seudónimos:

—Homero: porque hay quien dice que no existió, pero sus libros agrupan las voces de tantos poetas desconocidos que, sin embargo, crearon una obra universal.

—Maya: la propuesta fue mía; Maya es la madre de Buda y, a un tiempo, un concepto básico del hinduismo que se traduce por «ilusión» y se refiere a ese engaño por el que vemos en el mundo apariencias cambiantes en lugar de su unidad. Alicia me apoyó diciendo que no estaría de más utilizar un seudónimo femenino. Pero la propuesta no prosperó. Los hombres empezaron a hacer chistes fáciles, y no siempre de buen gusto.

—Club de los corazones solitarios: porque estábamos cansados de discutir algo tan banal como el nombre. Da igual cómo nos llamemos, y, en el fondo, haría justicia a la realidad. Nuestros corazones están solitarios.

Finalmente, decidimos que, si algún día se publicaba el libro, saldría con el nombre de uno de nosotros, tras echar a suerte cuál. Es una buena forma de subrayar nuestra identidad común. Ya hace días que vivimos juntos, intercambiamos impresiones sobre nuestro trabajo, cooperamos en la satisfacción de nuestras necesidades. Y todo tiene cabida en nuestro club. Yo, a pesar de lo que decía José Ramón en la «declaración de principios», soy una mujer profundamente religiosa. Nada más despertar, practico la meditación y hago una hora de yoga. También tengo en mi cuarto un altar adornado con flores que cambio cada día y con los talismanes que he ido encontrando en mi camino. Dios me sonríe en el amanecer, y me protege al atardecer. Y también

creo haber vivido otras vidas; he atravesado los siglos en diferentes envolturas carnales, y seguiré viviendo hasta limpiar mi karma de todo deseo, de cualquier pasión. Pero todo eso no me aleja de mis compañeros.

La pasada noche leímos en voz alta el cuento de José Ramón, esa extraña historia de Anquises. Está claro que yo no habría escrito un cuento así: tan intelectual, tan solemne. Probablemente los demás tampoco. Pero no lo hemos criticado. Eso sólo habría servido para destacar la individualidad de cada uno. Como decía José Ramón al principio, nuestra labor no es literaria. Es mucho más que eso. Y mi cuento, afortunadamente, es algo más que literatura. Está inspirado en una vecina a la que observaba desde mi ventana. Pero también podría haber sido así mi vida.

Acabo de releer el cuento. ¿He escrito yo esas páginas? No me reconozco. Alicia, a quien se lo he dado a leer en primer lugar, me ha mirado con igual extrañeza. «No me esperaba de ti una narración así». No sé si era una alabanza o una crítica. En esta historia lo que me asusta es la falta de amor; y de armonía. Mi mundo debería estar hecho de frases lentas y ordenadas, de sonidos sin estridencias. Pero ¿no es eso la literatura: el mundo donde habita nuestra cara oculta? Sí, la literatura es la voz de nuestra sombra.

De una noche de verano

Patas de pollo, amarillas, garras. Como en la película ¿en cuál? que la niña, siempre, al abrir el frigorífico ve con dos ojos asustados, como de oveja, patas de pollo, esqueléticas, muertas. Cada vez que se asoma al frigorífico esos huesarrancos asquerosos. Sin pensarlo más, con repugnancia, coge el plato con las patas de pollo y las arroja rabiosamente en el cubo de basura. Ahora, sin otra perturbación, contempla el contenido del frigorífico: en la bandeja de arriba la carne, jugosa, sangrante, casi temblando. El pastel de fresas, en la bandeja inmediatamente inferior, junto a la Quiche Lorraine, dividida en porciones, ocho, de las que restan tres, dos cuando toma una de ellas y la mastica, despacio, sin prisa, contemplando el jardín de las delicias, el salchichón erecto, robusto, picante, la manteca, imagina que la divide en dos limpiamente de una dentellada, la grasa que envuelve su lengua como en una cápsula y se desliza, secreción deliciosa, faringe abajo inundándolo todo, de forma que tiene que tomar un bombón, hendir con los dientes su caparazón de chocolate para luego, con la punta de la lengua, recoger la cascada de licor, primero, y extraer hasta el último miligramo del revestimiento de azúcar, después, sin apresurarse, cariñosa, lamiendo con entrega, delectación, hasta que el bombón se deshace, chocolate, azúcar, licor y se expande por la cavidad bucal a oleadas dulces, y entonces esa manzana roja, de Blancanieves, a la que sólo da un mordisco, deleitándose con el sonido seco de la carne al desgajarse y la mastica, nota que la dulzura del bombón se diluye según se apodera de la boca un frescor como de jardín en noche de otoño; así que sueña, se frota contra el interior de la puerta del frigorífico, deja que el frío traspase la camiseta hasta alcanzar su piel erizada de ansia, disfruta la caricia helada, como del viento, que sopla tiernamente allí donde nadie arrima jamás sus labios, hasta que, de pronto, rompe a reír, por dios, por dios, fornicar con el frigorífico, por dios, y se ríe,

porque es para reírse, le arranca de las entrañas un pedazo de pastel de fresa, lo cierra de una patada, marica, ahí te quedas, se va, aún riendo, masticando, hacia el dormitorio, se tumba en la cama, con la boca saturada e incomprensiblemente amarga, se acaricia allí donde el viento, allí donde nadie, y entonces el cuerpo se estremece, se contrae en una especie de calambre lento, defensivo, que hace a la mujer quedarse callada, ausente.

La despertó, si es que se había dormido, el estruendo producido por el camión de la basura al triturar con su poderosa panza desperdicios, botellas vacías, incluso muebles de menor tamaño. Qué espantosas ganas de vomitar. El camión deglutía solitario, en medio de la noche. Rumiaba, regurgitaba, sin saborear el alimento, mientras otros dormían, mientras otros veían la televisión, engullía, machacaba, mientras otros hacían el amor, o se ignoraban de espaldas unos a otros, mirando a la pared, las manchas de humedad, que semejan caras o bosques, montañas o amenazantes espectros, mirando a través de la ventana abierta por el calor, insoportable, por donde también penetra el bramar del estómago del monstruo, mirando sencillamente a la nada, el humo del cigarrillo, mirando imágenes pasadas —o no ocurridas— dentro de sus propias cabezas que se mezclan con el clamor de jugos gástricos de la máquina, mirando cómo la noche transcurre, pegajosa, y a veces se oyen gritos en la calle, la vecina del primero en el edificio de enfrente, loca, insultando a imaginarios transeúntes; o esa gitana puta y chillona que sale a bronca diaria, cabrón, más que cabrón, yo voy a donde tú vas, cuando su marido ¿marido? le da una bofetada fría, sin amor, tú te quedas aquí, por cojones; mirando el eco de los pasos de algún desconocido, mientras el camión de la basura, glotón insaciable, da arcadas en las esquinas de la noche, pero a ella el vómito redentor no le llega: transpira, desnuda, sobre la cama ya húmeda. Es la soledad, es el peso del propio cuerpo el que la atrapa, asfixia. Es la noche, otra noche de ese verano eterno, eterno, eterno. Es que las estrellas se han puesto el manto de volverse invisibles, es que Madrid se ha calzado la boina gris de todos los veranos, smog dicen, calima dicen, y respirar es una lucha a solas en la cama deshecha, desvencijada, desolada, es boquear como un pez agónico, es abrir bien las piernas y los brazos de forma que la mayor cantidad de superficie posible quede expuesta al contacto con el

aire cálido, húmedo, pero peor aún la carne, su repugnante adherencia, es poseer la cama de esquina a esquina, a oscuras, crucificada, sola, soñar el sonido de una llave girando en una, en la cerradura, la puerta que se abre, por un instante una franja de luz recorre el dormitorio, la puerta se cierra, pasos, amor, tus pasos, deja el sombrero sobre la mesilla, sonríe una sonrisa invisible,
la lámpara, la luz,
no amor, apaga, deja que la penumbra
determine las distancias, juega conmigo
a no verme, a buscar —tus manos son alas ciegas— no mis contornos, no mis fronteras, sino mi centro, esa lágrima perdida —jamás llorada, tú lo sabes— oh, sí, apaga la sonrisa si es que aún cuelga de tus dedos,
y busca, sin medir con tu abrazo
la resignación de mis miembros, apenas
soplándome, apenas rozando
tu aliento el mío.

Olvida el fuego fatuo de la enredadera, tú, extranjero.

Pero ¿cómo conquistarás mi ápice sin
rozarme? ¿cómo libarás mi esencia sin
enterrarte hasta los ojos en dunas asesinas? Oh sí, apaga la luz, conviértete en fantasma, atraviesa las paredes más gruesas
con un solo chasquido de tus dedos
en la cama, en la noche, a solas, ningún desconocido llega, así que es ella quien gira el interruptor, sus pasos desnudos que nadie oye, tanteando paredes para no derrumbarse, aferrándose peligrosamente al filo de los muebles, hasta alcanzar, entre torbellinos y amenazas de naufragio otro interruptor, otra puerta, y se dobla, se parte en dos mitades ajenas, se araña la garganta porque es que ya no puede resistirlo más, y llorando —otras lágrimas, que no aquélla— vomita.

¡Qué soledad la de quien vomita! ¡Qué mezquindad la del horizonte que se ofrece a sus ojos! ¡Qué maldad la de la luz estridente que sustituyó a las tinieblas! El mundo es de un color verde afilado. El sudor, ahora, frío. El estómago decreciendo hasta no ser más que un agujero pesado, un quásar viscoso. Las dos manos apoyadas contra los azulejos, arbotantes últimos de una catedral que se derrumba. Ese sabor ácido. Desea, con los ojos

cerrados, la muerte, caer, golpearse la nuca contra el lavabo, la muerte. Que no llega.

Se incorpora jadeando, rabiosa. ¡Y ese peso insoportable del cuerpo! Se observa, claro, en el espejo. Escupe, acertando en medio del sumidero del lavabo. El cuerpo verde, helado, en el espejo. Los ojos tan lejanos, estremecidos. El cuerpo. Apaga la luz. Un último atisbo hacia la sombra odiada. A tientas se dirige hacia la cocina. A oscuras, parece un altar: su superficie blanca, sus aristas impecables, la luminosidad que desprende, el nimbo que lo orla cuando su puerta se abre. Toma, sin pensarlo, la última porción del pastel de fresa. Se lo lleva a la boca y sin masticarlo, atragantándose a propósito, lo empuja garganta abajo, para abrir paso a continuación a los espárragos fríos, un tanto insípidos. Y ahora el corazón palpitante, lo extrae del centro mismo del altar, lo lleva, no con mimo, sino con odio, hasta los dientes, la doble guadaña que destroza las vísceras del monstruo inmortal, mientras aquél de la calle va desvaneciéndose lento y pesado, dejando paso al crujir, masticar, triturar de la otra boca. Luego ella se va también, agotada, insatisfecha. Escucha atenta sobre la cama, el silencio, el vacío: sólo sus propias tripas gimiendo, sólo la respiración agitada. Aunque en ocasiones la loca la acompaña con su queja, horada el calor con sus lamentos, sus injurias: ¿Que os vais a reír de mí? exasperada, casi sin poder creerlo. ¡Eso sí que no! Os reiréis de vuestra madre, hijos de puta, que yo soy mucha mujer para unos cerdos. Y a ella que le cae tan bien la loca, su única compañía humana, la loca hermosa que chilla parapetada tras cortinas transparentes, la loca bellísima que se niega a devorar su rabia y la escupe a quien quiera escuchar, la loca digna como una princesa, como la mismísima Virgen. La única que la saluda por la calle, sin reírse, tan educada, tan en su sitio; la loca cuyos gritos envidia, esa perfección al pronunciar hijos de puta con todas sus letras y consecuencias; y la valentía de su desesperación.

No hay cronómetro que pueda medir la duración de la noche. Ni siquiera los impávidos relojes de las iglesias aciertan a trascender el misterio de la infinitud de los segundos. Segundos que se dilatan en frases apenas pensadas, en relámpagos de recuerdos que enlazan con otros recuerdos que enlazan. Recuerda, tumbada boca arriba ahora que nadie puede verla, la vez en que, tumbada boca abajo

para que nadie la viese, ofrece al sol y al mundo entero la espalda terca, que no seas tonta, hija, coño, o es que has venido a la playa a quedarte ahí como una tortuga muerta, pero ella se niega, que te vayas a bañar, joder, y ella, por favor, porque sabe que los muchachos se ríen a voces destempladas, por favor, porque teme que todas las cabezas se giren para contemplar su dilatado vientre, por favor, para librarse de las manos que la arrastran a la vergüenza, de las manos inclementes que la voltean, que ofrecen el espectáculo blando a quien quiera mirarlo, la barriga temblorosa, implorante, plorante a secas. La misma que continúa temblando ahora en esa noche eterna de verano eterno, hasta que el sueño, el San Jorge más piadoso, la rescata por unas horas de la memoria.

Quizá fueron las voces procedentes de la calle, unas risas anónimas las que la hicieron contraerse, buscar rápidamente cobijo entre las sábanas antes de osar abrir los ojos para cerciorarse de su soledad detestable y reconfortante. Nadie en la habitación: las risas no le atañen. Permanece yacente, disfrutando del frescor del amanecer, único amante al que le está permitido acariciar su piel, único contacto del que no se avergüenza. Baja de nuevo los párpados, se imagina una playa desierta. El cuerpo que descansa a la sombra de una palmera es otro cuerpo: el suyo verdadero, un cuerpo dorado, con curvas de pedernal, deseable, deseado. Comienza a masturbarse, decide que la caricia procede de otras manos: le deja hacer. Entrega sus miembros esbeltos, tensos como el arco de Ulises, al único hombre capaz de hacer uso de ellos, disfruta —los ojos aún cerrados, la sonrisa ya abierta— la incertidumbre, esos momentos en los que ignora dónde se depositará la siguiente caricia, el beso próximo. Y contra su lengua rompen olas de saliva enamorada. Y el aire tirita como si estuviese poblado de mariposas transparentes. Y los pájaros se abandonan a su risa inocente. Y sólo la obstinada culebra parece aborrecer el paraíso, sólo ella, la odiosa, se agita en su mefítico nido, la culebra lacia, amarga, que no cesa de retorcerse en la húmeda cavidad del vientre hasta que el cuerpo de bronce comienza a derretirse, y el amante huye aterrorizado, que ya ni pájaros, ni mariposas ni olas, únicamente esos violentos retortijones que devuelven a la mujer a su dimensión habitual, al presente, al estrépito organizado por los repartidores del butano, al rebotar de un balón contra la pared, a un locutor que recuerda la

noche en que Carlos Gardel ante un público enfervorecido…

Suspira, se viste despacio, sin interés: una falda cualquiera, una blusa cualquiera; el frigorífico ya no reluce en las tinieblas. Es apenas un electrodoméstico, sucio y miserable. En su interior restos, piltrafas. Un trago largo de leche helada, y las manos, que ya aletean sobre las migajas del pastel, que recogen con una ligera presión de los dedos los últimos y diminutos vestigios, que se detienen de pronto, interrumpidos en su labor por un timbrazo. Titubea. No se decide a abrir, pero la curiosidad vence.

El mendigo parece un rey babilónico. La barba y la melena ensortijadas, limpias. Un rostro regordete y sonriente que, bien mirado, quizá le dé más aire de Papá Noel que de monarca. La barriga digna. El ademán contenido. Señora, necesito algo para comer. Y lo dice sin servilismo. Que no tiene nada, responde ella, ritual, y pretende cerrar la puerta —ocultarse de la mirada severa que la condena a todos los infiernos posibles— sin conseguirlo: un pie descarado se lo impide. El mendigo maldice, injuria a la maldita gorda, a la bola repugnante, y la empuja, penetra en el recibidor, extrayendo del bolsillo una pistola como ésas que ella ha visto en las películas, a solas, tantas veces, y poniéndosela delante de las narices, que resulta imposible creer que sea de verdad; ella se sienta, confusa, mientras el asaltante inspecciona rápidamente las habitaciones.

Quiere comer, pero ni un movimiento en falso, cuidadito. Ella está como fascinada, preguntándose si no será todo una broma de la televisión, quizá de algún concurso de ésos de la cámara oculta, que no, que no se cree que la pistola y el asalto puedan tener relación alguna con la realidad. Son sólo un remedo de algo que nunca ocurre, a ella no. Sin embargo, obedece, rebusca en el frigorífico las últimas, insatisfactorias migajas.

Que si se cree que es un cerdo. Que si piensa que va a comerse esa bazofia. Va lista. Ha de hacerle un café, y luego sacar de la despensa algo que merezca la pena, por su bien. Afuera la loca convoca a todos los hijos de puta que quieran escucharla, y a ella le gustaría tantísimo ser la loca, ponerse a chillar sin sentido todo lo que se le venga a la cabeza, y al tío ese de la pistola, cabrón, más que cabrón, darle cuatro voces y puerta, que ya está bien, que no está ella para bromas de mal gusto, ni tampoco para veras, y el

próximo que se ría le vuelve la cara del revés, ¿qué se han creído? Pero sólo la loca grita, entre el estrépito producido por las bombonas de butano, que en Lavapiés ya no hay quien viva, no queda nadie decente, todo furcias y drogadictos, mientras ella sirve el café y unas tabletas del Almendro de las Navidades pasadas.

Ahora es el dinero, y sin trucos, el precio exigido por su mezquindad. Pero no le importa, no le importa ni el dinero, ni el turrón, ni el café. Sólo el desvalimiento, ese no saber nunca qué es lo que sigue, esa manera de vivir siempre sin respuestas propias, que todo ocurra así, sin que lo quiera uno. El dinero: nada más que un billete de mil y un par de monedas sueltas. Y si se enfurece, si le parece poco, que la mate, eso es, que acabe con la comedia de una asquerosa vez… no, por favor, que no la mate, que es que no tiene más, ella vive sola, y no le hace daño a nadie, por favor, váyase, tome lo que quiera y váyase, le diría si se atreviera a abrir la boca. Pero calla. Aguarda. Suda. La noche regresa a bocanadas. El estómago vuelve a imponer una jerarquía a la realidad, a dar órdenes insoslayables.

Suplica: tengo que ir al servicio. Pero el mendigo parece no haber escuchado el ruego. La contempla con ojos extrañamente sonrientes, casi amables, de manera que ella se sobresalta. Porque la mira como hace tiempo que ninguno. A los ojos, a los labios —que tiemblan—, de nuevo a los ojos, ¿será él, el esperado? ¿Será esa mirada la escala por la que evadirse de los miserables pozos de la noche? Pues la mira sin un solo movimiento de las manos, sin querer acariciarla o apresarla, al pecho, al rostro —¿será él?—, al vientre, que ella no se apresura a tapar con las manos, de nuevo a los ojos, oasis al que el explorador siempre regresa. Y ella comienza a temblar de emoción al ver cómo el hombre deposita un beso sobre la palma abierta y se lo envía de un soplo —¿quién sino el esperado?— respetando las distancias, tan emocionada que no le oye cuando dice desnúdate, tan confundida que cuando lo repite piensa que se trata de un ruego, baja la vista, pudorosa, sin entender aún, pero la pistola se yergue nuevamente, apuntalando la orden, aclarando la situación, no, por favor, la ilusión se desmorona entre sus manos tensas como un terrón de azúcar húmedo, por Dios, no; desnúdate he dicho, y el vómito inicia otra vez su galope desde lo más hondo, no me obligue a eso, se lo pido por favor, ya sin

esperanza de que algo cambie, sabiendo que la vida transcurre sin pedir permiso, que al final tendrá que darse la vuelta sobre la arena y mostrar su barriga hilarante a los bañistas, que hasta el sol se tapa la cara porque qué vergüenza, mientras se desprende de la blusa, mostrando por vez primera en tantos, tantísimos años un retal de esa medusa muerta con la que convive, y luego las zapatillas, las medias, que él ve caer con una sonrisa aún leve, pero que crece cuando la falda se desploma, se rinde, y es ya casi carcajada soez cuando el sujetador abre paso a la doble cascada de gelatina, por favor, déjeme de una vez, balbucea, calculando la distancia hasta la ventana, si llegará a ella antes de que él acierte a reaccionar: saltará, ángel ruborizado, por la ventana abierta, en corto vuelo inadvertido para después estrellarse con estruendo contra el pavimento, reventar en medio de la calle entre miradas que ahora no ríen, qué va, no se ríe ni dios, y eso que la ven, que la están viendo completamente desnuda, que están viendo incluso lo que nadie ha visto; detener las palabras, trayectorias, respiraciones —salvo probablemente, los aplausos agradecidos de la loca— con su cuerpo desinflándose como un caballito salvavidas, si tuviese el valor de saltar, de plantarle cara a las cosas y decidir la siguiente escena por una vez, pero sabe que no, que nunca alcanzaría el umbral redentor, que, al mostrar sus carnes ingentes en movimiento, la masa temblorosa que parecería desbordarse de sí misma en la carrera, una risa la ametrallaría, clavándola en el sitio.

Continúa, ahora viene lo interesante, apremia el inmundo mordiéndose los labios; así que, no hay remedio, la mujer retira las manos de delante de los pechos, inicia aún un ademán de súplica y, sin aguardar la respuesta, comienza a arriar la última bandera, entre convulsiones, entre jadeos, entre risas desbocadas que le azotan el rostro, date la vuelta, date la vuelta, ja, ja, ja, y ella, ya en otro mundo, baila, da vueltas tambaleándose igual que una peonza en sus giros postreros, cierra los ojos abalanzándose en el vértigo, se detiene por fin, una mano en el corazón, que está dando alaridos de rabia, la otra mano desvanecida y cobarde; cuando abre los ojos de nuevo él está todavía allí, pero no ríe. La mira pero no ríe. Incluso su pistola parece retraerse como un pene asustado. ¿Qué pasa? ¿Por qué desvía la mirada? ¿A qué esa confusión ahora? hasta que ella misma descubre el secreto, observa cómo la perla encarnada cae

sobre la alfombra, contempla el cauce que otras han abierto muslos abajo, pero no se apresura a taparse, no intenta ocultar la prueba con vestido alguno; por el contrario, ostenta las rojas lágrimas. Es él quien se incorpora, recoge la falda del suelo y la tiende hacia ella, murmurando turbado algo así como disculpas, yo no sabía, perdona, mujer, el maldito imbécil.

So far, so good.

Lo que quiero decir es que el libro avanza. Y ahora me toca a mí. A ver. Ah, antes de continuar: soy otro. O sea, otro diferente del que comenzó la introducción. Y por supuesto tampoco soy Julia. No sé si es correcto señalarlo. Quizá esperan de mí —ellos, quiero decir, los demás— que no establezca diferencias entre uno y otro, puesto que todos somos un organismo.

So sorry, chums. A lo mejor tienen razón. Lo que pasa es que no he podido consultar porque he comenzado a escribir mientras los demás —ejem, el resto del organismo— han salido a pasear. Beautiful landscape around. Lo que ahora llaman Chiantishire, porque tantos británicos vinieron a formar su espíritu a la región de Chianti. Digo formar su espíritu y no descansar porque para los británicos, ya desde el siglo XVIII el paisaje es algo educativo; el jardín inglés no era un lugar donde tumbarse a la bartola y holgazanear durante horas; no way, el jardín inglés es un lugar de reflexión, porque la naturaleza puede enseñarnos tanto sobre la vida, la libertad, incluso la democracia. En fin.

Yo, que también soy británico, y aprovecho para decir que mis cuñas en el idioma de la Commonwealth no se deben a mi esnobismo, or not only, sino a que mientras pienso en castellano —all right, no soy británico, pero mi madre sí, y yo he vivido allí bastantes años— me van saliendo expresiones… pero no sé por qué estoy contando todo esto. Who cares.

Lo que quería contar es que yo vine a Chianti por motivos diferentes a los de tantos compatriotas; para mí no era parte de un programa educativo, como el deporte o las matemáticas, sino que yo, … der endlich entflohn des Zimmers Gefängniss / und dem engen Gespräch freudig sich rettet zu dir…

Schiller dixit —y eso sí que es esnobismo, citar en alemán, pero me

encanta—, o sea, parafraseando al poeta, vine a la naturaleza para escapar a la estrechez de la vida urbana, del eight-to-five way of life, del anonimato correoso de la polis.

Soy reincidente, lo confieso, contra la pared, manos sobre la cabeza, piernas abiertas, no es la primera vez que cometo el delito de evasión. Oh, no. La primera, laugh

don't

, fue en una secta, a lo mejor han oído hablar de ella, Bagwahn se llamaba el guru — laugh, please, laugh

don't

don't

, porque no es para reírse—. Era joven; yo, quiero decir. Me sentía —a ver si les suena la palabra— solo. Y además tenía granos. Acné, para ser exactos. Llevaba meses —all right, años— sin conocer hembra. Hasta los perros ayuntándose me hacían detener el paso. Leer «conjunción copulativa» me bastaba para empalmarme. Si una mujer de edad conveniente —es decir, entre diez y sesenta años— me miraba en el metro más de un segundo, tenía que apearme en la siguiente estación y buscar a la carrera un servicio público. Rey de la paja y príncipe de la puñeta eran mis títulos. laugh

Don't

.

No me arrepiento, señor juez. Me vestí de rojo, colgué alrededor de mi frágil cuello una cadena de la que pendía un retrato del maestro, abandoné mi casa, mis amigos. Me fui al ashram de la secta en Poona a imbuirme de lo numinoso. Me sometí a todos los ritos de purificación necesarios. Abrazado a frondosos árboles escuché la respiración de Gaia. Entoné salmos al ritmo atávico de los tambores. Aprendí de memoria las frases —afortunadamente no demasiadas— salidas de la boca del santo varón que nos guiaba. Más tarde trabajé como un jumento en un restaurante de la secta para contribuir a que nuestro guru panzón pudiese comprarse un Rolls Royce al mes. No me arrepiento.

Sé que me utilizaron. Soy perfectamente consciente de que Bagwahn, para crearse un pequeño imperio, se aprovechaba de la credulidad, de la falta de orientación de tantos jóvenes decepcionados por la vida rastrera que nuestros padres esperan de nosotros. Pero él nunca nos mintió. Su doctrina era simple: en esta vida hay que buscar la felicidad, aunque sin irse muy lejos, porque está en nosotros. La suya no era una religión

ascética: el dinero, el sexo, el placer están benditos; la fealdad del mundo no es culpa nuestra. Nunca fue tan atractiva la religión.

No tengo el menor motivo para criticarle; me dio aquello que buscaba: me permitió olvidar temporalmente la soledad, me franqueó la entrada entre las piernas de tantas compañeras de secta —con granos y sin ellos, sucias y limpias, sabias y estúpidas—. Un «trabajo como Dios manda» no me hubiese procurado ni la mitad de placer.

Pero uno se cansa —yes, sir, de follar también, isn't that odd?—. Porque la soledad no se disipa con el calor producido por frotamiento. No, buddies, la soledad se queda ahí, acurrucada sobre tu hombro, mientras tú besas a una desconocida sonriente y te dices esto es la gloria, pero notas ese peso, te tiñes de la tristeza que destila el bulto que continúa ahí pegado. Me lo decía una amiga: yo la soledad la llevo aquí —señalándose el cogote— y casi se podía ver ese animalito tenaz y viscoso asomando por detrás de su cabeza. Quienes se sienten solos van ligeramente encorvados: es el peso de su mascota.

Por eso me fui, abandoné la cohorte de imbéciles celestiales de que formaba parte —wait a second, pal, mejor imbécil celestial que vendedor de seguros o capitán de infantería, no jodas— y comencé a recorrer el mundo macuto al hombro —y encima el bichito.

I shall be very brief: salto directamente a la actualidad. Olvido el pasado para anunciar con orgullo: formo parte de un grupo de combate contra la soledad. Sí, señor: comando suicida dispuesto a todo. Somos nueve. Nueve ratas grises que han decidido transmitir al resto de la especie sus conocimientos adquiridos en ardua experimentación. Queremos devolver al universo la unidad perdida. Somos ratas pioneras en una tarea de magnitud cósmica.

Aunque bien mirado, la auténtica rata soy yo. Lo digo porque no me creo una palabra de toda esa historia de la unidad, de la consciencia cósmica, del inconsciente colectivo. Bullshit. La culpa es de Myriam. Tiene unos ojos preciosos. Y sus nalgas tampoco están nada mal. La conocí en San Vito —al sur de Florencia—, me dijo que trabajaba en una explotación agrícola —organic farming, of course—. Pero que iba a participar en un proyecto interesantísimo: y los ojos duplicaban su volumen al contármelo. No les diré qué parte de mi cuerpo duplicaba su volumen. Y entonces mentí. Lo confieso, señor juez, manos a la cabeza, etc.

, me entrego a la justicia, no divina —bullshit again—, sino de los

hombres, de los ocho ingenuos a los que he engañado. Confieso solemnemente que la historia que conté a Myriam fue pura invención: no vine a Italia a escribir, como le dije. Soy ateo y nunca me he sentido parte de un todo superior; el verdor de los bosques y el azul del cielo no me hacen pensar en la grandeza del universo sino en la necesidad de echarme una buena siesta.

Aquí estoy, de hinojos ante vosotros, oh, jueces magnánimos. ¿Me arrojaréis del seno de vuestro grupo, me condenaréis a las eternas penas de la soledad? ¿O aceptaréis a esta pobre rata tal cual es, le permitiréis reposar al calorcito que desprende vuestra comunidad?

I am blue. Si lo dijese en alemán —ich bin blau—, significaría que estoy borracho. Pero no; aunque he estado bebiendo vino desde que me levanté —producido con métodos de cultivo biológico, claro—, estoy más triste que borracho. Porque me imagino la mirada de Myriam cuando lea estas páginas. Entonces será el llanto y el crujir de dientes. Los míos. Porque si me echan de aquí, no sé qué va a ser de mí. laugh
Don’t
. Lo digo en serio. No me creo capaz de volver a buscar cobijo en otra comunidad de lunáticos, de volver a inventarme una personalidad. Entonces: éste es mi último intento. La postrera oportunidad que me ofrezco de encontrar un lugar entre mis congéneres. Por eso me muestro tal cual soy —poor rat—, y aguardo vuestro veredicto. ¿Me tomáis o me dejáis?

Mi vida está en vuestras manos.

Don’t laugh.

Viaje de ida en un tren eléctrico

Por la ventana del retrete ya sólo me es posible ver un recuadro de cielo; es un cielo lechoso y al mismo tiempo con un cierto tinte rosa, como si estuviesen a punto de nevar copos de sangre. Bueno, no es para tanto, pero es que estoy de un humor algo tétrico. De cualquier manera es uno de esos cielos que jamás se pueden ver en Madrid, un cielo que, imagino, sólo es posible encontrar después de miles de kilómetros de viaje. Eso me consuela.

Como me consuela el movimiento del tren, sentir que debajo de mis pies la tierra se desliza velozmente, que a cada segundo estoy más lejos del punto del que he partido y dentro de unos instantes, cuando acaso ya ni siquiera pueda darme cuenta de ello, continuaremos abalanzándonos sobre un horizonte inasible, borrachos de distancia. Apenas si puedo creerme que sólo hace dos días y medio que salí de Chamartín. Es como si hubiese transcurrido una vida, mi vida, desde entonces, y, pensándolo bien, es verdad que ha transcurrido. Mi vida, como un tren atravesando un túnel interminable. Y dale con el pesimismo.

De Marta ya ni me acuerdo —mentira, sí me acuerdo, pero hago como si no—, y eso que es a ella a quien debo el estar aquí. Fue un impulso. Uno de esos momentos que ya ni te crees que puedan convertirse en realidad y de pronto ves ahí, relucientes en medio de la grisalla de cada día, un borbotón de sangre aflorando en un charco de agua turbia. Yo me encontraba en el salón, en cuclillas, rodeado de vías, vagones, montes de color ocre, cumbres nevadas, los paisajes de cartón piedra de mi tren eléctrico. Operaba los mandos con la concentración habitual: en mi tren eléctrico no sucede nada sin que yo dé la orden; no es como esos otros, automáticos, en los que las barreras se levantan por sí solas para el tren que se acerca, en los que las agujas se desplazan siempre a tiempo de evitar un choque entre trenes, en los que la velocidad es constante y cada movimiento predecible; no, en mi tren eléctrico yo

era el maquinista, el guardagujas y el jefe de estación. La responsabilidad de que cada viaje llegase a su término era mía. Precisamente eso era lo hermoso: la consciencia de que en esa maqueta de universo únicamente regían mis leyes, y que sus carencias, sus pequeñas catástrofes, eran un reflejo de mis deficiencias personales, de la misma manera que la imperfección del mundo no es más que la consecuencia lógica de la imperfección de Dios. Y yo estaba allí en medio, atento a cada uno de los movimientos que tenían lugar en ese universo finito, montándome con la imaginación en un tren, abriendo mucho los ojos ante el estrépito de oscuridad que estalla en los túneles, o agitando el pañuelo desde el andén, adiós, adiós. Igual que un niño.

«Igual que un niño». No me di cuenta de que Marta había entrado en el salón. Deambulaba por la casa despeinada y aún envuelta en el eterno albornoz de guata gris, aunque ya eran casi las dos de la tarde. Como una esposa de chiste malo. Estaba de pie, bajo el quicio de la puerta, pálida, con un cigarrillo en una mano y mordiéndose un padrastro de esa misma mano, con una mirada minuciosa de rencor, de no encontrar ya las palabras apropiadas para expresar un odio tan desgastado por el tiempo. Pero sí las encontró: «¿Piensas pasarte el día ahí, como un retrasado mental, jugando con tu trencito? ¿O te vas a decidir de una vez a intentar encontrar un trabajo, si no por mí, para poder comprarte otra gilipollez de plástico?».

No me afectó. Quiero decir, que llega un momento en que las palabras son lo de menos, porque ya se sabe que no son más que una manera de ocultar algo mucho peor, un flujo más profundo, más sucio; por eso ya ni siquiera se les presta atención, se oye el ruido de fondo que emerge de esa figura sólita, abatida, pero las palabras no cambian nada, pertenecen a la casa como el papel pintado, el zumbido del frigorífico, el baldosín desconchado que bascula al pisarlo, la infelicidad de cada día. Y por eso mismo uno no reacciona, igual que hace tanto que se desistió de cerrar con fuerza ese grifo que de todas maneras va a seguir goteando, y se continúa con lo que se estaba haciendo, a no ser que al otro esa vez no le basten las palabras para expresar el malestar represado día a día en la garganta y se atreva a la agresión directa. Como Marta esa tarde, que, al dirigirse a la cocina, probablemente a prepararse un

café, aunque el café nunca le sienta bien, empujó con la punta del pie un TALGO que avanzaba despacio, al aproximarse a una barrera bajada, haciéndolo descarrilar y precipitarse pausadamente por una pendiente nevada. Marta contempló impertérrita la catástrofe, sin preocuparse de todas las vidas que mi fantasía había montado en ese tren, del pánico probable de los viajeros.

La superioridad física es una sensación agradable, lo digo sin vergüenza ninguna. Porque Marta tiene sus formas de dominarme, de herirme en los puntos vulnerables de una manera que yo nunca aprenderé. A ella le bastan ciertos silencios, ciertos gestos o ciertas omisiones, para sumirme en una depresión impotente de la que nunca sé cómo salir a flote. Son muchos años, demasiados años de ser infelices juntos. De estar encerrados en cincuenta metros cuadrados, entre óleos baratos —caballos o ciervos a la luz de la luna—, muebles desvencijados y paños de ganchillo de color progresivamente más desvaído. Demasiados años de saber que uno nunca llegará a tener el dinero suficiente como para salir de ese semisótano de renta antigua y escapar a otra vida sin aquél al que no se puede por menos de considerar culpable. A quién si no. ¿A la sociedad? Por eso fue un consuelo ver que, como de costumbre, no acertaba a defenderse de mis golpes. Se quedaba apoyada contra la pared, agitando a ciegas los brazos ante sí, lanzando patadas a tontas y a locas, injuriándome a mí, a mi madre, al Dios que me creó, mientras yo iba proyectando mis puños con precisión matemática entre su defensa a medio desarbolar. Bien mirado, no es tanto una cuestión de superioridad física como de concentración: se trata de mantener una visión de conjunto, decidir el lugar en que debe aterrizar cada golpe. Conseguir que cada agresión no sea un mero reflejo, sino un acto de la voluntad.

Le partí el labio superior. Fue mejor así, porque yo ya empezaba a pensar en la navaja que llevaba en el bolsillo, en clavarla entre dos manotazos de Marta para acabar de una vez por todas con ese enfrentamiento desalentador, para acallar sus insultos y mi rabia de un solo golpe. No la habría matado: la hoja apenas si tiene cinco centímetros; la llevo encima porque a veces hace falta pelar un cable, o ajustar una pieza, o para juguetear con ella mientras contemplo mi tren eléctrico. Además, no tengo motivos para matar a Marta; las cosas tampoco serían mejor sin ella. No lo eran antes de

conocerla. Pero el pinchazo habría servido para detener nuestro ímpetu, porque ya nada hubiese podido expresar la amargura de forma más eficaz, que es, en definitiva, de lo que se trata. Y para ello bastó que le reventase el labio de un puñetazo. Marta se quedó muy quieta, sin saber si romper a llorar; luego se dobló hacia delante, llevándose las manos a la boca como si fuese a vomitar sobre ellas, para desaparecer por fin en dirección al dormitorio mientras contemplaba incrédula y asustada la mancha oscura que se extendía sobre la yema de sus dedos. Ésa fue la imagen que me dio fuerzas. Porque me causó miedo pensar que cada vez que viese a Marta me acordaría de ella así, envuelta en su albornoz gris comprado en rebajas, despeinada, con las manos y los labios ensangrentados, huyendo hacia el dormitorio para poder llorar sin avergonzarse; pensé que ninguna otra imagen de Marta podría desplazar ésa y que desde entonces en adelante me pasaría la vida pidiéndole perdón con los ojos, disculpa, no quería golpearte tan fuerte, ¿sigues enfadada? Incluso para dos como nosotros es necesario reconciliarse de vez en cuando, recuperar un atisbo de esperanza.

Subí del sótano los embalajes de cartón de mi tren eléctrico. Fui guardando las piezas en las cajas de origen, haciéndolas encajar en las siluetas recortadas en corcho blanco, no sin antes observar minuciosamente cada una de ellas, mientras deslizaba los dedos sobre sus salientes y entrantes. Me sentía como si estuviese en una estación, despidiéndome de un hijo al que fuese a tardar años en volver a ver, sabiendo que entonces ya no sería lo mismo, que, cuando volviésemos a encontrarnos, habrían cambiado tantas cosas. Luego cerré las cajas atándolas con cuerdas y las devolví al sótano, pero asegurándome de que las dejaba en un rincón sin humedad. Con otras cajas y con unas sillas de jardín oxidadas formé un parapeto delante de mi tren eléctrico: quería ocultarlo a la vista de los vecinos con quien comparto el sótano, para evitar que alguno se pusiese a trastear con él. No volví al piso esa tarde, sino que me fui a pasear al Retiro, con el fin de no cruzarme con Marta en el pasillo.

Como Marta yacía en nuestra cama —no pude evitar entrar a mirar su labio y sus ojos hinchados— pasé la noche en el sofá. Me levanté cuando oí la puerta de la calle cerrarse tras los pasos de mi mujer. Me afeité, tomé una ducha —por cierto, me descubrí

silbando bajo el chorro de agua; me sorprendí tanto que pasé un rato intentando recordar cuál fue la última vez que había silbado mientras me enjabonaba— y me puse una muda limpia. Sólo había dos camisas y un pantalón planchados. Metí la camisa sobrante en una bolsa de deporte junto con un puñado de calcetines y calzoncillos. Casi olvido coger un jersey. Como el abrigo no cabía en la bolsa, lo doblé por encima del brazo y salí a la calle. En el banco no tuve que esperar casi nada. Tampoco me pusieron problemas para cancelar la cartilla de ahorros: la verdad es que había temido que me pidiesen una firma de mi esposa o algo por el estilo. Pero no; supongo que, como era poco dinero, tampoco le dieron gran importancia. Lo que me dio rabia fue que el dinero no alcanzase para comprar un billete a Helsinki. No es que la ciudad me interesase particularmente, pero más de una vez me había imaginado el viaje en tren a lo largo de las costas sueca y finlandesa. Me imaginaba sentado junto a la ventanilla, cansado del viaje, sin afeitar, contemplando ensimismado cómo se iba levantando la niebla sobre la superficie metálica de los lagos nórdicos, desvelando sus orillas pobladas de abetos, a medida que avanzaba la mañana. Pero tuve que conformarme con un billete a Estocolmo. De todas maneras, y a pesar del disgusto, al montarme en el tren me reía solo.

Quizás debería haber escrito una postal a Marta. Por lo menos para que no se inquiete. Aunque no estoy muy seguro de que mi desaparición la intranquilice. A lo mejor también ella se ríe sola, sí, le pasará como a mí, no podrá creerse tanta suerte, tanta felicidad. Por lo menos los primeros días. Pero, de todas maneras, no habría sido mala idea enviarle una postal con remite de Estocolmo. Deseándole suerte, pidiéndole perdón, diciendo que no es culpa nuestra, que las cosas son así. Que la vida no es como mi tren eléctrico, sino como uno de ésos completamente automáticos: lo único que se puede hacer con ellos es quedarse sentado y observar lo que sucede, los movimientos repetitivos e invariables, una y otra vez. Acaso le habría dicho que el mundo, el género humano, por banal que pueda parecer tal aserción, es injusto. Aunque lo mejor habría sido no decir nada de eso, al contrario; la postal no debería hablar de nosotros, sino del tren, de lo limpios que están los trenes suecos, o de que a través de la ventanilla puedo ver pasar esos

pueblos grises que salen siempre en las películas francesas, pero que en realidad no son tan tristes como se los imagina uno. Por una vez debería haberle escrito para decir algo trivial, de lo que no dependiesen nuestras vidas, algo ajeno, tranquilizador.

Pero no he escrito ninguna postal. Y ahora es demasiado tarde. Porque ya no puedo ver casi nada que merezca la pena contarle. Solamente eso, un pequeño recuadro de nubes rojizas, que parecen vísceras a punto de estallar. Y menos mal que no está nevando. Si nevase vería aún menos. Aunque qué más da. Eso sí, me gustaría saber dónde estamos. Hace rato que dejaron de golpear la puerta del retrete. El revisor habrá renunciado hasta que lleguemos a la próxima estación. Por cierto, ignoro cuál es la estación que viene después de Estocolmo. Qué rabia. Me gustaría conocer el nombre de lugar tan decisivo. No sé muy bien qué hacer. Llevo un rato jugando con la navaja entre los dedos. Incluso se me ha ocurrido cortarme las venas con ella; es lógico que a alguien como yo se le ocurran esas ideas. Aunque la hoja sea pequeña, para eso sí bastaría. Pero me da miedo. O lástima, más bien. Me imagino hecho un ovillo en el suelo del retrete, con un charco sucio a mi alrededor, sin notar el traqueteo bajo mi cuerpo, sin poder ver siquiera el transcurrir del cielo por la ventanilla del tren ni la cara del policía que tendrá dificultades para abrir la puerta, medio bloqueada por mi cuerpo exangüe. Me miro, ahí hecho un ovillo, con la misma sensación de pena con que se mira el retrato de un desconocido a quien se sabe muerto; con ese leve pesar por una pérdida, aunque insignificante, irreparable. Pero sigo jugando con la navaja, no me decido a guardármela en el bolsillo. Mientras la tenga en la mano me acompañará la idea de que aún no está todo perdido. No es demasiado tarde.

El tren continúa avanzando con ímpetu de animal furioso. Yo estoy dentro de él. Me dejo arrastrar, sin preocuparme de agujas ni de barreras, sin necesidad de conducirlo hacia su objetivo. Son otros los que conducen. Observo indolente las nubes de un cielo ajeno. A ratos pienso en Marta; a ratos en mí mismo. Y a veces me miro en la imagen fría del espejo. Entonces me sonrío; en serio, a pesar del momento, me sonrío, y me felicito por esa clara conciencia de que podría ser mía la última decisión.

La verdad, al principio yo era bastante escéptica. No soy una intelectual. Ni una mística. Soy una persona normal, en serio; yo creo, sin falsa modestia, que soy la más mediocre del grupo. Si hace un año me hubiesen dicho que iba a estar intentando modificar el subconsciente colectivo, bueno, ni siquiera habría prestado atención. A mí qué me importa el subconsciente, y aún menos el colectivo. Ésas son cosas para filósofos, no para gente normal.

Quiero decir que a mí lo que me interesaba es si teníamos dinero para comprar un nuevo tresillo o si debía decir a mamá que se viniese a vivir con nosotros después de la rotura de cadera.

Por supuesto que me he sentido sola alguna vez. Más de una. Como cada quisque. Pero siempre lo había aceptado como algo natural, igual que un dolor de muelas, lo mismo que la regla. Ni qué decir tiene que nunca he pertenecido a una secta. De vez en cuando iba a misa los domingos, por acompañar a Luis, mi marido. Pero era una mala creyente, de ésas que sólo rezan cuando enferman. Como casi todo el mundo. Luis sí creía. No porque hubiese reflexionado sobre el tema; sencillamente, ser cristiano era para él un rasgo de buena educación.

Tampoco como escritora soy muy sobresaliente: he publicado dos libros para niños, contando las aventuras de un borrico. Como veis, nada elevado. También publiqué un volumen de poemas, pero debo confesar que costeé yo los gastos de edición y que aún guardo casi todos los ejemplares en un armario. Y la historia que vais a leer dentro de un momento ni siquiera es del todo mía: el argumento lo he sacado de una noticia en un periódico. Además, José Ramón ha corregido el estilo a fondo; dice que debo contar las cosas de una manera más directa, que utilizo demasiadas palabras. Yo siempre he pensado que utilizo demasiado pocas, que me cuesta encontrarlas. «Por eso, porque tienes pocas necesitas muchas», me ha dicho, y no se lo discuto. Además, al fin y al cabo, si queremos escribir una obra colectiva, no es ningún desdoro no escribir las cosas sola.

Ya digo, no soy una intelectual, ni mujer dada a grandes aventuras. Supongo que la definición que más me cuadra es la de ama de casa, aunque inquieta, eso sí. De jovencita pensaba hacer algo importante, como ser actriz o cirujano. Y decía que no me casaría hasta cumplir los cuarenta años. Pájaros en la cabeza. Me casé a los veintiuno; lo más importante que he hecho en mi vida ha sido —y me siento orgullosa— parir dos hijos, Ángel y Luisín.

Sin embargo aquí estoy. Claro, yo no habría introducido el libro de manera tan grandilocuente. Me hubiese limitado a decir que nos hemos lanzado a esta empresa porque nada se pierde con ello. La gente, es obvio, sufre porque está sola. Y quizá así podamos sufrir menos nosotros mismos y mostrar a los demás que hay otras posibilidades. Yo no sé si existen los campos morfogenéticos, quisiera creer que sí. Había un filósofo —no recuerdo su nombre, pero me lo contó el profesor de religión en el colegio, y me impresionó mucho— que decía que la existencia de Dios era un beneficio tal para el hombre, que merecía la pena creer en Él, aun corriendo el riesgo de equivocarse. Pues con esto me pasa lo mismo. No me voy a calentar la cabeza con teorías, pero ¿por qué no intentarlo?

Supongo que si Luis aún viviese —hace ya casi un año que murió— jamás me habría decidido. Habría sonreído, sacudido la cabeza, nooo, yo para esas cosas no valgo. Pero cuando José Ramón, mi vecino, qué casualidad, me contó el proyecto, verdaderamente no tenía nada que perder. Luis ya no estaba, mi trabajo me aburría, y mis amigos…, bueno, nunca he tenido demasiados, supongo que porque soy un tanto tímida, no demasiado, pero algo sí. Así que me dije, venga, anímate.

Cuando menos es una oportunidad para reflexionar sobre el futuro. Los chicos ya son mayores…

Y eso, aquí estoy, cada vez más ferviente creyente en el valor de nuestro proyecto. Por el día trabajo en la huerta, alguien tiene que hacerlo, y a mí me distrae mucho. También cocino, aunque Alicia dice que eso es asumir el papel que me imponen los hombres —los tíos, dice ella—. Y también que no tengo por qué someterme a sus opiniones en lo que escribo. Alicia es buena gente, y no lo digo porque sé que va a leer estas líneas, aunque a veces es un poco severa con los chicos. Todos somos víctimas de nuestra educación.

Por las noches conversamos sobre nuestras vidas, sobre nuestras obras. O nos ponemos a corregir juntos un cuento. José Ramón dice que

habría que conseguir algo así como un aliento común, que no debemos poner tal celo en defender cada uno de nuestros adjetivos, porque eso nos aleja de la meta. Otros no están del todo de acuerdo —sobre todo Alicia—, pero por ahora lo han aceptado.

Yo, sobre todo, escucho. Y aprendo. Nunca había sido consciente del valor inmenso que tiene cada uno de nuestros gestos, del peso de nuestras palabras. Es hermoso estar aquí, que nos queramos y respetemos tanto. Ayer Terry nos contó una historia tan triste que a mí se me saltaban las lágrimas. Pero no eran lágrimas de pesar, sino de alegría: porque de pronto descubrí que en este mundo aún queda sitio para la confidencia y la comprensión. La desgracia de Terry es la de todos, su mentira el resumen de nuestras vidas. A ver si consigo explicarme: las personas no somos buenas; y, como lo sabemos, ocultamos aquello que afearía nuestra imagen a ojos de los demás. Por eso nos sentimos solos, porque nunca nos atrevemos a mostrarnos tal cual, y por eso una parte queda siempre inaceptada, no querida. Y ahora, al querer a Terry a pesar de su embuste, le ayudamos a salir de su soledad. Pues es a él entero a quien queremos.

Estoy conmovida. Profundamente conmovida. De pronto vivir es hermoso; y me doy cuenta de que mi aportación, aunque insignificante, tiene sentido. Gracias por haberme abierto los ojos.

Después de tantos años

El 21 de abril de 1975 Sideth Prak estaba de pie ante la puerta de su cabaña con la mano extendida sobre los ojos para que el sol no le impidiese ver. Lo que estaba observando era una columna de hombres que caminaban calle arriba, con las manos atadas a la espalda y la cabeza gacha, como si las nubes de polvo rojizo que iban levantando sus pies renuentes al avance constituyesen el único suceso que les interesaba aún en el mundo. Aquí y allá, a los flancos de la columna, Sideth Prak distinguía los uniformes de los jemeres rojos encargados de llevar a los prisioneros a su destino final. Apenas eran un puñado de guardias armados. Sideth Prak pensó que si los hombres levantasen la cabeza se darían cuenta de que su destino no era inevitable. Pero no se atrevió a indicárselo.

La columna avanzaba muy lentamente a pesar de que los jemeres rojos espoleaban a culatazos a cada prisionero que se rezagaba. Sideth Prak aguardó en la misma postura, con la mano ocultando sus ojos al sol y a la vista de los demás, pues no quería que la viesen llorar: una lágrima a destiempo podía ser considerada un acto de traición. Cuando el rostro que esperaba —o, más bien, temía— desfiló ante su mirada, tuvo que contener el temblor de sus labios mediante un mordisco brutal. Aunque a ella misma le pareció injusto sentir tal cosa, un borbotón de rencor contra Kam Nol sacudió su estómago. Sintió deseos de acercarse a él, levantarle el rostro humillado de un firme tirón de los cabellos, limpiarle las mejillas de barro y conducirle ante uno de los guardias. Luego, suavemente, le empujaría hacia la bayoneta ávida. Después podría derramarse en lágrimas sobre su cadáver, lavar con su propio cabello la sangre del pecho, implorar venganza a Maheshvara y obtener, como castigo ineludible para tal infracción, la muerte junto a su amado. Sería mil veces mejor que pasar el resto de su vida esperando noticias de Kam Nol, que levantarse cada mañana con el vientre encogido de angustia hasta asomarse por la ventana y ver el

camino tan vacío como de costumbre. Cuando la reata de delincuentes —Kam Nol era sin duda uno a ojos de los triunfadores, ya que no sólo llevaba gafas, sino que sabía leer, escribir e incluso realizar complicadas operaciones de cálculo— había ya desaparecido de su vista, Sideth Prak entró en la cabaña.

Sideth Prak tampoco se quedaría mucho tiempo en Phnom Penh. Consciente de que los jemeres rojos no se iban a ver satisfechos con el asesinato o la deportación a los campos de trabajo de los intelectuales, militares y policías, sino que continuarían depurando el país de todos aquellos que habían contribuido de alguna manera a mantener el régimen, podrido hasta la raíz, del general Nol, decidió huir sola, tras intentar vanamente convencer a su padre, un antiguo funcionario de Hacienda, de que la fuga ofrecía la única oportunidad de supervivencia.

Tuvo una suerte inmensa durante su huida. A pesar de haber sido asaltada tres veces en el camino —la primera por un barquero que le robó sus escasas pertenencias y la violó, las otras dos por patrullas de soldados vietnamitas que, tras violarla repetidas veces, la dejaron inexplicablemente con vida— sólo tardó dos semanas en alcanzar sana y salva la bahía de Kompong. A pesar de no tener dinero, consiguió que la admitiesen en un barco que se dirigía primero a Puerto Princesa y luego a Manila, donde, para cobrarse el precio del pasaje, el capitán la vendió al dueño de un burdel. La suerte continuó acompañándola tras su llegada a Manila. Apenas llevaba dos meses trabajando como prostituta, cuando le sucedió algo que a otras tardaba años en llegarles, o que no les llegaba jamás: un marine americano se enamoró de ella. Así Sideth Prak fue recomprada a su patrón e internada en una escuela para futuras esposas de soldados estadounidenses, donde aprendió el inglés, los modales, las artes culinarias y la sumisión imprescindibles para convertirse en la esposa de un ciudadano norteamericano. Un año más tarde, volaba a bordo de un avión militar con rumbo al paraíso del que su marido, el cabo John Heartfield, no cesaba de contar maravillas: «Carson City, in the State of Nevada, in the United States of America».

Si el cabo John Heartfield hubiese sido mutilado en combate, las cosas no habrían ido tan mal. Habría recibido una medalla y una pensión del Gobierno estadounidense. Pero de su estancia en Asia

no le habían quedado más secuelas que un insomnio tenaz y una propensión excesiva a la bebida, por lo que cuando perdió su trabajo de conductor de autobús escolar, la familia Heartfield se quedó sin ninguna fuente de ingresos. Consecuentemente, Sideth Prak comenzó a buscar un empleo. Por las mañanas iba a comprar el periódico nada más salir de la imprenta para leer las ofertas de trabajo. Cuando regresaba a casa tras un día entero de recorrer la ciudad ofreciéndose como mujer de la limpieza, encargada de urinarios, cocinera, camarera, vendedora a domicilio y otro sinfín de actividades para las que se consideraba capacitada, lo primero que escuchaba eran los gritos enronquecidos por el tabaco y la ginebra del ex cabo John Heartfield, quien se quejaba amargamente de que la cena no estuviese preparada o la llamaba puta, interrogándola por sus andanzas y por los supuestos amantes que había ido a visitar. Cada noche, antes de acostarse, Sideth Prak se encerraba con cerrojo en el cuarto de baño y se daba pausadamente bofetadas ante el espejo para demostrarse que no estaba al borde de sus fuerzas, que podía resistir mucho más de lo que sufría. Era capaz de golpearse durante varios minutos sin que se le humedeciesen los ojos.

La suerte, que nunca la abandonó en los momentos más críticos, quiso que Sideth Prak encontrase un empleo en un café situado al borde de una carretera no muy transitada: sus tareas consistirían en limpiar el local y ayudar en el servicio de las mesas. El dueño, una persona honrada, jamás le puso una mano encima y le pagaba religiosamente lo acordado, todos los sábados a la una de la mañana, hora a la que Sideth Prak terminaba su trabajo semanal. Sin que lo supiese el marido, comenzó a ahorrar una parte de su sueldo con la secreta esperanza de poder comprarse un billete de regreso a Phnom Penh el día que el príncipe Sihanouk, representante de Maheshvara en la tierra y por tanto seguro candidato a la victoria final, volviese a ocupar el trono jemer. Había calculado que, si conseguía ahorrar un dólar a la semana, podría regresar a su país en menos de diez años. Dos dólares a la semana significarían solamente cinco años escasos de espera. Como su sueldo jamás le permitiría ahorrar tres dólares semanales, renunció a sacar cuentas más optimistas. Cinco o seis años se pasarían volando. La única dificultad era que John Heartfield había rasgado

su pasaporte poco después de aterrizar en Carson City.

Debido a una salud deficiente, que la obligó a gastar en medicamentos parte de sus ahorros, pues el veterano Heartfield se negaba en redondo a financiar la hipocondría de su mujer, Sideth Prak, tras tres años de trabajo en la cafetería, tan sólo había conseguido ahorrar diecinueve dólares, por lo que una mañana, antes de ir a trabajar, se compró unas medias de seda y un lápiz de labios, trocando dichos objetos por el cada vez más difuminado sueño del regreso. Desde ese día, salía de casa con unas medias de seda bajo los vaqueros y se pintaba tenuemente los labios nada más subir al autobús que la llevaba al trabajo. John Heartfield jamás descubrió la existencia de tal lujo.

John Heartfield, para bien o para mal, sobrevivió a una angina de pecho. Su respiración silbante comenzó a ser una auténtica tortura para Sideth Prak, sobre todo durante las noches. Insomne, aterrado por alucinaciones que le devolvían al horror de la guerra en la selva y por una intensa premonición de la muerte, Heartfield pasaba horas sentado, con la almohada entre los brazos, luchando por encontrar el aire que exigían sus pulmones contraídos por el miedo. Sideth Prak solía vigilar el tembloroso perfil en la penumbra sin decir una palabra. Temía que el demonio que se había apoderado de su marido se ensañase con ella si llegaba a descubrirla.

Sideth Prak, desde su llegada a América, engordó más de diecisiete kilogramos. Le salieron voluminosas varices en las piernas y se le quedó una tendinitis crónica en los antebrazos, probablemente por causa del peso de las bandejas. Hizo el amor en nueve ocasiones, tres de ellas a la fuerza. No tuvo hijos, por lo que dio repetidas veces las gracias a Kali.

Sideth Prak llegó a hacer amistad con la cajera del café. Era una rubia muy alta, algo hombruna, dotada de un humor tirando a amargo que no siempre sabía entender Sideth Prak; sin embargo, le agradaba conversar con ella y acompañarla discretamente en las explosivas carcajadas en que la cajera gustaba de extraviarse a cada momento. Sobre todo se reía cuando hablaba sobre los hombres. Aunque a menudo sacaron el tema del dinero y lo que se podía comprar con él, Sideth Prak nunca reveló su secreto a la cajera, probablemente por miedo a sus risas. Un día, la cajera dejó el

empleo para casarse con un camionero taciturno que acostumbraba a recalar en el café. Una semana más tarde, Sideth Prak recibió una postal desde las cataratas del Niágara, que llevaría durante meses en el bolso. Acabó por perderla.

Debido a una subida de alquiler, los Heartfield se vieron obligados a trasladarse a otra vivienda. Constaba de una cocina, un comedor dormitorio y, en el rellano de la escalera, un cuarto de baño. Pero era más luminosa que la anterior, lo que alegró a Sideth Prak.

Los domingos, el matrimonio Heartfield acudía a la iglesia.

El día que Sideth Prak cumplió cuarenta y nueve años sucedió algo extraordinario. Era ya casi hora de cerrar, por lo que había pocos clientes en el café. Sideth Prak estaba limpiando una mesa que acababa de quedarse vacía, cuando oyó a sus espaldas las voces de unos clientes rezagados que estaban entrando en el local. Primero oyó una voz de mujer; era una voz desagradable, que se interrumpía regularmente para dejar salida a una carcajada de alguna manera soez. Luego la voz de un hombre mayor con acento de Texas. Sideth Prak, sin volverse a mirar a los recién llegados, supuso que se trataba de una prostituta y algún viajante de comercio que preferían pasar los últimos minutos en un café, en lugar de encerrarse ya en la mezquina habitación de hotel. Pero tuvo que cambiar de opinión, porque entre las dos voces surgió una nueva, que, a pesar de los años transcurridos y de hablar un idioma diferente al que siempre había escuchado de sus labios, acabó por reconocer. Sin darse la vuelta, observó a Kam Nol en el espejo situado encima de la barra. Se trataba de un hombre grueso, con una calva generosa, que se movía lentamente, como si estuviese al borde de sus fuerzas. El otro hombre le dio una palmada en la espalda, que Kam Nol aceptó con resignación. Sideth Prak se apresuró a entrar en la cocina. Pidió al pinche que saliese él a atender a los últimos clientes, porque ella no se encontraba bien. Aguardó en la cocina hasta que el chico volvió y le anunció que ya se habían ido todos.

Evitó hacerse preguntas; no le interesaba saber cómo Kam Nol se habría librado de la ejecución ni cómo había ido a parar a Estados Unidos. Por una vez, regresó a su casa sin poner las mesas para el día siguiente. Como de costumbre, se encerró en el cuarto de baño,

pero no se golpeó, porque no era capaz de distinguir bien su imagen en el espejo. Tenía la impresión de encontrarse dentro de un montón de polvo. Intentó decirse algo, para darse ánimos, pero sólo le salieron dos bocanadas resecas. Al toser sintió una punzada en el pecho. Se sentó en el retrete, con los pantalones y las medias de seda bajadas y se pintó los labios mientras orinaba. Pensó que el pasado, en el fondo, no tenía la menor importancia. Que lo terrible era el futuro, los años que aún le quedaban por vivir.

Como decía José Ramón al principio, no se trata de salvar unas cuantas ratas, sino el barco. Por eso, aun sintiéndolo, pues no deja de caerme simpático, estoy a favor de la expulsión de Terry.

Yo sí creo en nuestros objetivos. Lo que pensamos y hacemos influye sobre el resto del mundo, no por vía de la mera imitación, sino porque cada pensamiento, cada acto nuevo, pasa a formar parte de la memoria de la especie, y cada uno de nuestros descubrimientos se transmite a nuestros congéneres a través de los campos morfogenéticos. No es filosofía ni religión, es biología.

Tomemos el ejemplo del cuco europeo. Cito a Rupert Sheldrake, describiendo un fenómeno por lo demás ampliamente conocido: «Los huevos son empollados y los polluelos criados por otras especies de aves, y jamás ven a sus padres. Hacia el fin del verano, los cucos adultos vuelan a sus cuarteles de invierno en África. Aproximadamente un mes más tarde, los cucos jóvenes se reúnen y vuelan a la misma zona de África, donde se unen a sus padres».

La biología mecanicista es absolutamente incapaz de explicar el fenómeno, salvo con vagas referencias al instinto. El problema es que la palabra instinto sólo sirve para ocultar que se ignora el cómo y el porqué. Igualmente, la biología tradicional no ofrece explicaciones válidas para la evolución de las especies ni para el hecho de que algunas plantas y animales sean capaces de regenerar un órgano perdido mediante células que estaban destinadas a desempeñar una función diferente. Sólo la comunicación del aprendizaje a través de campos morfogenéticos explica esos comportamientos aparentemente espontáneos.

En el fondo, lo que hace la ciencia en los últimos años es confirmar aquello que

C. G.

Jung ya había intuido cuando hablaba de un inconsciente colectivo, de la existencia junto a la psique personal de una psique que pertenece a

toda la especie, que no se desarrolla de manera individual y que es heredada por todos los nuevos miembros de la especie. Y es evidente, creo yo, que esos arquetipos no pueden heredarse mediante un proceso químico.

Este descubrimiento puede aplicarse para resolver numerosos problemas de la especie humana. Nosotros hemos decidido ocuparnos de uno, la soledad, en la que reconocemos a nuestro principal enemigo. Por ello hemos creado esta unidad de reflexión y creación: para ampliar en nuestra especie la conciencia del peligro que la soledad supone. El ser humano, solo, es un fracaso. Mostramos las diversas formas que adopta dicho fracaso, intercambiamos impresiones sobre nuestras diferentes maneras de sentir la soledad, contribuimos, con la densidad de nuestra experiencia, a modificar la conciencia de la especie. Lo que aprendamos redundará en beneficio de todos.

Por ello, e insisto en que lo lamento, no podemos permitirnos la distracción que supone tener a alguien entre nosotros que no comparte nuestros fines: Terry, si permaneciese en el grupo, nos distraería del objetivo; lo que es peor, diluiría la densidad de nuestra vivencia, convertiría el experimento en un pasatiempo banal. Terry debe marcharse. Aunque le apreciemos, aunque nuestro acto le condene a la soledad, la especie es más importante que el individuo.

Este veredicto me resulta particularmente difícil de pronunciar, ya que mi percepción del aislamiento del ser humano tiene mucho en común con la de Terry. En otras circunstancias, habríamos podido ser buenos amigos. En las actuales, Terry es un obstáculo que tengo que superar para alcanzar lo que más me importa.

A solas con Leticia

Miércoles, 13 de julio de 1994

Leticia me tiene preocupado. Está fuera de sí. Deambula de una habitación a otra restregándose las manos frenéticamente y murmurando quejas incomprensibles. A veces entra en la habitación de Alejandra y se queda largo rato mirando los pocos objetos personales que la niña no ha querido llevarse consigo. Sobre todo los retratos que le hizo Mario parecen fascinarla, hipnotizarla. Quién sabe cuántos recuerdos se han quedado pegados a esas fotografías.

He intentado razonar con ella, convencerla de que no hay motivo para tal desesperación, de que Alejandra nos quiere y es lícito su deseo de vivir su propia vida. Le he recordado cuando ella misma se fue de casa de sus padres para irse a vivir conmigo, y eso en una época en que a una mujer que cohabitase con un hombre sin estar casada con él se la consideraba ni más ni menos que una puta. También le he dicho que Alejandra nos visitará de vez en cuando, que no la hemos perdido para siempre. Pero Leticia no quiere oírme. Ni siquiera responde a mis razones.

Ofendido por su actitud, me he encerrado en mi despacho. Y es que no acabo de comprender esa relación pegajosa que quiere mantener con sus hijos. Además, para qué negarlo, yo me alegro de que Alejandra se haya ido. Después de tantos años de sacrificios, de preocupaciones sin cuento, ya es hora de que Leticia y yo tengamos tiempo el uno para el otro, para iniciar todas aquellas actividades que hemos ido postergando, como decía Leticia, «hasta que los niños no nos necesiten». Pues bien, ese día ha llegado, y, qué sé yo, ahora tengo la impresión de que Leticia me ha engañado, de que se ha estado burlando de mí durante todos estos años, porque Leticia, en lugar de alegrarse de nuestra bien merecida libertad, se encierra

en un mutismo absurdo, en una tozudez infantil. Y a mí me parece que sólo ha estado dándome largas, que no está interesada en absoluto en nuestra relación, que para ella únicamente existen Alejandra y Mario. Yo no soy más que una molestia inevitable.

Jueves, 14 de julio de 1994

Leticia ha dejado de deambular por las habitaciones. Esta mañana ha tomado la agenda en que Alejandra había apuntado su dirección. Supongo que Leticia aún no se había dado por vencida y deseaba telefonear a su hija o escribirle una carta suplicándole que volviera. Al leer sus señas, ha dejado caer la agenda al suelo; se me ha quedado mirando unos instantes como si no comprendiese, luego el pánico le ha volado la mirada. Sujetándose a los muebles para no derrumbarse —yo no me he atrevido a acercarme a ella— ha entrado en el dormitorio de Alejandra y ha bajado las persianas; luego, tras titubear unos instantes, ha acercado una silla a la ventana que da al parque y se ha sentado en ella. Aún sigue allí, inmóvil, silente, a oscuras, como una estatua olvidada en un desván.

Supongo que debiéramos haberle dicho que Alejandra se iba a Estados Unidos, pero temíamos tanto su reacción —con motivo, como ahora se demuestra—, que hemos ido aplazándolo hasta que ya era demasiado tarde: una vez comenzada la discusión sobre si Alejandra tenía derecho a irse, no era sensato complicar aún más las cosas con el problema de la distancia.

Viernes, 15 de julio de 1994

Esta mañana, al despertarme, he comprobado con asombro que Leticia no yacía a mi lado. He corrido a la habitación de Alejandra. Leticia continuaba allí, en la penumbra, con la mirada perdida, supongo, en el pasado o en su rencor. Me he sentado junto a ella. La he contemplado largo rato. No parecía estar en tensión, sino, por el contrario, muy relajada. En su cara tampoco había señales de la noche en vela. He intentado charlar con ella. Le he pedido que hagamos las paces. Incluso me he disculpado por mis absurdos celos de la otra tarde. Pero Leticia no ha respondido. Si no fuese por el

latir de su pulso, por su leve respirar, hubiese creído que estaba muerta. He preferido retirarme, dejarla tranquila. Es mejor dejar correr el tiempo. Cuando se le pase el enfado podremos hablar de ello con calma.

Lo que más me preocupa ahora es la cita con Aurelio. Mañana queríamos bajar a Sevilla a ver la finca. Eso supondría que habría de pasar el fin de semana fuera. No sé, me da algo de miedo dejar a Leticia sola en esas condiciones. Lo mismo se le ocurre alguna tontería. Por otro lado, puede que mi ausencia le haga más fácil salir de su ensimismamiento. Leticia es muy cabezota y, por no dar su brazo a torcer, podría dejarse morir de hambre.

Sí, creo que lo mejor es que vaya a ver a Aurelio. A mi vuelta se habrá solucionado todo.

Lunes, 18 de julio de 1994

Hasta hoy no he podido regresar de la finca. Al entrar en casa me he llevado un susto de muerte. He encontrado a Leticia en la misma postura en que la dejé. Juraría que no se ha movido un milímetro. Creo que había subestimado la gravedad de la situación. Sin aguardar más, he llamado al doctor Vidal, quien además de internista es también neurólogo —nos ayudó mucho cuando la crisis de Mario—. Aparte de que conoce a mi mujer desde hace tanto.

Le he esperado sentado frente a Leticia. A pesar de todo, está más hermosa que nunca. Podría pasarme horas contemplándola, con la misma fascinación con que vigilaría el baile del fuego en una hoguera o las estrellas en una noche sin luna, o el interminable recurrir de las olas. Su belleza —ahora, cuando está así, inmóvil, callada, imperturbable— tiene la vertiginosa atracción de lo infinito, la magia de lo remoto, de lo inalcanzable.

El doctor Vidal no ha tardado en llegar. En pocas palabras, le he explicado el caso.

«Bueno, hombre. No te preocupes», me ha querido reconfortar. «Todas las mujeres atraviesan una crisis de identidad cuando se ven forzadas a abandonar su papel de madres».

A Leticia la ha saludado con un cierto deje de reprensión en la voz, igual que hubiese podido hablar con un niño que se niega a tomar su medicina.

«Hola, Leticia, hija. Así que no quieres hablar. A ver, voy a examinarte».

Después, sin dejarse impresionar por la impasibilidad de Leticia, ha procedido a auscultarla, a medir su presión sanguínea, a realizar otros exámenes cuyo propósito desconozco. Tras finalizar el reconocimiento, me ha hecho señas para que salga del cuarto con él. Ha cerrado la puerta tras de sí.

«No tiene nada», me ha dicho. «En unos días, cuando vea que su tozudez no conduce a ningún sitio, si Alejandra se mantiene firme en su decisión, tu mujer se levantará de la silla y volverá a ser la de siempre. Por cierto, no le lleves la comida a la habitación. Y tampoco cocines para ella. Así, cada vez que tenga hambre, se verá obligada a levantarse y cocinar ella misma. De esa forma saldrá más rápidamente de su ensimismamiento».

Ha sido entonces cuando me he dado cuenta, con horror, de que desde el lunes pasado no he visto a Leticia probar bocado. El doctor Vidal ha soltado una sonora carcajada cuando se lo he dicho. Me ha palmeado socarronamente los hombros.

«Que tú no la veas comer no significa que no coma».

Al salir el doctor, me ha dado un auténtico ataque de rabia. Me sentía humillado: Leticia acababa de ponerme en ridículo. He estado a punto de entrar en el cuarto de Alejandra para decir cuatro verdades a mi mujer. Estaba tan enfadado, que casi me daba miedo cometer algún desatino. Así que he procurado tranquilizarme, no pensar en ello. Ahora estoy seguro de haber hecho lo correcto. Si hubiese gritado a Leticia, si le hubiese reprochado su conducta, habría atraído todo su enojo hacia mí, y eso no sería justo. Sus diferencias con Alejandra debe dirimirlas con ella, no conmigo.

Miércoles, 20 de julio de 1994

He vuelto a llamar al doctor Vidal. Su suposición de que Leticia come a escondidas no es cierta. He controlado el contenido del frigorífico y de la despensa. Tras dejar transcurrir dos días, he podido comprobar que no falta nada. Leticia, si mi horrible sospecha es correcta, lleva ocho días sin comer ni beber. Temo que, de persistir en su actitud, caiga gravemente enferma.

Sin embargo, el doctor Vidal al principio no compartía mis

preocupaciones. Sencillamente: no me creía. Ha vuelto a reconocerla; el pulso era normal, la presión arterial algo baja, pero también dentro de los límites de la normalidad. «Debes tener en cuenta», me explicó el doctor, «que Leticia no hace ningún ejercicio, por lo que su tensión tiende a bajar». La auscultación tampoco ha revelado nada de particular.

«Ya, ya, las mujeres son más astutas de lo que uno piensa», ha exclamado socarronamente, sin duda aludiendo a que Leticia, en su opinión, se alimenta a pesar de mi vigilancia.

El doctor ha llamado mi atención sobre el aspecto saludable de Leticia. Después, casi con desgana, ha extraído de su maletín un pequeño martillo de goma y ha golpeado a Leticia en la rodilla. Por primera vez, el doctor Vidal ha puesto cara de sorpresa. Ha repetido la operación varias veces, sin resultado. La pierna golpeada ha permanecido inmóvil. A continuación el doctor ha pasado una linterna encendida lentamente ante los ojos de Leticia. Una y otra vez, horizontal y verticalmente. Después ha hecho un amago como si fuese a golpearle en el rostro. Pero ella no ha parpadeado. La hemos dejado a solas. En el salón, el doctor me ha confesado encontrarse algo confuso.

«Leticia parece no reaccionar ante ningún estímulo externo», me ha explicado. «Ni siquiera sus pupilas varían de tamaño cuando la luminosidad cambia. Si, por otro lado, es cierto que lleva días sin probar alimento, aunque, sinceramente, no lo creo, podría pensarse que se autoabastece, esto es, que se ha independizado al máximo del mundo exterior. Los órganos que la conectan con su medio ambiente parecen haberse anquilosado. Probablemente no es así, acaso hay algo que se me escapa, pero te confieso que es un caso bastante extraordinario, algo así como una manifestación de autismo radical, de la que, sin embargo, para qué engañarte, no conozco precedentes».

Al despedirse me ha dicho que no me preocupe. Que el viernes próximo —pasado mañana— tiene una cita para cenar con un destacado neurólogo barcelonés al que consultará sobre el caso. Hasta entonces, sería preferible que Leticia se quedara en casa. La gente se cura más rápidamente en su propio hogar que en esos hospitales tan deshumanizados. Pero que la observe cuidadosamente. Y, si ocurre cualquier cosa, que le avise de

inmediato, por supuesto.

Jueves, 21 de julio de 1994

Esta mañana ha llamado Aurelio. Que ha conseguido un quince por ciento de descuento sobre el precio inicial de la finca. Creo que vamos a hacer un buen negocio con esos terrenos. Se lo he contado a Leticia. Por supuesto, le he prometido que no dejaría todo en manos de mi socio: Leticia nunca se fió demasiado de él. Además, a menudo dice que soy muy cándido, que la gente se aprovecha de mi bondad; «así que ojo con Aurelio, que es un vivo». Pero yo creo que exagera.

Más tarde ha llamado Alejandra. Para saber si a mamá se le ha pasado el berrinche.

Que estamos bien. Que mamá ya no está enfadada con ella, que ha salido a la compra. Que ayer estuvimos en el cine.

A Alejandra le ha aliviado mucho oírlo. ¿De qué serviría contarle la verdad? Sólo para darle inútiles remordimientos de conciencia. Está demasiado lejos como para poder ayudarnos en algo. Además, Leticia está bien atendida.

Viernes, 22 de julio de 1994

En contra de las indicaciones del doctor Vidal, he preparado unos sándwiches de jamón y queso con rodajas de piña, que tanto le gustan a Leticia. Los he dejado a su alcance, sobre el escritorio de Alejandra.

Por la tarde ha sucedido algo que me ha tenido inquieto durante horas. Me encontraba sentado frente a Leticia. Mirándola. Estaba ensimismado contemplando sus ojos, tan brillantes, tan vivaces a pesar de todo. Así, mirándome en la tenue calidez de sus ojos, me sentía como si estuviese enamorándome nuevamente de Leticia, como si acabase de conocerla. Y, de pronto, me ha parecido que sus labios se curvaban, que sonreía leve, fugazmente. Ya digo, yo estaba mirando sus ojos, por lo que no estoy seguro de si mi impresión responde a la realidad o de si he visto un espejismo, si la fuerza de mis sentimientos me ha hecho ver aquello que desearía fuese cierto. La he vigilado el resto de la tarde con la esperanza de que el

prodigio se repitiese. En vano. Leticia no ha vuelto a sonreír, si es que lo había hecho anteriormente.

Sábado, 23 de julio de 1994

He dormido mal, inquieto. No se me iba de la cabeza la sonrisa de Leticia. Al despertarme seguía rumiando el mismo tema. Su sonrisa —de existir— me obliga a plantearme la pregunta de qué es lo que siente, de si es feliz. Quizá estoy actuando egoísta, cruelmente cuando pretendo sacarla de su ensueño. Quién sabe si no ha encontrado un mundo más hermoso que el que yo aún habito, en el que permanece por voluntad propia. No me cuesta trabajo imaginar que su entrega al silencio, a la inactividad, acaso a la contemplación, contiene un lado placentero. ¡Ese permitir que todo transcurra a nuestro alrededor sin sentirnos afectados por ello! ¡Elevarse sobre la misérrima calidad de lo cotidiano! Y creo que el encierro en el mundo interior es aún más hermoso cuando se sabe que no por ello es uno abandonado, cuando la persona que nos quiere permanece a nuestro lado, fielmente.

He pasado el día junto a ella. A ratos escuchando música barroca —Leticia es muy aficionada al barroco italiano—, a ratos leyendo una novela de Milan Kundera. Cuando encontraba pasajes sobre el amor especialmente bellos o significativos, se los leía en voz alta —quién sabe—. Y siempre, entre tanto, espiaba sus labios a la espera de que una nueva sonrisa me confirmase que sí, que Leticia es feliz. Al fin y al cabo, ésta es la vida que siempre habíamos ansiado: escuchar música juntos, leernos en voz alta libros hermosos, estar, sin mayores pretensiones, uno al lado del otro.

Por la tarde ha llamado el doctor Vidal. Que se encuentra indispuesto, pero que probablemente el lunes se habrá restablecido. Una gripe sin importancia. Que entretanto, esta misma tarde, debería llevar a Leticia a la consulta para que su suplente le haga determinadas pruebas, que ya le ha dado instrucciones. Una ambulancia nos llevaría hasta allí.

Yo me he opuesto. Le he dicho que prefería aguardar a que él mismo se pudiese encargar de ello. Y que no me gusta la idea de incomodar a Leticia si no es estrictamente necesario. Leticia no parece sufrir, así que para qué torturarla.

El doctor ha tardado un poco en contestar, quizá estaba calculando la firmeza de mi resistencia. «Bueno, si ése es tu deseo, aguardaremos un par de días. El lunes hablaremos de ello con más calma».

Antes de irme a acostar he besado a Leticia en los labios. Esperaba encontrarme con los fríos labios de una estatua, pero me equivoqué: eran sorprendentemente cálidos, acogedores. El descubrimiento ha excitado mis sentimientos. He acariciado sus pechos, su pubis. Aunque no ha correspondido a mi ardor, me he sentido muy cerca de ella.

Domingo, 24 de julio de 1994

El día ha transcurrido semejante al de ayer. Nada digno de mención, si bien es cierto que cuando me estaba despidiendo de Leticia, antes de retirarme a mi habitación, me he llevado una desagradable sorpresa: al acercar mi rostro al suyo para darle un beso, he descubierto que una fina pelusa se había formado sobre sus párpados. Tras inspeccionarla más meticulosamente, he podido comprobar que dicha pelusa también se encontraba en la comisura de su boca, alrededor de las fosas nasales y en los oídos. Me he avergonzado de mi desidia. Con un paño húmedo he limpiado bien todas aquellas partes de su cuerpo que se encuentran descubiertas, esto es, aquellas sobre las que se puede acumular el polvo de la habitación.

Lunes, 25 de julio de 1994

¡Leticia ha vuelto a sonreír! No, no habían sido figuraciones mías. Esta mañana, después de desayunar, he entrado en su cuarto —ya no es el de Alejandra, sino el de Leticia—. Me he puesto a limpiar el polvo de los muebles, a lo que me ha impulsado el desagradable recuerdo de la suciedad acumulándose sobre la pobre Leticia igual que sobre un sillón viejo que nadie utiliza. También he abierto la ventana para que entrara el aire fresco. Después de concluir mi tarea, he salido de la habitación y comenzado a ordenar los asuntos pendientes que durante estos días se han ido apilando sobre mi escritorio. Cuando he querido darme cuenta, era ya el

mediodía. Me he levantado apresuradamente, pues en ese momento recordé que no había cerrado la ventana de la habitación de Leticia, con lo que la infeliz estaría asfixiándose de calor. Al entrar en su cuarto no he podido contener un grito; Leticia estaba sonriendo, su mirada caía sobre mí. No me hubiese sorprendido oír su voz, como tantas veces: «Hola, cariño, ¿a que no sabes lo que se me acaba de ocurrir?». Pero Leticia, claro está, no ha dicho absolutamente nada. Si su mirada estaba clavada en mí era sólo porque durante todos estos días ha estado sentada con el rostro vuelto hacia la puerta.

Pero sonreía. Yo he sentido una alegría enorme al contemplar la sonrisa de Leticia. Era como si confirmase mis suposiciones, como si quisiese tranquilizarme, decirme «soy feliz, no te atormentes más». Me he vuelto a sentar frente a ella, dejándome reconfortar por su expresión plácida. Poco a poco he comenzado a percibir algo que hasta entonces había escapado a mi atención: de la calle, procedentes del parque, llegaban voces y risas infantiles. He comprendido inmediatamente. Para verificar mi presentimiento, he cerrado la ventana. Aunque más tenue, el alegre griterío de los niños seguía siendo audible. Así que he puesto un disco, he elevado el volumen hasta que los violines ahogaron cualquier signo de vida procedente del exterior. La sonrisa de Leticia se ha extinguido al instante. Entonces he desconectado el tocadiscos, he abierto de nuevo la ventana sin apartar la vista de Leticia, ansioso de presenciar todos los detalles del milagro. He llorado de felicidad.

Por la noche, antes de despedirme de ella, he tenido que volver a limpiarla. Supongo que a través de la ventana abierta ha entrado en la habitación una gran cantidad de polvo —no es de extrañar, teniendo en cuenta que esa ventana da precisamente al parque infantil y ya se sabe qué polvareda son capaces de levantar media docena de niños jugando a los indios—. Prácticamente todo el rostro de Leticia estaba recubierto por una fina capa de pelusa.

Martes, 26 de julio de 1994

Nada más llegar el doctor Vidal he roto a llorar como un crío. No he sabido contenerme. Como el llanto no me permitía dar explicaciones, le he hecho pasar al cuarto de Leticia. El doctor no ha podido evitar un gesto de repulsión cuando la ha visto. Me ha

agarrado del brazo. Me ha zarandeado como si yo fuese culpable de algo.

«Pero ¿qué es esto? ¿De dónde sale esa porquería?», me ha preguntado, aunque ya debía haber comprendido que mi perplejidad era aún mayor que la suya.

Una vez superado el primer momento de desconcierto, se ha acercado a Leticia. Con suavidad, casi cariñosamente, ha comenzado a liberar su faz de la densa costra de pelusa que la había recubierto durante la noche. También de sus cabellos ha sacado el doctor un puñado de borra sucia como la que podría aspirarse de una alfombra vieja.

El doctor ha vuelto a salir apresuradamente llevando en la mano el montón de pelusa. Sin detenerse a darme explicaciones —supongo que para ocultar la evidencia de que era incapaz de darme ninguna— ha tomado su maletín y se ha marchado. En la escalera, casi sin volverse hacia mí, medio hablando solo, ha anunciado que volverá mañana, cuando haya podido analizar la pelusa.

He pasado el día junto a Leticia, con un paño en la mano, luchando para evitar que esa repugnante substancia volviese a adueñarse de ella. Parece que, al menos temporalmente, la pesadilla ha terminado. A media tarde la pelusa ha dejado de crecer, y yo he podido tomar un respiro. La piel de Leticia ha quedado recubierta de un vello muy suave y corto, como el de los melocotones, pero eso es todo.

Cuando me he tranquilizado un poco —este asunto de la pelusa me había hecho perder los nervios— he bajado a la calle con el magnetófono en la mano. Me he dirigido al parque. Todavía se encontraban en él algunos niños. Me he sentado en las cercanías de un grupo que estaba jugando a policías y ladrones. Disimuladamente, he grabado sus risas, sus discusiones, su continuo parloteo. Al caer la tarde han ido desapareciendo, cediendo el parque a las parejas de enamorados, a las sombras, al silencio. He regresado a casa con mi tesoro bajo el brazo.

Me sentía como si llevase a Leticia un regalo de cumpleaños. Será una simpleza, pero he entrado a la habitación con la grabadora oculta a la espalda. Sin decirle una palabra, solemnemente, he cubierto la mesita con un mantel limpio y festivo, he encendido el

candelabro, he descorchado una botella de Rioja que conservábamos desde la boda de Mario —en realidad destinada a la celebración de la de Alejandra, pero esta ocasión lo merecía igualmente—, he servido dos vasos de vino y, sin poder contener mi excitación, he puesto la grabadora a funcionar.

¡Qué delicioso momento de suspense! Las voces infantiles se escuchaban extrañas, incongruentes en la habitación sólo iluminada por las velas. Por un instante creí que todo había sido un error, figuraciones mías. Me pareció incluso que Leticia miraba particularmente circunspecta, como criticando mi bobería. Pero enseguida, lenta, muy lentamente, como si viniese de muy lejos, como si llevase siglos de camino y no quisiese precipitarse en el último momento, fue aflorando la sonrisa a los labios de Leticia. No pude refrenarme. Tuve que besar esa sonrisa maravillosa, sus mejillas, sus manos. ¡Era tan feliz! Sentía la necesidad de poseerla, como cuando éramos jóvenes, sin preparativos, sin dilación.

He puesto el miembro entre sus manos. Me he acariciado entre la suavidad incomparable de sus dedos. Luego hemos bebido juntos hasta muy entrada la noche.

Miércoles, 27 de julio de 1994

Me ha despertado el timbre de la puerta. A toda prisa, he puesto algo de orden en la habitación, en mis ropas, en las de Leticia. Entonces he corrido a abrir. He tenido que llamar al doctor Vidal, que estaba ya casi en la calle.

«Creí que no había nadie», me explicó cuando volvió a subir, mientras me echaba una mirada llena de curiosidad.

He preferido no decirle nada respecto a la sonrisa de Leticia. No sé muy bien por qué, pero quisiera que el asunto quedara entre nosotros dos —incluso he empujado disimuladamente la grabadora detrás de un montón de libros para evitar que el doctor la vea, por miedo a que se le fuese a ocurrir ponerla en marcha y a las preguntas consiguientes.

El doctor ha comenzado el reconocimiento. Tenía aspecto de preocupación. Con unas pinzas ha sacado algo de borra de los oídos y la nariz de Leticia. Luego me ha pedido permiso para desnudarla. De mala gana, sólo para que no piense que pongo trabas a la

curación, se lo he permitido.

Como la rigidez de Leticia nos impedía despojarla de sus ropas, hemos tenido que rasgarlas con unas tijeras. Ha sido una tarea dolorosa y desagradable. Bajo sus vestidos se había acumulado una gran cantidad de pelusa. Trabajosamente, hemos ido liberándola también de esa segunda piel. No hemos hablado durante toda la operación. El espectáculo que se ofrecía a nuestra vista era demasiado horrible. En tales circunstancias, cualquier comentario habría resultado de una banalidad insoportable. Sólo era posible oír, de vez en cuando, nuestros suspiros espantados.

El doctor Vidal estaba pálido al terminar el trabajo.

«Es monstruoso», me ha dicho. «Nunca había visto nada igual. Es como si esa asquerosa pelusa creciese a través de todos los poros y cavidades del cuerpo de su esposa. Como si las raíces estuvieran en algún lugar de sus entrañas».

El doctor me ha prometido regresar mañana. Para entonces tendrá los resultados definitivos de los análisis y el neurólogo barcelonés —que, por cierto, tampoco había sabido dar una explicación plausible al caso de Leticia—, habrá tenido tiempo de consultar con otros colegas. Que no me preocupe demasiado. Que todavía quedan esperanzas. Me ha llamado la atención que, después de tantos años de tutearnos, el doctor Vidal ha comenzado a tratarme de usted.

Después de marcharse el doctor, he cubierto a Leticia con una sábana —volver a vestirla me parecía una tarea imposible—, no tanto para abrigarla como para no tener continuamente su cuerpo desnudo ante los ojos. Porque su cuerpo sigue pareciéndome tan seductor, por lo menos, como antes de la enfermedad. En ocasiones, cuando observo que la capa de pelusa que reviste su cara va haciéndose excesivamente densa, retiro la sábana y procedo a limpiar la piel de todos sus miembros. Debo confesar que esta tarea va perdiendo los ribetes de horror que la rodeaban al principio y convirtiéndose en una ocupación agradable, placentera; poco a poco voy acostumbrándome a la vista de la pelusa, a considerarla como una parte más del cuerpo de Leticia, una secreción tan poco repugnante como pueda ser su saliva. Además, a medida que la libero del manto que la oculta, va apareciendo ante mí, suave, tersa, blanca, la piel adorable de Leticia.

Jueves, 28 de julio de 1994

El doctor Vidal ha llamado a mediodía. Por fin ha recibido una respuesta de su colega barcelonés. Que se han puesto en contacto con un instituto norteamericano, el cual les ha informado de la existencia de un caso similar registrado en São Paulo. Así que ahora quieren localizar al neurólogo brasileño que se encargó del caso, para averiguar qué tipo de tratamiento aplicó y con qué resultados. Que, si no se producen cambios, vendrá mañana a ver a la paciente, en lugar de hoy.

Yo, la verdad, no creo que haya curación posible. Ni siquiera creo que Leticia esté enferma. Ha tomado una decisión, eso es todo. Y es como si se hubiera sumergido en un océano ignoto, en un universo distinto del nuestro, con otras leyes. Nuestros esfuerzos por devolverla a esta vida son inútiles. E injustos. Debo hablar de ello con el doctor Vidal.

Leticia, cuando escucha las voces de los niños, tiene el aire de una estatua funeraria etrusca. Con sus ojos almendrados, con esa sonrisa hierática e indescifrable. Leticia sonríe, y a veces incluso dudo si su sonrisa se debe efectivamente a lo que oye, si detrás de esa curva tenue no se ocultará algún secreto. Porque sonríe como quien recuerda, como quien recupera algo tanto tiempo perdido, algo amado que va atravesando una a una todas las capas de la memoria. O como un niño que oculta en su bolsillo un ratoncito blanco y lo acaricia disimuladamente mientras la mamá le regaña por el jarrón roto, por poner tan poco cuidado en lo que hace, y el ratoncito blanco tan suave, tan inquieto, tan para siempre suyo.

Y yo a ratos envidio a Leticia. Le envidio su secreto, esa tibia complicidad con el tiempo, su burlona alianza con el infinito. Y también envidio la capa de pelusa que la recubre, como recubre el moho una terracota húmeda. Cada vez que la limpio es como si la salvase de la muerte, como si la recuperase para mí antes de que se vuelva tierra, musgo. Espero que Leticia sepa perdonarme por mi egoísmo, por quererla tanto.

Viernes, 29 de julio de 1994

Esta tarde ha estado aquí de nuevo el doctor Vidal. Después de examinar a Leticia me ha dicho que quería hablar conmigo. Yo enseguida he adivinado cuál sería el tema de la conversación, así que le he hecho pasar al salón, he servido café y, después de dar a Leticia un beso en la frente para tranquilizarla, he cerrado la puerta de su habitación. Ya sé que no nos iba a escuchar, pero no hubiese sido capaz de conversar con el doctor sobre un tema tan delicado sabiéndola cerca. Además, aunque Leticia nunca exprese sus sentimientos, no podemos estar seguros de cuál es el efecto interno que los sucesos exteriores causan en ella. Y yo no quisiera apenarla sin necesidad.

Al doctor le resultaba visiblemente difícil entrar en materia. Fumaba sin parar, sin soltar un instante la taza de café sobre la mesa, enlazando una banalidad con otra: el calor insoportable de este verano, las diarreas, un caso muy gracioso que le había contado un colega. Yo estuve más bien parco. No quería ser descortés, pero tampoco tenía ganas de dejarme arrastrar en su inseguridad, en sus titubeos. Aparte de que me daba algo de vergüenza ajena su desconcertado perorar, su manera de buscar un camino hacia lo esencial, que siempre se revelaba un callejón sin salida. Así que me propuse ayudarle.

«Cómo está mi mujer», pregunté de pronto. «Cuánto le queda de vida».

El doctor Vidal se sonrojó al saberse descubierto en su maniobra. Intentó hacer un chiste para quitar peso a mi pregunta, pero se le atragantó y no llegó a concluirlo. Dio un largo sorbo de café. Me miró a los ojos, paternal, sinceramente preocupado.

«Resulta imposible decirlo», respondió. «Su estado de salud es, dadas las circunstancias, sorprendentemente bueno. Sin embargo, es urgente proceder a alimentación intravenosa. Es un auténtico milagro que no haya muerto ya».

Luego bajó la vista, se quedó contemplando su café y comenzó a hablar así, sin mirarme, como si conversase consigo mismo. Que, por otro lado, era improbable que se recuperase. Que ya había consultado el caso con varios colegas —no sólo con el barcelonés— y en todos los manuales posibles sin encontrar ningún antecedente. Por cierto, también había conseguido el historial clínico del paciente brasileño del que me había hablado: se trataba de un caso

—si bien es cierto que algo peculiar— de hipotiroidismo que, a pesar de ofrecer una sintomatología similar, poco tenía que ver con el de Leticia. Que, para ser sincero, había llegado a los límites de su ciencia. En su opinión, lo mejor para mí y para ella sería internarla en algún centro médico especializado en el que existiese la posibilidad de realizar un seguimiento más atento de la enfermedad con ayuda de electrocardiogramas y encefalogramas. Que quizá así podrían tratarla más adecuadamente. Además, que amargarme así la vida, a mis años, era un derroche innecesario. Que, por supuesto, podría visitarla tan a menudo como quisiese, incluso me estaría permitido sacarla de allí durante cortos períodos; en vacaciones, quizá. Que, de verdad, lo sentía muchísimo.

Yo le respondí con su propia teoría sobre la inhumanidad de los hospitales. «Leticia se va a encontrar mejor aquí», le dije, «atendida por mí».

El doctor Vidal se limitó a preguntarme si me daba cuenta de la responsabilidad que estaba cargando sobre mis hombros.

«Perfectamente», repliqué, y me levanté, dando así por terminada la conversación.

El doctor depositó la taza sobre la mesa; suspiró profundamente. Parecía muy cansado. Luego se incorporó trabajosamente. Sin hablar, nos dirigimos a la puerta. El doctor volvía a veces la cabeza hacia el salón, como quien tiene la impresión de olvidarse de algo. Prometió ocuparse de que se le inyectase suero todos los días en su propia habitación. Mandaría a alguien con el equipo. En la puerta nos estrechamos la mano. Me dijo que le llamara si necesitaba cualquier cosa, igual a qué hora del día o de la noche. Yo asentí con la cabeza, sabiendo que era la última vez que nos veíamos. Creo que él también se dio cuenta de que estaba mintiendo.

A pesar de que, aparentemente, estaba ya todo dicho, el doctor se resistía a dar por terminada la visita. No se resignaba a declinar la responsabilidad del caso sin antes haber agotado todas las posibilidades, sin haber explorado todos los caminos.

En fin, que esperaba que meditase sobre el tema. Que entendía perfectamente cómo me sentía, pero que, en su opinión, aún era pronto para resignarme: «el cuerpo humano da muchas sorpresas».

Le dejé hablar para estar seguro de que no volvería a inmiscuirse nuevamente en mi vida. Podría irse con la satisfacción del deber

cumplido.

Y que si el tiempo transcurría, añadió, y la situación no cambiaba, que no desesperase, quizá se podrían buscar otras soluciones. Que la sociedad tenía hoy en día mucha más comprensión para con tales situaciones. Que, después de tantos años de ser nuestro médico, se sentía obligado a acompañarnos en los momentos difíciles. Además, la simpatía que nos profesaba.

Suave, pero firmemente, le empujé hacia la puerta. Le di las gracias por sus consejos. Ya le llamaría si necesitaba algo. Le vi bajar por la escalera lenta, cansadamente. Me pareció que en el par de semanas que llevaba tratando a Leticia, el doctor había envejecido. Acaso se sentía derrotado, superfluo. Leticia, con su callada resistencia, era una amenaza para él. Ponía en entredicho sus conocimientos, su visión del mundo. No pude evitar sentir algo de pena por él.

Sábado, 30 de julio de 1994

Hoy he tenido que dejar sola a Leticia durante casi todo el día. Aurelio había llamado porque quería que pasase por la gestoría a firmar los documentos de compra de la finca. Para que a Leticia no se le hiciese tan largo el tiempo sin mí, le dejé la grabadora encendida.

He comido con Aurelio. Le he propuesto que se haga cargo él solo de la gestoría y la inmobiliaria. Yo conservaría mi papel de socio capitalista, pero me retiraría de las tareas de dirección. «Ahora que ya no están los niños con nosotros», le he dicho, «me gustaría dedicar más tiempo a mi mujer —la pobre me ha tenido tan poco durante todos estos años—, qué sé yo, emprender viajes con ella, hacer la compra juntos, ir al cine».

Aurelio se ha resistido al principio por cortesía. Que hago falta en la empresa, que quién va a ocupar mi lugar. Pero pronto ha aceptado mi decisión —supongo que, en secreto, se alegra de que le deje el campo libre—. Que, en fin, si lo he meditado bien y es eso lo que quiero, se hará como yo diga. Que la semana que viene estarán listos los papeles necesarios.

Nada más llegar a casa se lo he contado a Leticia. Estoy seguro de que aprueba plenamente mi decisión. Siempre ha opinado que el

trabajo de la gestoría me agota demasiado, que me llena la cabeza de preocupaciones innecesarias. Además, mi renuncia significa que a partir de ahora Leticia será mi única ocupación, que tendremos los días enteros para nosotros. Hemos brindado con champán por el futuro, por la nueva vida.

Lunes, 1 de agosto de 1994

Carta de Alejandra. Que le va bien. Que ha conseguido un trabajo en una agencia de viajes. Que le gusta la vida en Estados Unidos. Que allí todo es tan diferente. Que nos echa mucho de menos. «And I am improving my english very quickly».

Al principio Mario también escribía a menudo. Luego sus cartas se fueron espaciando —a medida, imagino, que se diluía su sentimiento de culpa— y hoy hace más de un año que no recibimos carta suya. Supongo que con Alejandra pasará lo mismo. He preferido no mencionar la llegada de la carta a Leticia. No quisiera enturbiar su sonrisa revolviendo en el sucio charco de la añoranza. A escondidas, en mi despacho, he escrito a Alejandra. Que nos alegramos de que le vaya bien. Que nosotros no paramos en todo el día, siempre de aquí para allá, haciendo planes, divirtiéndonos, como dos recién casados. Que su madre está más joven que nunca. «Un fuerte abrazo de tus padres».

Martes, 2 de agosto de 1994

Esta noche me encuentro cansado. Tanto ayer como hoy he tenido que limpiar a Leticia varias veces. Sobre todo la pelusa que recubre sus ojos y la que mana de su boca me han dado más trabajo que de costumbre. Esa suave borra ha comenzado a echar raíces diminutas pero pertinaces, que se resisten al mero cepillado. Raíz por raíz, con sumo cuidado para no hacerle daño, tengo que ir liberando sus labios del manto gris que se empeña en cubrirlos y se niega obstinadamente a dejarse extirpar. Como moluscos aferrados a la roca, que no se pueden arrancar sin que se lleven consigo partículas del suelo al que se habían adherido, de la misma forma pequeñas tiras de piel se quedan pegadas a las raicillas de la pelusa,

y en los labios de Leticia se abren llagas que a mí —aunque ella no se inmute— me llenan de dolor. Más penoso aún es desbrozar los ojos, ver cómo sus pestañas se van tras de la pelusa. Y ni siquiera logro eliminar toda ella, pues, cuando las raíces están enterradas en el mismo globo ocular, no me queda más remedio que cortarlas al ras, aun a sabiendas de que se trata de una solución a muy corto plazo.

Aunque lo que más me preocupa es la posibilidad de estar haciendo a Leticia un daño mucho mayor de lo que pienso al arrancarle la pelusa, mayor que los jirones de piel, que las llagas diminutas, que el pinchazo necesario cada mañana para poder inyectarle el suero. Porque en ocasiones tengo la impresión de que crece a voluntad de Leticia, que no es una secreción casual. Quizá es que se siente vulnerable, desprotegida. Sí, esa pelusa podría ser un escudo con el que se defiende de los peligros de esta realidad que casi ha abandonado. Leticia se envuelve conscientemente en ese hermoso capullo para en el silencio, en el secreto, entregarse a sus misteriosas metamorfosis, que yo, con mi celo, acaso estorbo. Sí, puede que le esté impidiendo ocultarse de este mundo. De todas maneras, aunque sus ojos estén nublados, Leticia me ve. Aunque su sonrisa quede sepultada por un gris velo, sobre la piel le queda el recuerdo de mis besos…

Viernes, 5 de agosto de 1994

Amo estas tardes con Leticia en las que el mundo se desvanece y el tiempo pasa como un viento acariciante. Amo escuchar el fragor del verano desde nuestra isla umbría.

He desconectado el teléfono, temeroso de que su llamada me devuelva una y otra vez al ajetreo polvoriento de allá fuera. Ya no abro la puerta al enfermero que venía cada día a conectarle el gota a gota. Leticia aún sueña su sueño sigiloso. Y yo soy su celador, el perro amante que yace a sus pies. También charlamos, a veces. Amo este extraviarnos, casi queriéndolo, en pasillos, calles, bosques familiares, este enredarnos y desenredarnos, vueltas, revueltas, para acabar siempre encontrándonos en los mismos lugares: las fugaces caricias en el despacho, los conciertos del Real, la estancia en Verona, todas las recurrentes esquinas del pasado.

Y Leticia sonríe —yo sé que sonríe— su sonrisa infinita. Siempre que las voces de los niños alcanzan nuestro refugio, abortan nuestra soledad, los labios queridos se curvan, encantados, tiernos. Aunque ya no puedo verlos, aunque la imagen que se ofrece a mis ojos es cien veces más difusa que la que quedó grabada en mi memoria —la pelusa es ahora una densísima niebla que rodea, abraza a Leticia—, sé que sonríe. Sé, porque comprendo. Comprendo su silencio amable. Y por eso yo la dejo ir, retirarse a las regiones más húmedas del tiempo, la dejo arrullarse con su sueño de moho y grutas ignoradas, porque Leticia siempre regresa, vuelve para encontrarse conmigo en cualquier punto de la lenta tarde. Sí, a mí me basta con cerrar los ojos para atravesar la nebulosa, abrirme paso entre sus raíces palpitantes, me basta soñar mi propio sueño para tener al alcance de los míos, húmedos, emocionados, los labios sonrientes de Leticia.

Vale. El hombre está solo, la felicidad es efímera por definición, el éxito está reservado a unos pocos, y hay cientos de millones de personas a las que no preocupan tales reflexiones porque están muriéndose de hambre. Vale. De acuerdo: el mundo no es necesariamente hermoso y todos podemos hacer algo para mejorarlo.

También de acuerdo: creo en la teoría de los campos morfogenéticos y en la posible utilidad de nuestro experimento. Muy bien.

Pero ¡por el amor del cielo!, ir por la vida con esa cara de depresión profunda y arrastrando los pies no ayuda tampoco gran cosa. Que la vida sea dura no quita para no disfrutar de los momentos algo más blandos. La soledad es horrible, ya lo sabemos. Más horrible aún es afrontarla con esa cara de tremendo pesar y de qué he hecho yo para merecer esto. ¡Cómo no vais a estar solos con esa jeta! Sonreíd, no a la cámara, sino a vosotros mismos, al futuro, a la mañana soleada, a la ola que os lame los pies.

Yo pensaba que el mejor antídoto contra la soledad sería sentarnos alrededor de la chimenea, beber un buen coñac, contarnos nuestras alegrías y, de acuerdo, penas. Parecemos adolescentes, que sólo encuentran profundidad en la tristeza, hermosura en la tragedia, placer en la melancolía. Y no me entendáis mal, que os veo venir. Sé perfectamente que la soledad no se resuelve, en palabras de Terry, follando todo lo que tenga patas y no sea una mesa, como sé que la camaradería etílica acostumbra a ser somera. Y sin embargo os juro que hacer el amor y sonreír a la vez no es pecado mortal.

Además: qué mejor antídoto contra la soledad que dejar de contemplar el propio ombligo, levantar la cabeza, anda, si aquí a mi lado está esa chica de ojos gris atlántico y yo sin darme cuenta. Mejor abandonar el melancólico rumiar de tiempos que ni siquiera fueron hermosos, la añoranza de pasiones no vividas, y que jamás lo serán pues cuando las teníamos al alcance de la mano andábamos con la mirada vuelta hacia dentro, ciegos sin lazarillo, catatónicos de escritorio,

pensando en lo triste que es la vida sin.

Estamos solos porque queremos, mejor dicho, porque no nos atrevemos a preguntar ¿Bailas? de puro miedo a que la respuesta sea no, y entonces qué papelón, preferible no preguntar ni pedir nunca nada, jamás extender la palma vacía ni mostrar nuestra indigencia, sino hacer como si lo tuviésemos ya todo, y quién va a acercarse al que está saciado, qué va a desear de uno quien nada necesita, quien desprecia la humilde oferta de una sonrisa en el metro, quien se pone rígido al sentir una caricia pues sabe que el amor es efímero, mejor evitar el desengaño.

¿En qué se parecen la soledad y la eyaculación precoz? En que el miedo a ellas es el que las genera. Entonces: ya está bien de hacer como si el mundo entero fuese culpable. De regocijarnos en destinos atroces para justificar los nuestros. No sólo el amor, también la soledad es efímera, a no ser que nos aferremos a ella, que nos escondamos entre sus faldas para evitar mostrarnos al mundo, para seguir teniendo de nosotros mismos una imagen fantaseada en lugar de la que nos reflejan los ojos del otro.

Basta de sermones. ¿Me concedéis este baile? ¿Me permite, señorita, o caballero, dar unos pasos por el mundo agarrado a su talle? Sólo unos minutos, luego, en cuanto se acabe la música cada uno decidirá si cambiar de pareja o volver a ese cuerpo de dimensiones ya conocidas, cuyo ritmo parece ajustarse al propio. Pero, para bailar, hay que dejarse ir, entregarse, pertenecer al otro y, a ser posible, al mundo entero.

Pero ya, ya veo que no queréis, que mi postura os parece frívola. Claro, poco profunda. Que no está el mundo para bailes. En fin, ahí va ese cuento sobre el sentido de la vida. Y después pensaré si me quedo aquí. Dios, qué aburrimiento. Y de qué mal humor me estoy poniendo.

Vida de Aurelio
M.
, filósofo

La verdad es que, durante muchos años, Aurelio lo había aceptado como se aceptan los sucesos cotidianos, que, a fuerza de repetirse, se convierten en algo tan intrínseco a la propia vida, tan sin relevancia en el fondo, que no merece la pena detenerse a observar su inevitable acaecimiento. Uno pasa junto a ellos como en volandas, buscando siempre únicamente aquello que, por aceptablemente excepcional, parece digno de nuestra atención. Y a pocos se les ocurre pensar que precisamente la repetición nos mantiene vivos, y que acabar la carrera, casarse o comprarse un Porsche no son sino meras guindas del pastel de la existencia.

Así, Aurelio había defecado durante años, todas las mañanas, un lingotito de oro, sin detenerse a pensar qué extraño procedimiento alquímico era capaz de sublimar los elementos que ingería para dar lugar a esa barra dorada —aunque un poco deslucida por el contacto con las paredes intestinales— que mamá enseguida retiraba de su vista con el mismo gesto despreocupado que gastaba para quitar el polvo de los muebles o para ponerse los zapatos antes de bajar a hacer la compra.

Aurelio a veces ni se detenía a mirar el lingote que acababa de expeler contra el fondo del orinal, pues estaba demasiado ocupado imaginando una aventura en la que él sería el Llanero Solitario o contando el número de flores dispersas por las cortinas del dormitorio. Pero durante las excursiones dominicales al Alberche, a Aurelio le gustaba esconderse tras un árbol para realizar ese acto, —un poco engorroso pero inevitable, así que para qué darle vueltas— de tal manera que, si había suerte y mamá no le descubría, Aurelio se guardaba el lingote en el bolsillo, para luego, mientras estaba jugando a la orilla del río, poder arrojar su tesoro a las aguas y deleitarse observando la trayectoria del proyectil reluciente por el cielo antes de que se estrellase contra la turbia superficie del río, en el que se hundía entre reflejos multicolores.

Aurelio entonces ya no prestaba demasiada atención a las protestas de mamá, otra vez esa cochinada, Aurelito, hijo, qué va a pensar la gente.

Y quizá todo hubiese quedado ahí, en esa repetición incesante de procesos fisiológicos que nadie pone en tela de juicio, si Aurelio no hubiese observado, a edad relativamente temprana, que no todas las personas defecaban lingotes de oro como él, sino que había otras posibilidades tremendamente interesantes. De manera que de pronto lo evidente —cagar barritas duras y relucientes— dejó de serlo. Por una mera comparación con el exterior, lo cotidiano se convirtió en extraordinario. Si Aurelio hubiese sido poseedor de un carácter fuerte, se habría convertido en un psicópata mesiánico, convencido de que su capacidad especial —aunque a primera vista insignificante— era una metáfora de otras habilidades superiores. Pero como Aurelio era, ya desde la infancia, más bien tímido, una de esas personas, en fin, que nunca saben qué pedir en los restaurantes y que aguardan a que el otro encargue un plato para decir con convicción, sí, a mí lo mismo, es una buena idea, Aurelio se limitó a ocultar su defecto y envidiar al resto del mundo.

Primero fue un perro de dudosa ascendencia, el que, acuclillado junto a la esquina de un quiosco de periódicos, dejó absolutamente fascinado a Aurelio al depositar sobre la calzada un montoncito de materia humeante y asombrosamente dúctil. Qué gracia, cómo cagan los perros, es todo lo que se dijo Aurelio, estableciendo inconscientemente una clara jerarquía defecatoria entre los mamíferos racionales y los irracionales. Porque Aurelio, por aquel entonces, se limitaba a extraer sus hipótesis universales a partir de los datos particulares que le ofrecía la realidad, creyendo que ésta siempre se rige por normas inamovibles.

Pero las limitaciones del método inductivo le quedaron claras unos días más tarde, mientras Aurelio caminaba por la Casa de Campo con sus padres y en compañía también de dos tíos suyos con los que acostumbraban a salir a pasear una vez al mes. En un determinado momento del paseo, cuando mamá comenzaba a refunfuñar porque llevaban ya una hora andando y se habían alejado mucho del coche y a ella le daba muy mala espina ese descampado porque empezaba a oscurecer y allí no había un alma y lo mismo les salía un navajero,

etc.
,
etc.
, Aurelio se detuvo atónito y, señalando a un individuo a todas luces borracho que realizaba en cuclillas sus funciones más bajas —desde un punto de vista meramente topográfico— en el alcorque de una acacia, comenzó a gritar: ¡Mirad, mirad, ese señor caga como un perro! Esas palabras, que para Aurelio no suponían más que el establecimiento de una analogía sorprendente pero innegable, causaron una visible conmoción a sus padres y una no menos apreciable sorpresa por parte de sus tíos. Las recriminaciones de aquéllos y las preguntas insistentes de éstos hicieron darse cuenta a Aurelio de que la mera enunciación de una realidad no agota ésta, sino, al contrario, la hace desdoblarse en mil posibilidades diferentes, es decir, que el lenguaje no ordena lo múltiple, sino que multiplica lo informe.

Así que Aurelio calló, no respondió a las preguntas de su tío, pero Aurelio, ¿por qué dices que…?, y gracias a ello el incidente quedó medio olvidado. Para tranquilizarse y reconciliarse a la vez con la fiabilidad de las leyes naturales, Aurelio pensó que también hay algunas personas que tienen una cara de mono como para morirse de risa, sin que eso les prive de su condición humana.

Sólo algunos años más tarde, cuando se había dejado crecer una barba rala de intelectual de izquierdas, fumaba cigarrillos sin filtro y conversaba con las mujeres con estudiado escepticismo, Aurelio descubrió que la imagen que uno tiene del mundo es un espejo ante un niño con los bolsillos llenos de guijarros. En un cine del centro, precisamente cuando la vida discurría más que nunca por senderos trazados y cuando cualquiera hubiese pensado que la monotonía del mundo es como para pegarse un tiro, es decir, cuando Aurelio aprovechaba la oscuridad para ir dejando escurrir su mano derecha hacia un seno —el izquierdo— de su compañera de butaca —una chica de la Facul que admiraba a Aurelio por su barba, por sus cigarros sin filtro,
etc.
— Rüdiger Vogler se bajó los pantalones y, en medio de un paisaje nevado, fue dejando salir de entre sus nalgas una larguísima cuerda grisácea. La carcajada de Aurelio resonó en el cine como la

palabrota de un borracho en medio de la consagración.

Aurelio no se atrevió a abandonar la sala de proyecciones, pero durante el resto de la película tuvo la desagradable sensación de que todo el mundo le miraba, no continuamente, aunque sí con reojos intermitentes como para que no les pillase de sorpresa la siguiente bobada del loco ése. En cuanto a los senos apetecidos, parecían inexpugnables tras una muralla no menos evidente por invisible, que impedía cualquier nuevo intento de acercamiento. Aurelio se sentía avergonzado —siguió sintiéndose así durante años— no tanto por la carcajada inoportuna, aunque también, sino porque de pronto había tomado conciencia de que le llevaban engañando toda su vida; que incluso su familia le había estado mintiendo un día tras otro. Y el gesto falsamente indiferente de mamá al recoger el chorizito dorado del orinal le pareció de una maldad sin límites. Y lo peor no era eso, qué le iba a hacer él si había nacido en una familia de hijos de puta; lo peor era haberles creído, haber sido tan indeciblemente tonto como para dejarse engañar. Aurelio comenzó a reflexionar sobre la inexistencia de la libertad humana y sobre cómo el entorno condiciona cada uno de nuestros actos.

A partir de ese día, Aurelio contemplaba compungido cada mañana la bala áurea que acababa de disparar en el retrete, preguntándose siempre por qué él, precisamente él, tenía que sufrir esa desgracia. Aurelio, quien hasta el día del fatídico descubrimiento se había creído feliz, que incluso de cuando en cuando había sentido una cierta satisfacción al verse de pasada —o no tan de pasada— en un espejo, se dio a nuevas reflexiones sobre la contingencia del mundo, sobre la vanidad de la hermosura y sobre la maldad intrínseca de la naturaleza humana. Por las tardes, al salir de sus clases de filosofía, se dedicaba a pasear por plazas y parques, la mirada abatida, en busca de las pruebas de su humillación. Cada vez que encontraba un excremento, se detenía a estudiarlo, apreciando con la mirada su color, su volumen, su consistencia probable, su grado de humedad e incluso su antigüedad. Seguidamente anotaba los datos así obtenidos en una libreta, con la idea de confeccionar una tipología exhaustiva de las heces urbanas. Aurelio se entregaba a la fantasía de que conocer es poseer, y cada vez que anotaba un nuevo espécimen, le parecía

acercarse un poco más al resto de los mortales. Además, igual que un panteísta que cree descubrir a Dios en un ave, en una castaña, en un río o en un escarabajo pelotero, Aurelio pensaba que cada objeto era una especie de maqueta del universo, que encerraba en sí todas sus leyes, todas las estructuras de la realidad entera. Aurelio, gracias a sus observaciones, se volvía día a día más sabio.

Sin embargo, no era feliz. A pesar de la objetividad científica con que se enfrentaba a su tarea, sus ojos se llenaban de lágrimas ante la visión de un coprolito deshidratado o de una hez tan reciente como el pan antes de entrar al horno. Aurelio pensaba, en algún rincón de su alma, que el conocimiento puramente intelectual no basta; aunque se lo negase a sí mismo, comprendía, concordando con Hume, que la episteme no es aprehensible si no es a la luz de la experiencia. Así que Aurelio ardía en deseos de tomar entre sus manos aquellas emanaciones de lo real, hundir en ellas sus dedos, desmenuzarlas, refregarlas contra su propia piel. Pero ni eso sería suficiente. Puesto que todo objeto no es más que la concreción de un acto, Aurelio ansiaba ser partícipe en el momento mismo de su alumbramiento. Le parecía que comprender en toda su profundidad el origen del excremento sería igual que presenciar el big bang o el gesto concentrado con que probablemente Yaveh separó el día de la noche. Con el alma agitada por deseos tan elevados, Aurelio regresaba a su casa, consciente de que a la mañana siguiente volvería a encontrarse con la cruel impenetrabilidad del oro.

Fue el azar, si por tal se entiende una concatenación de sucesos cuya relación de causalidad se ha camuflado con éxito tras una apariencia de desorden, el que dio a Aurelio la oportunidad de encontrar la solución a sus desvelos. Un día que se había quedado hasta tarde en la biblioteca, para preparar un examen sobre la fenomenología de Husserl, a Aurelio le entraron unas repentinas ganas de hacer de vientre. Se dirigió a los aseos de la biblioteca, aprovechando el trayecto para intentar comprender los oscuros conceptos del filósofo alemán. Tan ocupado se hallaba en sus reflexiones, que no se percató de que había entrado en los servicios de señoras. Ni siquiera se dio cuenta de la carencia de urinarios. Abrió aún ensimismado la puerta de uno de los retretes, encontrándose con la insólita visión de una mujer con los pantalones bajados, que se disponía a sentarse sobre la taza. Se

trataba de Teresa, una compañera con fama de frívola y de ir a la universidad con el único fin de enganchar un marido. Ella —si asustada o encantada no se sabe— no dijo palabra. Sencillamente se le quedó mirando con asombro. Aurelio, en un momento de inspiración que marcaría el resto de sus días, se dio cuenta al instante de que todos sus problemas filosóficos y personales podían resolverse allí mismo, en aquel preciso instante. Se bajó él también los pantalones y, tras realizar una leve presión, comenzó a evacuar bolitas de oro —probablemente debido a las contracciones nerviosas del esfínter provocadas por la situación— que caían tintineando sobre las baldosas algo sucias del retrete. La cara de asombro de Teresa dio paso a una expresión de avidez. Rápidamente se agachó a recoger las canicas doradas sin importarle en exceso su prodigioso origen, pues, aunque estudiante de Filosofía, Teresa coincidía con la opinión sustentada por más de un santo padre de que los designios de la Providencia son inescrutables y que intentar comprender a Dios es como querer vaciar el océano con un balde. Aurelio, por su parte, estaba extasiado al ver en pompa la fuente del conocimiento.

—Ahora tú, ahora tú —suplicó a la mujer sin dejar de producir un perdigón áureo tras otro. Teresa obedeció sin remilgos mientras rogaba:

—Pero tú sigue también, ¿eh?

Aurelio, tras una vida de meditaciones infructuosas, logró por fin entrar en contacto directo con la realidad y, a su través, con el conocimiento. Ese contacto epidérmico y fecundo se repetiría en numerosas ocasiones durante toda la vida conyugal de Aurelio y Teresa. Ésta, convertida en discípula lejana de Pirrón de Elide, se entregó al más puro de los escepticismos y tras decidir, por tanto, que la verdad es inalcanzable, decidió abandonar la especulación filosófica para abrir una joyería en la calle Serrano.

Por el contrario, Aurelio escribió a partir de aquel día varios tratados de ontología que llegaron a ser traducidos a otros idiomas. Particular aceptación alcanzó aquel que llevaba el escueto título *De rerum*, en el que exponía con claridad diáfana la esencia última de toda materia.

Pssst. Eh. Escuchad. Pero haced como si esta página no existiera. Como si no estuvieseis leyendo, sino soñando. Como si fuese una voz interior la que os habla. ¿Tenéis miedo? No mintáis, no hagáis como si respondieseis a otro, a un acusador. Haced examen de conciencia. Nadie va a enterarse de vuestra respuesta. Así que volved a haceros la pregunta: ¿Tenéis miedo? ¿Miedo a dejar de ser, a desintegraros en una masa informe, a perder vuestras características individuales para convertiros en sustancia indiferenciable?

¡No, en absoluto!

¿Es ésa vuestra respuesta? ¿Que si ése fuese vuestro miedo no estarías aquí? ¿Que es precisamente de la soledad del individuo de la que huís?

Pssst. Eh. Venga, no mintáis, nadie os escucha. Estáis dormidos y mi voz no es mi voz sino la de vuestro sueño. ¿Por qué insistís en introducir cada uno de vuestros cuentos? Sabéis la respuesta, aunque os encojáis de hombros. ¿Por qué tenéis que contar vuestras opiniones o vuestra historia, por qué ese empeño en explicar vuestra visión de las cosas, por qué no dejáis que sea la obra colectiva la que hable por vosotros, en lugar de justificar, explicar, desnudaros ante los demás? ¿Para que no os malinterpreten, es decir, para que no os confundan, para que no os olviden?

Pssst. Eh. ¿Tenéis miedo? ¿Tenéis más miedo a la muerte que a la soledad? No mintáis. No quedará constancia de vuestra respuesta. Será nuestro secreto. Pero es eso, ¿verdad? Cuando habláis de la soledad estáis hablando de la muerte. Tenéis miedo a que en ese momento nadie apriete vuestra mano. A que el mundo siga después girando sin vuestra presencia y ni una sola persona, dentro de tres generaciones, sepa de vuestros logros y pesares. Y a que de vosotros no quede siquiera un recuerdo, una imagen que perpetúe vuestra existencia, salvo algunas fotos amarillentas sobre las que nadie sabrá identificaros. No es la soledad lo terrible, sino el olvido.

Pero, si así lo preferís, seguid fingiendo temer más la soledad que la muerte. Haced como que esta página no existe, que nunca, fue escrita. Mejor, arrancadla del libro después de haberla leído. Y si queréis, continuad soñando el sueño de los justos. De los mentirosos.

Yo, mientras tanto, arrancaré un nombre al olvido: devolveré a la vida a alguien que, hace cuatro siglos, murió solo. Seré yo quien le coja la mano. Lloraré por él. Y espero que este cuento, y estas palabras, cuando alguien las lea, dentro de muchos años, me devuelvan a mí la vida, aunque sólo sea fugazmente.

Tus ojos desmesuradamente abiertos

I

—¿Cómo es posible que en los ojos, que son tan pequeños, quepa la imagen entera de una montaña? —Critonio miró a su alrededor con la arrogancia de quien se sabe escuchado. Todavía no había reparado en la presencia de Vincenzo, que, junto a la puerta, sin decidirse a entrar, aguardaba como tantos otros la sin duda ingeniosa respuesta.

—¿Cómo es posible —continuó Critonio su indagación, e hizo una pausa para aumentar la expectación ante el siguiente acertijo— que el cuerpo de la mujer (mirada pícara del orador), que todas y cada una de las partes del cuerpo de la mujer amada (risas, algunas falsamente pudorosas) quepan en la cabeza del enamorado y permanezcan allí durante años?

Vincenzo observaba la escena aún desde la puerta: Critonio, como de costumbre, rodeado de admiradores. En una banqueta, junto a sí, el laúd, arma recién envainada. El perfecto cortesano. Y su risa contagiosa salpicando los sagaces discursos. Sobre música, sobre el amor, sobre teología, sobre cualquier cosa. Vincenzo le observó aún unos segundos —sus movimientos gráciles aunque no afeminados, su vestido impecable, sus ojos relampagueantes— antes de decidirse por una retirada sigilosa. Pero una voz se lo impidió.

—¡Alteza! —y vio a Critonio acercarse rápidamente pero sin precipitación; sintió sobre sí las miradas de los cortesanos. Hizo un gesto para animarles a continuar, al tiempo que daba un paso atrás.

—¡Alteza! —repitió la voz, cortándole la retirada—. ¿No nos hacéis el honor de acompañarnos? —y se inclinó ante el príncipe heredero de una manera que en él no resultaba servil, sino más bien burlona, casi como quien hace por befa reverencia a un inferior.

—Necesitamos vuestro consejo, Alteza, para resolver un difícil problema filosófico. Sin vos estamos perdidos; hasta nuestra muerte seguiremos siendo el montón de ignorantes que ahora somos.

Risas volvieron a hacer eco a su discurso. Vincenzo sintió que las miradas regresaban a él, pegándose a su cuerpo como un jubón empapado de lodo. Le pareció que sus manos comenzaban a sudar. Sin embargo sonrió y entró pausadamente en la estancia. Tras saludar con un breve gesto a los presentes, inclinados ante él, se sentó, a propósito, en el lugar que antes ocupara Critonio, obligándole así a quedarse de pie a su lado.

—No sé —dijo con falsa ligereza— si entre las tareas de un príncipe se encuentra la de resolver complicados problemas filosóficos sobre los que aquellos que se llaman a sí mismos sabios —y dio una carcajada que quedó sin respuesta— llevan siglos disputando. Dadme un caballo, una espada o una mujer hermosa, y vuestro príncipe no encontrará el menor problema en su manejo, pero las palabras…

—Quizá —insistió Critonio— lo que para nosotros resulta tan complicado sea para Su Alteza un juego de niños.

—«¿Cómo es posible que una mujer tan grande —declamó Vincenzo Gonzaga— haya podido penetrar en mis ojos, que son tan pequeños, para luego introducirse en mi corazón y en mi cerebro?».

Critonio se inclinó una vez más.

—Alteza, vuestro conocimiento de los poetas delata vuestra condición de enamorado —aplausos de los cortesanos—. Pero los poetas sólo se sorprenden y lamentan. Son los filósofos los que ofrecen respuestas. Por eso Platón expulsó a los poetas de la república ideal: por su exceso de fervor hacia el sufrimiento y la melancolía, que les impide poner sus fuerzas al servicio de la comunidad.

—Tu pasión por Platón es sospechosa a mis ojos, ¡oh, admirable Critonio! —repuso burlonamente Vincenzo, utilizando el adjetivo que la corte había dado al brillante advenedizo—. ¿No fue también Platón quien afirmó que los filósofos debían gobernar la república? Mucho me temo que estés planeando un golpe de Estado para colocar a su frente a uno de tus amigos pensadores.

El público seguía fascinado la justa de ingenio a que se entregaban el príncipe y su mentor. Al joven príncipe, que sólo contaba veinte años, le respetaban por ser quien era: el futuro duque de Mantua y margrave de Monferrato; a Critonio, por su versátil inteligencia: apenas hacía seis meses que el escocés —cuyo

auténtico nombre era James Crichton— había llegado a la corte de Mantua, y, a pesar de sólo tener dos años más que Vincenzo, ya había sido nombrado por el duque Guillermo mayordomo personal de su hijo, sin duda con la esperanza de que ejerciese sobre él una influencia beneficiosa. Es cierto que a Critonio le precedía una fama incomparable para caballero tan joven: amigo del famoso impresor veneciano Aldo Manucio, autor de una humorística «loa de la ignorancia» que había hecho reír en todas las cortes del norte de Italia, actor capaz de interpretar más de diez personajes diferentes en una sola velada, hábil espadachín, poeta, filósofo.

Así, una respuesta ingeniosa de Vincenzo era inmediatamente premiada con aplausos, no tanto de admiración como de sorpresa, pues era sabido que las habilidades del príncipe, como él mismo había indicado, eran más guerreras y amatorias que mentales. Mientras una respuesta de Critonio, la que fuera, desencadenaba invariablemente un júbilo que no siempre era acorde con la causa.

—De todas formas, dinos tú la respuesta al acertijo, pues yo, pobre poeta y discípulo de trovadores, no sabré jamás encontrarla.

Critonio, que había aguardado el momento, asintió con la cabeza.

—Empecemos por Platón —pues la filosofía entera empieza por él—: según el filósofo ateniense, los ojos contienen un fuego interno, cuyas llamas escapan por la pupila; estos rayos ígneos transportan consigo la sangre que engendra el espíritu y los vapores del alma. Por eso, dice Aristóteles, una mujer menstrual, si se mira en el espejo, dejará sobre su superficie diminutas gotas de sangre. El fuego, cargado de vapores pneumáticos, penetra en el objeto visto y deja allí su huella. Ése es el motivo, señor, de que el enamorado que no puede apartar los ojos de la amada, se consuma en su amor, pues de tanto mirarla perderá gran parte de su fuego interno, el alma se le escapará por los ojos, y la sangre se hará cada vez más densa, ya que es la sangre más liviana la que escapa a través de su mirada. No en vano afirmaba Platón que el amor es una enfermedad ocular. De ahí también, mi señor, el mal de ojo, pues la mirada del que nos odia lleva vapores que acabarán envenenando nuestra sangre…

—¿Y cuál es la explicación que da Critonio al amor? ¿Cómo es posible que una mujer se apodere de mi corazón, mientras otras no encuentran cabida en él?

—Es el amor el que vuelve a preocupar al príncipe —reprochó jocosamente, buscando el aplauso con la mirada—. Amamos cuando permitimos que el alma del ser amado penetre en nuestro cuerpo. Pero ¡ay!, ese fantasma egoísta exige todo el lugar para él solo, de forma que el alma del amante tiene que abandonar el campo. Entonces el amante se angustia, pues con su alma errante no podrá encontrar reposo; por eso acosa al ser amado hasta que éste le corresponde, abre paso al alma fugitiva, la acoge en su seno. Así el alma del uno está en el cuerpo del otro, y el del otro en el del uno. Y por ello los amantes buscan la cercanía, para estar cabe su propia alma. Pero ¡ay del amante que no es correspondido! ¡ay del hombre que ha abierto la puerta al fantasma de la amada, si ella no abre a su vez su pecho a la del enamorado! Pues éste no encontrará la paz más que en la muerte.

—¡Bravo!

Todas las cabezas se volvieron hacia la voz que acababa de resonar. Aunque comenzaba a oscurecer y aún no se habían encendido las velas, reconocieron la figura que avanzaba pausadamente hacia el centro de la sala, donde se encontraban los dos contendientes. El duque Guillermo se imponía siempre un paso moderado que hubiese podido resultar majestuoso en alguien de mejor porte; en él, abrumado por el peso de su corcova, apenas si bastaba para ayudar a olvidar el parecido con alguno de los bufones —quizá con aquél al que Vincenzo, tiempo atrás, arrojara una cuchara de sopa caliente al rostro para expresar su desagrado con una chanza—. Vincenzo se incorporó inmediatamente para recibir a su padre, quien prefirió acercarse a Critonio.

—¡Bravo! —repitió—. ¡Ojalá todos mis cortesanos poseyesen la mitad de tu agudeza, admirable Critonio! Y ojalá —continuó, volviéndose hacia Vincenzo— mi hijo decida cultivar más tu compañía y deje de malgastar su juventud con amistades impropias de su rango.

—Dudo que mi padre pudiese percibir el cambio, dadas las raras veces que se aviene a conversar con su hijo.

Vincenzo se dirigió hacia la puerta sin despedirse de los invitados. Ya a punto de franquearla, con la seguridad de quien se sabe a salvo de represalias, se volvió hacia el duque.

—Así, si mi padre, que es quien desea que cambie, no iba a

apreciar la mutación, mejor será que continúe haciendo aquello que me place. De esta manera, al menos, uno de los dos estará contento.

—¡Cretino! —gritó Guillermo a su hijo ya huido por el pasillo en el que las primeras antorchas habían sido encendidas—. ¡Cretino! —repitió, no tanto para ese joven al que despreciaba y por el que jamás había podido sentir el orgullo que se supone debe sentir un padre al ver al hijo aumentar sus habilidades y conocimientos, sino para los cortesanos, que evitaban incómodos y mudos la mirada del duque—. Lo que te place es enterrar la nariz en el culo de todas las meretrices de Mantua. ¿O te crees que no estoy informado de tus andanzas?

Una vez aplacada su ira, el duque se dirigió, con voz aún tensa pero que intentaba sonar interesada, a Critonio, quien no se había atrevido a intervenir en favor de Vincenzo.

—Entonces, admirable Critonio, si el amor no es más que una enfermedad, ¿cuál es el remedio que han encontrado nuestros médicos a tan universal dolencia?

El rostro del duque, a la altura del pecho de Critonio y vuelto hacia su interlocutor en la medida que le permitía la rigidez de sus vértebras, brillaba extrañamente bajo la luz rojiza de una gran tea chisporroteante. Critonio se fijó en los labios carnosos, la barba desigualmente poblada, los mofletes voluminosos, los ojos de continuo húmedos y algo enrojecidos, y la nariz, cuyo nacimiento parecía encontrarse dos dedos por debajo de ellos. No era de extrañar que el duque se interesara más por los placeres del espíritu que por los del cuerpo. Alejó, sin embargo, dichas reflexiones de su mente, para concentrarse en preparar la respuesta exigida por su benefactor.

II

Ippolito se contemplaba de reojo en el espejo, en una mano una copa de vino, en la otra un puñal. Éste lo envainó con un gesto

supuestamente varonil; aquélla la llevó a los labios y dio un trago apresurado que empujó el vino a desbordarse por sus barbas.

—¡Caiga entonces la cólera de los dioses sobre la cabeza inmunda del traidor!

Su estrepitosa carcajada salió por la puerta semientornada del balcón, espantando a un búho que había elegido como morada una de las parras cercanas.

—Es una lástima desperdiciar una noche así en aplastar a ese cobarde. La luna llena invita a buscar el cuerpo desnudo de la hembra, no la sangre viscosa del perro.

Vincenzo, también una copa de vino en la mano, también un puñal envainado, escudriñaba el jardín sin cuidarse de las palabras de Ippolito. Aguardaba al tercero: un rufián a sueldo que debía ayudarles en su hazaña. «Tres contra uno —pensó Vincenzo—. Además, no está prevenido».

Sintió sobre su hombro la mano pesada y contra la mejilla el aliento denso de Ippolito. Acaso había intuido la vacilación y se apresuraba a ofrecer su calor escasamente confortante al príncipe, temeroso de que éste pudiese arrepentirse en el último momento.

—¿Debe mostrarse equidad hacia quien aprovecha la confianza del amigo para introducirse en el lecho de su amada?

Vincenzo se liberó de un manotazo del falso consuelo.

—Nadie le ha descubierto junto a Hippolita. Sólo un rumor, porque alguien le vio cerca de su residencia en Colorno.

—Y un significativo intercambio de miradas que yo mismo sorprendí en la iglesia de San Andrés.

—¿Tú? —el príncipe salió al balcón, huyendo de la proximidad de Ippolito al tiempo que comprobaba que una sombra no era de hombre sino de arbusto—. ¿Tú?, querido Ippolito, desde que Critonio llegó a Mantua le has calumniado siempre que encontraste la ocasión. No esperarás que te crea.

—Si alguna vez os mentí fue por exceso de fidelidad. Porque, sabiendo cuál era vuestro bien, quería forzaros a él, aunque vos aún no hubieseis descubierto vuestra conveniencia.

—Que, milagrosamente, suele ser la tuya.

Ippolito no respondió, ocupado en recomponer sobre el espejo la imagen que quizá hubiese podido ser la suya diez años atrás. Cuando quedó aceptablemente satisfecho, se apoyó contra el marco

de la ventana abierta, a espaldas del príncipe.

—¿Soy acaso yo el único hombre en Mantua que no tiene en buena opinión a ese advenedizo? Sabed —aunque ya lo sabéis, pero os empeñáis en olvidarlo— que trafica con misteriosas ampollas que contienen esencias y aceites desconocidos. Que la mujer que se unge con ellos cae en un éxtasis obsceno. Si vuestro padre no fuese tan remiso a acudir a la Inquisición…

—¡Basta!

—Salvo el duque, al que quizá haya hechizado con uno de sus untos, todos los hombres de Mantua le odian.

Al príncipe no siempre le resultaba fácil distinguir en Ippolito aquello que era estulticia de lo que era mezquindad.

—No deja de ser sorprendente —repuso, como quien hace una reflexión para sí— que alguien despierte tal inquina en los hombres y tal pasión en las mujeres.

—Se diría que le admiráis. Y, sin embargo, también vos deseáis acabar con él.

Como oyó a su espalda los pasos de Ippolito, que sin duda se acercaba para continuar su rastrero alegato, Vincenzo, sin volverse, le tendió la copa vacía.

—Sírveme más vino.

La mano de Ippolito se posó sobre la copa, pero también sobre los dedos de Vincenzo.

—Señor…

—¡Vino!

Puesto a elegir —en otras circunstancias— no dudaría a quién guardar como amigo. Era cierto que conocía a Critonio desde no hacía mucho y que su burlona altivez —propia de quien se cree superior a los demás, y, por tanto, de una persona desmedidamente ambiciosa— le incomodó desde el primer encuentro. Pero también era atento sin pecar de obsequioso, discreto sin ser taciturno, alegre sin resultar exaltado, profundo sin devenir tedioso, honesto sin llevar la honradez a tal extremo que los demás tuviesen que avergonzarse.

Por ello, el día que su padre anunció que tenía la intención de nombrar a Critonio mayordomo personal de Vincenzo, éste se alegró en parte. Y si el padre, en lugar de comunicarle la decisión ya tomada, le hubiese consultado, Vincenzo habría realizado la

misma elección.

Pero Critonio no era, ya no podía ser, un amigo. Quien debía fidelidad al duque no podía sino ser enemigo del príncipe. Quien era amado por el duque no podía sino ser aborrecido por su hijo. Cierto es que las primeras semanas pasearon juntos alguna tarde, intercambiaron confidencias, opinaron sobre el gobierno de la ciudad y sobre el mando de los hombres e incluso salieron los dos a la caza del jabalí y compartieron un júbilo casi adolescente tras cobrar dos piezas soberbias, que les llevó a emborracharse juntos y a darse abrazos equívocos. Pero también es verdad que la inclinación de Vincenzo por el joven escocés se desvaneció rápidamente al comprobar que el duque no perdía oportunidad de compararles en público y en privado y de expresar, como colofón invariable, sus preferencias por el recién llegado. Era, una vez más, la historia de Caín y Abel. Sólo faltaba el desenlace.

El olor del vino que Ippolito había puesto ante él le sacó de sus reflexiones. Le divirtió la mirada indagatoria de Ippolito, quien sin duda temía que los planes no se ejecutasen. Le agradaba mantenerle en vilo, no contarle nunca toda la historia, sujetar sus riendas como haría con un caballo tozudo, mostrarle una y otra vez quién era el amo. Efectivamente, mirando a ese joven barbilampiño, nervioso, de ojos engastados en dos amplios cercos malva, de arrugas prematuras, de barriga que denotaba el exceso y el ansia, no le cabía duda de a quién elegiría como amigo, si pudiese elegir. Pero no podía. La gran baza de Ippolito Lanzoni era el desprecio que le profesaba el duque Guillermo; y encontrar placer en todo aquello que el duque denigraba: era pendenciero, borracho, jugador, glotón, lujurioso, holgazán, ignorante, avaro; de no ser por la protección del príncipe, ya habría tenido que rendir cuentas de sus crímenes. Pero la mano del príncipe protegía su cuello del filo de la justicia. Vincenzo no apreciaba particularmente su compañía, pero a su lado era capaz de aquello que no se habría atrevido a hacer estando solo. Le necesitaba para enfrentarse a su padre, como Ippolito le necesitaba a él para cometer sus delitos con impunidad. No era amistad, sino negocio, trueque, componenda.

Era como en la mayoría de los matrimonios entre nobles, como su propio matrimonio con esa niña de vulva deforme e impenetrable que le había tocado en suerte; como el de su padre

con una beata con la que apenas compartía el lecho: un enlace de conveniencia. Así que Vincenzo sonrió a Ippolito, que enseguida comenzó a reír y bromear, perrillo receptivo al humor y los caprichos del dueño.

Cuando llegó el tercero, sombra parada entre las sombras de los cipreses, Vincenzo apuró el vino de un trago, se echó la capa por encima de los hombros, se aseguró de que puñal y espada estaban bien sujetos al cinto, se sobrepuso a un temblor inoportuno que a Ippolito pasó desapercibido, y salió del palacio con el amigo tras los talones. Al bajar las escaleras se percataron de que las estancias del duque estaban iluminadas.

—Mi padre aún no duerme.

—Acaso ha salido a enamorar alguna doncella aprovechando el influjo de la luna llena.

—¿Mi padre? Odia a las mujeres. Lo único que le impulsó a casarse fue el deseo de cumplir con su deber de dar un heredero a la familia. ¿Sabes lo que dijo en una cena en el palacio de Alfonso D'Este? Después de explayarse sobre la necedad de las mujeres, afirmó que preferiría ser un asno a ser una mujer. Y Dios misericordioso ha satisfecho su deseo.

Los dos jóvenes salieron de palacio conteniendo la risa.

III

Tres sombras descendían hacia Piazza del Purgo a paso vivo. Dos iban detrás, pisando casi la primera, que a veces volvía la cabeza y asentía como para tranquilizar a quienes le seguían. Los tres hombres se cubrían el rostro con la capa, a pesar del calor sofocante de esa noche de julio. La luna no parecía luna, sino sol moribundo, cubierto de cenizas.

Al llegar a la plaza, las tres sombras se reunieron en una esquina. Aguardaron unos instantes sin decir palabra; una de ellas se desembozó, levantó un poco la cabeza, la adelantó sucesivamente

hacia varias callejuelas que se abrían al frente, igual que ventearía un lebrel para orientarse, y, quizá satisfecho de la soledad del lugar, interrumpió el silencio con voz ronca:

—Bajará por aquélla, señor —y señaló con la mano que sujetaba el borde de la capa—, la que lleva a San Silvestre.

—Vamos entonces —apremió Ippolito, aunque sin atreverse a proseguir el camino hasta que el amo diese el primer paso. Pero éste titubeaba.

—Le dejaremos llegar a nuestra altura —resolvió Vincenzo al fin— y entonces, al rebasarle, le gritaremos como por burla. Si por tan poco motivo empuña la espada contra tres desconocidos, será la arrogancia la causa de su muerte.

Ippolito asintió. El tercero se encogió de hombros: no precisaba para el crimen motivo ni justificación, sino soldada.

Apenas habían dado dos pasos por la calle señalada cuando percibieron una figura, también embozada, que se encaminaba hacia ellos. El hombre avanzaba sin premura, con la cabeza ligeramente humillada, como perdido en sus pensamientos. Al descubrir ante sí a esas tres sombras que caminaban pegadas a la pared, Critonio dio un tropezón.

—Jesús —dijo, pero nadie le oyó.

Tampoco vio nadie el temblor que le recorrió los miembros y nada reveló que la mano diestra ya se había cerrado sobre las cachas del puñal. Sabía que andaban buscándole y sabía que le habían encontrado. Se irguió, subió la capa hasta debajo de los ojos, que ya no miraban al suelo sino que se quedaron fijos en el primer enemigo, avivó el paso y repitió una vez la escueta oración.

—Jesús.

Cuando las tres sombras se cruzaron con él, se volvieron bruscamente y comenzaron a gritar. En realidad, dos gritaron. El tercero quiso hacerlo, pero aún estaba abriendo la boca y tensando el pecho para preparar el grito, cuando un puñal le atravesó el cuello hasta la nuca. De sus labios no salieron palabras sino un borbotón de sangre que cayó sobre la mano de Critonio.

Critonio, en esos últimos instantes de su vida, aún tuvo suerte. El muerto, porque a esas alturas ya estaba muerto aunque su corazón acaso latiese todavía, fue a abrazarse a otro de los agresores, al que hizo resbalar. Sólo quedaba uno en pie,

espadachín mediocre a juzgar por lo que tardó en extraer el arma de entre los pliegues de su ropa. No más de tres veces cruzaron la espada antes de que la segunda sombra la perdiese y comenzase a correr de espaldas buscando el puñal. Critonio no supo si el desgraciado había llegado a encontrarlo antes de olvidar lo que estaba haciendo para llevarse la mano al corazón, que le reclamaba con más urgencia.

—Jesús —dijo también él, y Critonio sintió un agudo dolor en el pecho, como si se reconociese de pronto en ese hombre que ya no lo era, que caía al barro intentando aplicar con los dedos una compresa a la herida por la que se desangraba, mientras pronunciaba la única jaculatoria que cabía en el último segundo de su vida.

Critonio se volvió hacia el tercero, que ya había desenvainado aunque aún no se había incorporado completamente. Apreció esa inteligencia que llevó al caído a sacar el arma en lugar de buscar primero el equilibrio. De haberse equivocado en la secuencia, estaría ahora muerto.

Critonio pensó en la huida. Aunque seguro de su habilidad con el arma, no ignoraba que la muerte también puede llegar empujada por un brazo torpe. Una distracción, un error, un golpe de suerte del otro. Nadie está a salvo de la fatalidad.

No huyó. Aunque no deseaba el enfrentamiento —la sangre le restallaba en los oídos, la lengua reseca parecía pudrírsele en la boca—, sabía que el riesgo era mayor si dejaba escapar al tercero. Éste podría contratar a otros dos o, si había aprendido la lección, a otros cuatro. Sabía que su vida sería una sucesión de segundos previos a la emboscada.

La lucha tampoco fue prolongada, aunque sí intensa. Critonio recibió dos heridas superficiales; su oponente una profunda en el hombro derecho: el sonido de la espada de éste al caer reverberó contra las paredes de la calle desierta.

—Descubre tu rostro —le conminó Critonio, que deseaba saber a quién iba a dar muerte.

Fue una mezcla de dolor y espanto, una sensación de que todo el horror de la vida y la muerte se condensaba en su garganta, desgarrándola. Un borbotón de llanto confuso se mezcló con sus palabras cuando dijo:

—Señor, yo no sabía, yo no podía saber.

Vincenzo, por su parte, sintió frío. Un frío incomprensible en esa tibia noche de julio. Miró la luna para no seguir viendo el balbucear desconcertado, doliente, de su amigo. Pero la luna no era ya luna, sino un disco de escarcha. El cuerpo de Ippolito yacía boca arriba en medio de la calle: ya había olvidado todos sus motivos para odiar a James Crichton.

—Mi vida está en vuestras manos —dijo el escocés, con los ojos entrecerrados por el dolor, se arrodilló ante su príncipe y le tendió el arma tomándola por la hoja.

Vincenzo Gonzaga la aceptó tan agradecido como avergonzado. Tuvo que reconocerse que jamás admiraría a nadie tanto como a Critonio. Quizá tampoco querría nunca tanto a nadie. Le ofreció una mano, y el otro, aún de rodillas, la apretó entre sus dedos.

Las dos manos entrelazadas temblaban de emoción. También temblaba aquélla con que Vincenzo clavó la espada en el corazón de Critonio.

Critonio pareció querer preguntar o pedir algo, pero no era posible leer de qué se trataba en esos ojos desmesuradamente abiertos, como para que cupiese en ellos la imagen entera del príncipe, el rostro infinito del espanto. Y la boca sólo exhaló un suspiro y una tos húmeda. Luego Critonio se encorvó, dio la impresión de olvidarse de todo lo que le rodeaba, sus dedos aflojaron la presión y fueron a enterrarse en el barro, escupió un líquido oscuro que quedó pegado a su barbilla, tosió nuevamente e intentó sujetarse a las piernas que aún seguían plantadas ante él, como si todavía no hubiera entendido que no podía esperar ayuda alguna, como si continuara creyendo que su muerte era culpa de un error.

Vincenzo contempló la agonía del último amigo que le quedaba con vida: se le pasó por la cabeza que la situación habría podido ser la inversa, que Critonio habría podido contemplar la muerte de Vincenzo, quizá con la misma expresión de horror. En realidad, había contado con ello. Si prefería el curso que habían tomado los hechos era simplemente porque el contrario habría complacido a su padre. En unos instantes se encaminaría al palacio, pediría a la guardia que acudiese a socorrer a su amigo Critonio, herido por él debido a una lamentable confusión. El duque Guillermo no creería

sus explicaciones, pero eso formaba parte del plan. El duque debía saber la verdad; de lo contrario el sacrificio no habría merecido la pena. La terrible soledad que aguardaba a Vincenzo sólo podía verse compensada por la ira y la impotencia del duque. Ahora sí tendría motivos para odiarle.

Vincenzo sólo se decidió a abandonar el lugar cuando en la calle no restó más vida que la suya. Critonio e Ippolito eran ya los nombres de dos recuerdos.

Debo de haber oído mal. Así que pregunto otra vez.

¿Qué?

No es posible. No podéis estar hablando en serio. Porque, si he comprendido bien, deseáis que sintamos lástima. ¿No es eso? Que nos percatemos del triste destino que aguarda al pobre Vincenzo Gonzaga. ¡Pobre príncipe! Sin amigos y con un padre que no le quiere. Es todo tan dramático. Tanto, que no me cabe la menor duda del sexo de quien ha escrito esa historieta. Una historia de hombres, a los que el destino empuja a realizar actos que les arrastran a la infelicidad.

Es como para llorar de rabia. Como para romper a gritar hasta no poder más.

Pero sería un error; porque si una mujer grita o llora, inmediatamente aparece un aplicado entomólogo que la clasifica en el género de las histéricas. Las mujeres, ya se sabe, acostumbran a perder el control, carecen del timón del raciocinio. Los hombres, sin embargo, toman decisiones ponderadas, en las que no permiten a los sentimientos hacerse con las riendas de la diligencia. Y una vez tomada una decisión no consentirán que las emociones se interpongan en su camino. Por eso sus héroes son tan simples: constan de una decisión, de un deber, de una idea, y el resto de la vida pasa a su lado desapercibida. Se imponen la tarea de conquistar un baluarte enemigo, de vengar a su padre, de aplicar la ley en un pueblo sin ídem, y el mundo se puede hundir a sus espaldas, pero ellos continuarán su camino, sin detenerse a preguntarse: ¿es eso lo que quiero?

Ah, el destino. Desde los escritores griegos —nótese la desinencia masculina— hasta hoy, siguen rumiando el mismo tema. Y las mujeres, evidentemente, somos incapaces de comprender los elevados sentimientos que allí se desarrollan. No aceptamos, no, que Vincenzo esté obligado a hundir la espada en el pecho del amigo, que la marcha atrás no sea posible. Y no nos compungimos por el pobre, pobre Vincenzo, que se ha quedado solo en el mundo.

¿Solo?

Porque ésa es otra. ¿Está de verdad solo? A ver, hagamos una pregunta ingenua: ¿No tiene novia Vincenzo? ¿Ni tampoco esposa? Ah, una sospecha acaba de anidar en mi pecho. Indaguemos, llamemos a los historiadores en nuestro auxilio: ¿estaba el príncipe solo? ¿No tenía una vida sexual y afectiva? ¿No había en Mantua ninguna mujer con la que compartir sus desdichas?

Mira, qué sorpresa. Si resulta que Vincenzo estaba casado, si además parece que tenía, a juzgar por su correspondencia, como mínimo dos amantes. Al final va a resultar que nos han engañado, que las cosas no son tan trágicas como se nos presentan. Vuelvo a la biblioteca para disipar mis dudas y encuentro dos versiones del suceso: la primera, escrita por un hombre —Selwyn Brinton, en 1907— y que encaja con la historia que nos acaban de contar. La segunda, escrita por una mujer —Maria Bellonci, cuarenta años más tarde—. Según Bellonci no fueron tres sino dos los asaltantes; y la escena final es completamente diferente: Vincenzo hiere a Critonio, quien en ese momento reconoce al príncipe y le ruega le deje con vida; Vincenzo así lo hace —aun consciente de que es demasiado tarde— para ocuparse de su otro compañero; cuando regresa, Critonio ha huido; más tarde le encontrarán muerto. Coinciden las dos versiones, eso sí, en que el 3 de julio de 1582 la luna estaba llena.

Lo curioso —aunque se le podrían aplicar otros apelativos— es que el autor del cuento conocía la versión de Maria Bellonci: varios detalles los ha tomado sin duda de su libro. Sin embargo, prefiere escribir la otra versión. La trágica, la heroica.

Lo curioso —lo malvado, lo desvergonzado, lo podrido— es que se empeñe en contarnos la historia de los pobres Vincenzo y Critonio, y no se le pasa por la cabeza mencionar la terrible existencia de Margarita Farnesio, primera mujer de Vincenzo. Quizá sólo porque es una mujer. Desfagamos el entuerto. Ésta es, a grandes rasgos, la historia. Sin aspavientos ni lagrimones. La historia de todas nosotras.

Historia de Margarita Farnesio

Habían salido de Namur aún con la noche cerrada, envueltos en una niebla que convertía el paisaje en amenaza incierta. Alrededor de las antorchas se arremolinaban jirones de bruma; a lo lejos se escuchaba el reverbero de los cascos de los propios caballos chocando contra el camino de tierra, de forma que se tenía la impresión de que, a unas decenas de metros, ocultos por ese vaho frío y cada vez más denso, hombres montados les seguían. Entre dos cabezadas Margarita se sorprendió de que las pezuñas de los animales hiciesen tal ruido contra un suelo que ella suponía reblandecido por la niebla. La explicación se la dio uno de los pajes, que se apresuraba de una carroza a otra llevando mensajes, instrucciones, cuchicheos, y quien, tras resbalar en uno de sus ires y venires, sacudiendo la cabeza sorprendido y como ausente, aún desde el suelo, murmuró, Dios, la tierra está helándose.

La bruma aparentaba alimentarse y crecer con el aliento neblinoso de las bestias y los hombres. Durante algún tiempo pareció volverse cada vez más impenetrable, los resplandores se difuminaban, e incluso daba la impresión de que ni siquiera las voces podían atravesarla, pues, impresionados por esa oscuridad blanquecina que les envolvía, hasta los palafreneros daban sus órdenes en voz baja, en meros susurros que las bestias obedecían en silencio o con un amortiguado, timorato piafar. Margarita Farnesio abría los ojos a intervalos, dudando cada vez de si estaba despierta o apresada por un sueño engañoso. Y sólo tuvo la certeza de haber despertado cuando, al abrir los ojos una vez más, se sintió deslumbrada por un sol de contornos sorprendentemente precisos, recortado contra el azul helado del cielo.

Margarita miró por la ventana de su carroza y emitió un alegre grito. La niebla había dejado de envolverles, pero no había desaparecido, sino que se había helado sobre las ramas, antes desnudas, de los árboles y arbustos, sobre las briznas de hierba, las

piedras y caminos, dando al mundo la apariencia de una filigrana de cristal. Son árboles de cuarzo, se dijo Margarita, y dio palmadas de alegría. Cesare, su paje, se asomó en ese instante a la ventana del carruaje: querida niña, el mundo se ha vestido de blanco para vuestra boda.

Nadie le dijo que Vincenzo, su futuro esposo, no se había dirigido inmediatamente a Parma, sino que había hecho un alto en Colorno, donde se quedó una semana, disfrutando de la compañía de Hippolita, su amante desde hacía tiempo.

Tampoco le dijo nadie, aunque ella lo intuyó, que la boda con Vincenzo Gonzaga debía poner fin a largos años de querellas e inquinas entre los Farnesio y los Gonzaga. No eran pocos, y uno de ellos el papa, quienes veían en el matrimonio una promesa de estabilidad política en Italia, que permitiría concentrar todas las fuerzas en el combate contra Francia y los hugonotes.

Margarita corría por los pasillos, cantaba, arrastraba a sus músicos allá donde ella iba, abrazaba a parientes, amigos, conocidos. Tenía catorce años y aún consideraba el mundo un escenario para sus juegos y esperanzas, una estancia llena de regalos todavía envueltos que sólo aguardan la mano que los escoja. Margarita brincaba y reía bajo la mirada benevolente pero atenta de invitados y anfitriones: la contemplaban como si se tratase de un ave exótica y frágil, alegrándose con su canto y sin embargo temiendo por ella.

Sin que Margarita apenas pudiese darse cuenta, tan apabullada estaba por la música, las caras nuevas, los parabienes, los abrazos y las risas algo desproporcionadas, pasaron las bodas. Terminados los festejos, cuando los personajes más principales comenzaban ya a abandonar Parma, Vincenzo se llevó consigo a esa niña de cara diminuta, a la que contemplaba con una ternura —en él desconocida— que asombró a sus amigos a la vez que hirió a su amante, quien también había acudido a Parma con el deseo de cerciorarse de que esa cría algo pálida que ella conocía por retratos no era una rival temible.

Llegados a Borgo San Donnino, los recién casados subieron de la mano a sus aposentos, cerraron la puerta tras de sí, y los sirvientes se reunieron en las cocinas, dispuestos a celebrar y beber ellos también, seguros de que no serían requeridos en varias horas.

Un sirviente, derrumbado junto al fogón con una frasca de vino en la mano, se atrevió a hacer un chiste soez cuando se escuchó el primer grito. Hubo risas etílicas, codazos de complicidad entre los hombres; entre las mujeres miradas de aprensión, casi de lástima. Volvían a chisporrotear las conversaciones al amor del fuego cuando el segundo grito fue lentamente atravesando las paredes, imponiéndose a las demás voces, adueñándose de la casa, hasta quedarse solo, reptando entre todas esas figuras silentes y espantadas, que no se atrevían a moverse. Luego se oyó un llanto que pareció liberarles del embrujo; dos mujeres osaron por fin echar a correr escaleras arriba, «¡mi señora!, ¡mi señora!, ¿os ocurre algo?».

Durante cuatro noches seguidas se escucharon gritos, quejas y llantos similares tras esa puerta que no se abría a las preguntas solícitas de las criadas. Cada mañana, la joven esposa salía del cuarto pálida, con paso poco firme, y sin embargo sonriente, aunque la sonrisa no conseguía fingir alegría, sino que parecía diseñada para tranquilizar a todos esos ojos que seguían preocupados los movimientos de Margarita. Los hombres bajaban la cabeza a su paso; a las mujeres se les saltaban las lágrimas. Y ninguno sabía cómo mirar al duque Vincenzo, por lo que los habitantes del Borgo simulaban diligencia en cumplir cualquier tarea que les permitiese eludir la mirada de su señor. Aunque los rumores se multiplicaban, nadie les prestaba demasiado crédito, pues los gestos de ternura que los recién casados se prodigaban durante el día hacían perder credibilidad a todas esas historietas escabrosas. El cuarto día, Vincenzo y Margarita, con aire abatido y ojeras, que destacaban sobre todo contra la piel blanca de la princesa, sólo abandonaron el dormitorio para desayunar. Al atardecer, un mensajero salió al galope hacia Mantua.

A Margarita le temblaban las piernas. «Soy una niña», se recriminó, e intentó clavarlas firmemente en el suelo. Aunque los braseros humeaban en varias esquinas de la estancia, Margarita, desnuda de cintura para abajo, decidió achacar el temblor al frío, y no a la mirada helada del Donati, a quien Vincenzo había recurrido, con la esperanza de que él les ayudase a descubrir por qué, no obstante todos sus esfuerzos y caricias, el cuerpo de Margarita le impedía el acceso, por qué esa joven, a pesar de comportarse como

lo haría cualquier enamorada, no le permitía hundirse en ella para consumar la unión.

Lo habían decidido de común acuerdo. Aunque sabían que no sería fácil mantener la desgracia largo tiempo en secreto, prefirieron acudir en primer lugar al médico de la familia Gonzaga; sólo el duque Guillermo sería informado de la situación: la fidelidad del Donati para con el duque era bien conocida.

El Donati ordenó a Margarita con un gesto seco que se recostase en la cama. Con expresión cercana al asco, se arrodilló entre sus piernas e introdujo dos dedos en la vagina. Margarita, sin poder contenerse por más tiempo, aunque se había jurado mantener una compostura férrea, comenzó a sollozar.

—Alteza —dijo el Donati sin levantar la mirada—, esta tarea es para mí tan desagradable como para vos; os ruego no me la hagáis aún más odiosa.

Cuando concluyó el reconocimiento, el médico se levantó, se lavó las manos con extrema meticulosidad en una palangana colgada sobre uno de los braseros, y salió del cuarto murmurando una despedida e insinuando apenas el inicio de una reverencia. Los hipos de Margarita fueron perdiéndose a medida que el Donati se apresuraba por el pasillo, en busca del príncipe, pues a él correspondía saber la noticia en primer lugar.

Margarita dijo que no con firmeza a la vez que con cortesía. No era la negativa de una niña encaprichada, sino la de una mujer que ha decidido lo que le conviene. El Donati sacudió la cabeza contrariado.

—Espero que reflexionéis. El príncipe no puede permitirse un matrimonio sin descendencia. Sabéis, puesto que ya sois una mujer de juicio —aduló—, que si la casa Gonzaga no tiene descendencia la guerra no tardará en llegar. Vuestro amado marido deberá combatir al frente de las tropas. Cuánto más generoso sería por vuestra parte renunciar a la vida conyugal, a cambio de un matrimonio místico con Cristo Nuestro Señor. Os aseguro que la vida monacal también tiene sus alegrías y compensaciones. Y aún mayores serán éstas en el Paraíso.

—¡Pero yo ya estoy casada!

—Un matrimonio que, por desgracia, no ha podido consumarse, no es tal a los ojos de Dios. Permitidme recordaros que sólo el vicio

y la concupiscencia serían los frutos vanos de vuestra unión, puesto que no os es dado santificarla con un hijo. Reflexionad, conversad con el señor Vincenzo. Consultad con vuestro corazón.

—Quizá —se atrevió a insinuar Margarita— si un cirujano me examinase, podríamos saber si es de verdad imposible que pueda alumbrar un hijo para los Gonzaga.

Vincenzo y Margarita acudieron a Parma, donde ella debía ser examinada por el Aquapendente, el médico de más prestigio en aquella época. Vincenzo, cuya pasión parecía no extinguirse sino avivarse al no poder ser satisfecha, estaba pendiente de su joven esposa, velaba su sueño, le regalaba continuamente fruslerías, la trataba como a una niña a la que desease mimar para evitar que se convirtiese en mujer adulta. «Verás —le dijo al despedirse de ella para dejar entrar al médico— como se encontrará una cura. Y yo te esperaré hasta que podamos unirnos». Ella acarició la mejilla de aquél a quien había decidido amar; su tacto le pareció casi demasiado blando para ser el rostro de un guerrero. De pronto fue ella quien se sintió maternal, y pensó que no podía dejar solo a ese niño desgarbado y tan deseoso de que alguien le amase.

Probablemente produjo placer al duque comunicar la decisión a su hijo. Probablemente, puesto que le despreciaba, disfrutó —a pesar de las preocupaciones que podía causarle el enfrentamiento previsible con los Farnesio— el gesto de dolor que afloró al rostro del príncipe, quedándose pegado a él unos segundos no obstante los esfuerzos que éste realizó por expresar indiferencia.

—Sea como vos digáis —repuso por fin Vincenzo, mirando por la ventana como quien no escucha más que por obligación una noticia tediosa e insignificante—. ¿Se lo comunicaréis vos mismo?

En efecto, el duque Guillermo anunció su decisión a Margarita, que no sabía dónde posar la mirada, puesto que la de Vincenzo parecía haberse perdido en un punto difícil de determinar pero lejano sin duda del asombro, incredulidad casi, que la princesa no se esforzaba en contener, sino que, por el contrario, parecía apoderarse de todo su cuerpo, de cada uno de sus gestos.

—Pero, señor, si es vuestra voluntad que me someta a una cura, que bien entiendo debe salvar nuestra unión y ayudarnos a tener hijos dignos de las casas a que pertenecen, con mucho gusto acataré vuestras órdenes. Pero quisiera hacerlo aquí, en Mantua, cerca de

mi esposo, pues ninguna medicina surte efecto cuando el alma está acongojada, como sin duda lo estaría la mía si me viese obligada a desplazarme a Parma, pues ya no es aquél mi hogar, sino éste que habéis tenido a bien darme. El apoyo de Vincenzo me ayudará a recuperarme con celeridad. ¿No es cierto, Vincenzo?

—Sin duda, sin duda —concedió el príncipe, incómodo, como respondiendo a una pregunta que no hubiese acabado de entender pero no quisiera le repitiesen.

Años más tarde Margarita Farnesio diría que fue aquél el día en que dejó de ser niña para convertirse en mujer. De pronto había comprendido no sólo que la traición existe, sino también que los sentimientos son los centinelas adormilados que le dejan la vía libre. Al dominar sus sentimientos, Margarita se desdobló, se convirtió en dos personas en constante lucha, característica que es propia de los adultos.

«Aceptaré vuestra orden», dijo a esas dos figuras que de repente le parecían las de dos enemigos. «No conseguiréis vuestro propósito», se dijo a sí misma, y a ellos se lo indicó mediante la mueca amarga con que se despidió. Vincenzo, que aún no había comprendido la metamorfosis de su esposa, se estremeció al descubrir en ella un gesto de tal dureza en un rostro al que por lo general sólo asomaban sonrisas o pucheros.

Leonor, la madre de Vincenzo, acogió la noticia con secreta satisfacción, pues era mujer temerosa de la carne y sus redadas, que jamás se permitió el placer; la desgracia de Margarita, a la que desde el principio estimó inclinada al atolondramiento y la concupiscencia, la resarcía de sus sacrificios y realzaba su opinión de sí misma: Dios recompensaría con el Cielo su renuncia voluntaria; la de Margarita, obligada, era el castigo para su voluptuosidad y ligereza. Dios, aunque duro, es justo.

El padre de Margarita tampoco compartió las cuitas de su hija. Es cierto que la había amado mientras era una niña. Ahora, empero, que había crecido y dejado de pertenecerle, no veía en ella más que una potencial fuente de ganancias o de problemas. También él le recomendó el convento.

El papa Gregorio XIII, temeroso de que el virgo inexpugnable de una niña pudiese dar lugar a un conflicto de consecuencias imprevisibles pero sin duda desastrosas para el catolicismo, decidió

tomar cartas en el asunto. Afeó la conducta de quienes pretendían forzar la vocación en un alma que aún no había sido llamada por Nuestro Señor. Recordó a los Gonzaga y a los Farnesio que la consumación del matrimonio reportaría beneficios incontables a ambas familias. Para dirimir el conflicto, nombró un árbitro a cuyo juicio las dos partes habrían de someterse.

Carlos Borromeo, en quien recayó el encargo papal, era a la sazón cardenal y arzobispo de Milán. Su juicio recto, aunque inflexible, le había dado fama de hombre santo, no de ésos cuya compañía se busca por reconfortante en un mundo lleno de desmanes, sino de aquéllos a quienes se rehúye, pues es a fuerza de frialdad y dureza que han sabido resistir a las tentaciones del Maligno. Su aspecto físico no era más amable que su carácter: los ojos algo prominentes y como ansiosos; la nariz ganchuda y afilada, de una rotundidad propia de la caricatura; los labios finos y vueltos hacia el interior de la boca, de forma que ésta, cuando cerrada, no era más que un trazo difícilmente perceptible; sólo las comisuras, algo abultadas y curvadas hacia el suelo, revelaban claramente que la apertura bucal se encontraba allí a la vez que terminaban de dar al cardenal una innegable apariencia aquilina; el diminuto maxilar inferior obligaba a retraerse hacia el cuello a una barbilla casi tan curva como la nariz, con la que parecía querer formar un arco.

A pesar del continente severo y casi airado del arzobispo de Milán —quien, en efecto, sólo por obediencia a Su Santidad había aceptado tan enfadosa tarea—, Margarita decidió confiarse a él y someterse a su juicio. Margarita, de forma tan ingenua que hubiese conmovido a cualquier otro, contó al Borromeo los detalles de sus frustrados intentos de consumar el matrimonio; también le explicó que no sería capaz de soportar la vida monacal, no por falta de amor hacia Cristo, sino únicamente por su disposición innata a la alegría, la música y la conversación, que no se consideraba capaz de superar en breve tiempo.

El cardenal escuchó el relato como un confesor ya harto de oír tanto pecado y tanta mezquindad, que preferiría pronunciar una condena en lugar de una absolución. Sin embargo, consciente de su deber, se esforzó por comprender las explicaciones de esa mujer que parecía oscilar continuamente entre la risa y las lágrimas. Rasgo éste que interpretó como propio de una persona poco madura y algo

egoísta, a la que los propios sentimientos desbordan, sin dejarla interesarse por el resto del mundo.

Carlos Borromeo escuchó también a Vincenzo, quien adoptó desde el principio una actitud de reserva y desconfianza, así como a los médicos que habían examinado a Margarita.

Tras unos días de reflexión, decidió que la única forma de evaluar la deformación anatómica de la princesa —y por ende su idoneidad para la gestación— era establecer un parangón con la de otras vírgenes de su edad. Con este propósito se hizo venir a cuatro jóvenes de catorce años, a las que sacaron de un orfanato monacal —se les suponía, con tal origen, virginidad y la modestia suficiente para someterse a prueba tan delicada—. Margarita, dispuesta a seguir todos los consejos de ese hombre al que consideraba un santo, aceptó resignadamente.

Las cinco mujeres, desnudas bajo sus respectivas mantas, se fueron sometiendo en silencio al examen de tres doctores. Los tres sabios, tras inspeccionar con la vista la vagina de cada una y tras introducir en ella los dedos para hacerse una idea de la conformación de las paredes vaginales hasta el himen, anotaban sus conclusiones mientras se susurraban en un aparte pareceres y diagnósticos. Cuando le llegó el turno, Margarita cerró los ojos para evitar la mirada de conmiseración de las otras cuatro mujeres, quienes, acostumbradas a la humillación de vivir de la caridad ajena y a todas las demás a que eran sometidas en pago por dicha caridad, se daban cuenta de cuánta vergüenza debía de estar pasando esa niña habituada al respeto y la intimidad. Una vez que los médicos abandonaron el aposento, las cuatro huérfanas rodearon a Margarita, dándole la protección que ellas hubiesen deseado tantas veces para sí mismas.

Margarita se dio demasiado tarde cuenta de su error. Sólo hombres habían sido llamados a juzgar sobre su caso, a inspeccionar su cuerpo, a velar, supuestamente, por su conveniencia. Ni una mujer para comprender de verdad sus anhelos, sus temores. Es cierto que Carlos Borromeo era persona admirada por su rectitud, pero Margarita debía haberlo sospechado: los hombres sólo admiran a los calaveras y a los abstinentes, pues únicamente la desmesura les parece digna de elogio; jamás admirarían al marido fiel, ni desearían imitar al hombre tierno y

comprensivo capaz de anteponer los intereses de su esposa a los propios. ¿Cómo iba Carlos Borromeo a derrochar en ella la compasión que negaba a su mismo cuerpo? De su árida castidad no podía manar la condescendencia.

Las últimas tentativas de Margarita por detener lo inevitable fueron desarboladas tajantemente: como los doctores consideraban que una operación no tenía posibilidades de éxito, se le prohibió someterse a ella. Aunque estaba dispuesta a correr el riesgo, le negaron el permiso para intentarlo, pues operarse en tales condiciones equivalía a un suicidio, es decir, a un pecado mortal.

Margarita aguardó durante meses una carta de Vincenzo, la prueba de que él no la había abandonado. Unas cuantas líneas de su puño y letra le habrían dado la fuerza necesaria para seguir luchando. Ella continuó escribiéndole e incluso mandándole poemas melancólicos, pero no por ello menos apasionados.

Por fin, cuando no pudo soportar más el silencio que crecía y crecía a su alrededor, pidió permiso para retirarse del mundo, no a un convento, sino a una mansión en la que viviría sola, con la única compañía de los sirvientes necesarios.

Carlos Borromeo, sabiendo que sólo la entrada de Margarita en un convento permitiría anular el matrimonio, la fue convenciendo poco a poco para que hiciese la prueba, no de manera definitiva, sino para examinar la profundidad de su vocación. Margarita, que se sentía resbalar hacia una sima sin fondo, optó por la supervivencia: vivir retiradamente pero en este mundo sólo le ofrecía la resignación y la amargura, el recuerdo de un pasado que no llegó a consumarse. La entrada en el convento, la búsqueda de la vocación, ponía ante ella una tarea que concedía un sentido a su vida. Decidió ofrecer su sacrificio a Dios Nuestro Señor.

Sin embargo, cuando las puertas del convento se cerraron tras ella, Margarita Farnesio prorrumpió en gritos de desesperación. Vincenzo jamás volvería a abrazarla.

Sin título

«Voy a escribir la crónica de un fracaso».

Ésa es la primera frase que se me ha ocurrido al sentarme ante mi Toshiba portátil. En realidad, no se trataba tanto de una frase para dar inicio a un relato, como de una declaración de intenciones que me hacía a mí misma.

Es la pega de los ordenadores: resulta tan fácil borrar o modificar lo escrito, que no reflexionamos lo suficiente sobre su veracidad o pertinencia. Con un par de leves movimientos digitales, tan automáticos que la voluntad sólo desempeña en ellos un papel marginal, desaparece lo escrito. Y ni siquiera tal desaparición es necesariamente definitiva, pues bastaría pulsar otra tecla para reconstituir sobre la pantalla esa frase que habíamos condenado a la extinción. Por ello, querámoslo o no, concedemos menor importancia a las palabras, acabamos por olvidar la reflexión que debe preceder a la escritura.

Desde que escribo con ordenador mi obra sólo provoca en mí una indiferencia desdeñosa. Lo que escribo ya no me parece formar parte de mí, de mi experiencia, sino una mera acumulación de oraciones que podrían haber sido escritas por cualquier otro. Sin embargo, ya no puedo prescindir de la máquina. He dejado de soportar mi caligrafía dubitativa, mis renglones desordenados, que dejan constancia de lo precario de mi trabajo.

Repito, ahora voluntariamente, la frase inicial. Le concedo así oficialmente el carácter de introducción de las siguientes páginas:

«Voy a escribir la crónica de un fracaso».

Me refiero al nuestro. Aunque, acaso, sobre todo, estoy hablando del mío. Éste es, por cierto, el último cuento del libro. La casualidad me ha dejado la ingrata tarea de añadir las palabras finales, que no pueden dejar de ser una evaluación de nuestro trabajo. Así, cuando acabe estas páginas, pondremos la palabra fin, y con ello habremos añadido un objeto más al universo. Después de lo cual seguiremos

viviendo nuestras vidas, conscientes de que no seremos nosotros quienes cosechemos el fruto posible de nuestra obra. Lo que nos desespera, sin embargo, es la incertidumbre, más bien la sospecha de que este montón de páginas no sea más que uno de los tantos objetos estériles que pueblan nuestro cosmos, un residuo de la desintegración de la realidad en lugar de instrumento para reordenarla.

Quizá nuestro pecado sea la soberbia: nos hemos deslumbrado a nosotros mismos entregándonos a la pirotecnia más banal, en lugar de cuidar celosamente la llama que nadie ve. Para darse cuenta de ello, basta echar un vistazo a los ocho cuentos que preceden a éste: su característica común es el exceso. Son, disculpadme si os juzgo con dureza, historias disparatadas de soberanos orientales e imposibles, de personas desconectadas absolutamente de la realidad que les rodea —uno entregado a la enfermiza adoración de un cadáver, el otro a la latría del desconsuelo y la huida—, de un príncipe convertido en caricatura para subrayar la tragedia de su destino, de una mujer reducida a una vagina informe en manos de médicos despiadados, de un reencuentro imposible… Los personajes son monstruos.

No me refiero con ello a seres horribles o maravillosos, sino a entes desproporcionados, reducidos a una sola característica, enclaustrados en un único modelo de conducta, el que nos interesa para nuestros fines. Hemos caído en el pecado mortal de la literatura: deformar la realidad en lugar de descubrirla. Nuestro amor por lo excesivo, por la situación extrema, no revela más que la incapacidad para reconocer lo maravilloso en lo cotidiano, la verdad, parca pero cierta, en la rutina. No diré que haya que desterrar al monstruo de nuestras páginas, pero sí que su presencia significa una capitulación.

¿Me acusaréis de dogmática, de intentar establecer una doctrina de lo que se debe o no se debe escribir, de poner barreras a la fantasía? Acaso soy demasiado torpe para haceros comprender. Pero aunque no me creáis, sé que llevo razón. Que engendramos monstruos para que nos sirvan de parapeto, pues nadie nos identificará con esos seres improbables; los considerarán, acertadamente, engendros de la fantasía; sus sufrimientos histriónicos harán olvidar los nuestros, sus acciones tremendas

disimularán nuestra impotencia, sus risas estrepitosas harán más llevadero nuestro silencio.

También la historia que sirve de justificación a las demás es un exceso. Nuestra lucha contra la soledad no es más que una pobre caricatura de nuestras vidas. Lo que no es esencial para nuestro propósito lo dejamos de lado. ¿Qué queda entonces de nosotros? Seres con un órgano hipertrofiado, que oculta el resto. Seres por ende tan increíbles como aquellos que hemos inventado. ¿Qué valor conserva, entonces, nuestro proyecto?

Por eso, como último recurso para volver al camino necesario, he decidido escribir estas páginas. El cuento será crónica aburrida como tantas de nuestras tardes, historia de errático argumento, acto tan difuso como nuestras propias vidas. Empezaré por contar lo que ha sucedido esta mañana, lo cual quizá permita entender que nuestro fracaso no es únicamente literario. Que es en nuestro objetivo último, vencer a la soledad, donde hemos sufrido la derrota más aplastante.

Esta mañana me he despertado temprano. Apenas había comenzado a amanecer. Aún adormilada, he abierto la ventana grande, la que da al sur, sobre los viñedos, y he contemplado el paisaje ya tan familiar. En un momento cualquiera, sin venir a cuento, me he puesto a llorar.

(A pesar de los párrafos anteriores, no creo que deba disculparme por iniciar un cuento con una actividad lacrimosa. Ya sé que los personajes literarios son más dados a llorar, reír, gritar y hacer muecas ante el espejo que sus referentes de carne y hueso. A pesar de todo quisiera otorgar al llanto el rasgo de acto no necesariamente literario; quisiera, en definitiva, defender mi derecho a llorar cuando me venga en gana, sin necesidad de ocultarlo echando la culpa a las lentillas para eludir acusaciones de afectación o ñoñería. Recuerdo al lector, además, que hubo un tiempo en que las lágrimas inundando los ojos se consideraban prenda imprescindible de las personas dotadas de una mínima sensibilidad).

Confieso, a pesar de mi apasionada apología del llanto, que mis ojos enrojecidos han sido la causa de que me quedara en la habitación renunciando a desayunar con los demás. Supongo que porque no me parecía justo recibir un consuelo que no estaba en

condiciones de aceptar.

Pero quizá antes de continuar y explicar las razones de mi llanto sea bueno que me presente: soy Myriam, sí, la de los ojos preciosos y las nalgas que tampoco están mal, aunque debo decir en honor a la verdad que los dos arcos casi perfectos que delimitaban antaño estas últimas han comenzado a achatarse por la parte inferior. De todas formas a Terry —the rat, yes, the bloody rat— le gustan; afirmación que me permite entrar de lleno en el problema, porque no deja de ser sintomático que sólo hable de mis ojos y mis nalgas, que me reduzca a un monstruo más, a dos pares de esferas entresacadas de mi anatomía. Y que luego escriba un cuento sobre ese individuo que no es capaz de comunicar con su mujer ni para expresarle su fastidio. Con él sucede lo mismo; no digo que me aborrezca; al contrario, me idolatra; adora, ya lo he dicho, mis ojos y mi culo. Pero no habla conmigo más de lo que hace el personaje de su cuento con la pobre Marta. Vive en su mundo, entregado a su propio tren eléctrico, con el que no me permite jugar, temeroso, acaso, de que se lo quite o estropee alguno de los delicados resortes.

Terry sólo me quiere para dos cosas: la primera, para adorarme de lejos, vigilando la expresión al parecer tan maravillosa de mis ojos mientras converso con los demás, escribo o me lavo los dientes; la segunda —se acabaron las contemplaciones, el lenguaje delicado, al pan, pan— para follarme.

Soy escritora. Se me supone, por tanto, la capacidad de utilizar el lenguaje con cierta precisión. Es decir, que el hecho de que emplee un término en lugar de un sinónimo es resultado de una elección deliberada. Cuando menos en este caso es cierto. En lugar de emplear ese vocablo ordinario podría haber dicho que sólo me quiere para hacer el amor: pero eso implicaría una cierta dulzura. También habría podido hablar de copular, como se dice de los escarabajos y los perros, que es el verbo que habría elegido si Terry fuese uno de esos hombres que utilizan a la mujer como madre de sus hijos, para los que el acto sexual es una necesidad, un paso algo engorroso sólo suavizado por la invención del bidé, un imperativo de la reproducción; o podría haber optado por otra palabra poco presentable en sociedad, como «joderme», que estuve a punto de emplear, pero me pareció en exceso contaminada por su otro uso frecuente, para expresar el acto de dañar a una persona; y Terry no

desea dañarme, seamos justos.

Así que follarme. E insisto en la precisión del vocablo, tanto en el verbo elegido como en el pronombre enclítico que le acompaña. Porque habría escrito «follar conmigo» si me hubiese parecido que durante el proceso hubiese surgido una cierta comunidad de intenciones o sentimientos, el deseo —no ya de fundirse uno con otro, Dios me libre— de intercambiar o comunicar algo. No es tal el caso. Terry me quiere para follarme, para hundirse entre las ya mencionadas nalgas y realizar allí una operación de frotamiento que parece satisfacer todas sus necesidades. En cuanto a mí, francamente, no puedo más. No recuerdo más abrazos que los de las primeras noches. Desde entonces hago el amor —porque, a pesar de todo, yo sí intento hacer el amor, cursi de mí— con la almohada o el colchón. Son las sábanas las depositarias de mis besos, la almohada la receptora de mis caricias, mientras él, a mis espaldas, hunde su pene entre los dos fetiches gemelos, descarga su semen en la grieta que los delimita, ignorando mis intentos de darme la vuelta, de atraparle en mis brazos, de deshacerme del tacto húmedo y lejano de las sábanas contra mis labios. Es inútil: para él el amor sólo existe desde el anonimato. Y si esta mañana he llorado, es, como decía, porque no puedo más. No sólo porque no me satisface la manera en que me folla. Sino porque no soporto sólo ser órbitas oculares y glúteos. Anoche, después de lo que podríamos denominar fríamente y sin detalles «acto sexual», intenté hablar con él del tema. Comencé, cuidadosamente —para no asustarle, para no darle la impresión, tan extendida entre el sexo masculino, de que quería cambiarle, robarle su libertad, obligarle a ser de otra forma, zarandajas—, a explicarle que no soy feliz. Que la idea que yo me hago del amor no se ve cumplida. Mientras se giraba para apagar la luz, dijo, más o menos textualmente, «cada vez estoy más convencido de que la comunicación entre las personas es imposible».

Entonces no lloré. Sólo esta mañana, después de abrir la ventana, mirar las viñas, cuyas hojas comenzaban ya a trasparentarse con brillos verdosos, después de oír el primer revoloteo de pájaros y de atreverme a respirar llevando el aire algo más abajo de mi esternón, de pronto se me llenaron los ojos de lágrimas y la boca de los insultos que estrujé anoche entre los

dientes.

Hay más. Claro. Terry no es ese monstruo, ese ogro, ese engendro que he dado a entender en las líneas anteriores. A veces me rasca la cabeza distraído al pasar a mi lado, o me pela una manzana de manera que la cáscara no se rompe sino que forma una larguísima y enroscada culebra que deposita, inofensiva, junto a mi plato como una ofrenda infantil. O a veces me cuenta alguna de esas películas que se sabe de memoria y cuya existencia yo —ignara notable— ignoro. Entonces él representa papeles en los momentos culminantes, de manera que sucesivamente pone ante mis ojos la bofetada de Gilda, ese momento en que Bogart se despide no recuerdo de quién, y el asalto a no sé qué famosa diligencia. Para representar una escena del *Último tango* me pidió mi colaboración. No nos hablamos en tres días.

Con mirada aún borrosa, me he sentado al escritorio para ponerme a escribir el último cuento. Ninguno de los argumentos que había esbozado en estas semanas me atraía lo suficiente. Todos me parecían falsos, artificiales. Aún estaba jugueteando con las teclas, escribiendo frases a medio pensar que luego borraba, cuando Terry entró en la habitación. Después de fingir que buscaba esto o lo otro —rebuscando sin convicción en varios cajones, incluso echando un vistazo rápido y algo absurdo a la papelera—, con lo que me daba a entender que había subido por algún motivo que nada tenía que ver conmigo, y tras ignorar consecuentemente mi mirada húmeda y rencorosa, me preguntó distraído:

«¿No bajas a desayunar con nosotros?».

Mi primer insulto se estrelló contra su expresión de quien se sabe injustamente maltratado, pero cuya bondad le impide devolver mal por mal. El segundo resbaló contra su espalda inexpugnable. Y luego, cuando llevaba ya un rato contemplando impotente la puerta cerrada, me di cuenta de mi equivocación: estaba actuando de manera opuesta a nuestra doctrina; estaba suponiendo que mi dolor y mi rabia eran asunto mío, con lo que robaba a los demás y a mí misma la posibilidad de compartir nuestras vidas.

Tras limpiarme con un algodón el rímel que había descendido desde mis pestañas y que me daba un aspecto exageradamente patético, como de payaso tristísimo, bajé a buscar a los demás.

Estaban sentados en la cocina, alrededor de la gran mesa de

roble, esperando, al parecer, a que el café estuviese listo. Alicia, con gesto enfurruñado, protestaba, ante la mirada de fastidio infinito de los hombres y traicionada por la expresión algo culpable —como si las estuviese criticando a ellas— de las mujeres; Carmen se alegró al verme, pues mi llegada le daba la oportunidad de escapar de su incómoda situación.

«Ah, aquí llega Myriam», exclamó con alegría más cortés que sincera, pero como Alicia, tras un breve titubeo, continuaba su lamento, «es que es verdad, los tíos esperáis que nosotras nos ocupemos de todo, de la cocina, de las flores del jarrón, de hacer…», Carmen se levantó a vigilar el café, ofreciéndome de paso su silla. «Ahora cojo yo otra».

Hago un inciso: dejo mi fracaso personal para hablar del proyecto. Las cosas nos van mal. En realidad, el libro no presenta esa unidad que esperábamos, sino que es una adición de cuentos diferentes, entre los que van apareciendo declaraciones que no fomentan la integración, sino lo contrario. Para colmo, incluso ha estallado una batalla ideológica, prueba palpable de que hemos errado el camino. En lugar de aceptar cada opinión como complemento de la siguiente, en vez de comprender que sólo la suma de nuestras opiniones puede abarcar el mundo, nos enzarzamos en argumentaciones cuyo objetivo es invalidar todas las opuestas. ¿Era Stuart Mill quien decía que un principio básico de la filosofía es que una cosa y su opuesta no pueden ser verdad a la vez? Se equivocaba. El mundo es hermoso. El mundo es horrible. El amor es dulce. El amor es amargo. Como ninguna afirmación puede abarcar la realidad, todas se complementan. Todas son, en parte, verdad.

Y ésta, claro, no es más que mi visión de la realidad, una visión conciliadora, y así me luce el pelo. Porque yo ando entre las facciones, revoloteando de una a otra, sin pertenecer a ninguna, sola. Carmen duerme con José Ramón, que estará encantado con discípula tan humilde. Arturo no se despega de ellos salvo para dormir. Andan los tres velando la llama sagrada de nuestra empresa. Terry se supone que está conmigo, pero con quien habla es con otro hombre, Antonio, y ambos han decidido presentar un frente de chistes tontos a la seriedad de los otros. Andan por ahí riéndose por todo, intercambiando guiños, como adolescentes que

se dan codazos al oír la palabra coseno o putativo. José Manuel se ajuntaba con el triunvirato hasta que escribió sobre la muerte, lo que le hizo caer en desgracia. Anda ahora más cerca de Alicia, quien a su vez había buscado la alianza femenina: fracaso frontal con Carmen —hija, no hay que verlo todo de manera tan radical— y conmigo, que no me apetecía dejarme enjaezar para trabajar por sus intereses. En cuanto a Julia, se refugia casi todo el tiempo en sus meditaciones y ritos. Recorre la casa con gesto iluminado, de otro mundo, y te abraza en cuanto te descuidas, mirándote dulcemente a los ojos. A mí me recorre un escalofrío cuando me toca. Y Alicia le ha prohibido acercarse, porque dice que el amor universal a ella le da dentera. Así que Alicia permite a José Manuel que la consuele, aunque intuyo que la alianza será efímera. Y yo, como decía, con Terry pero sin él, y bastante escéptica y bastante harta, lo que supongo se adivina en el tono de mi crónica.

Vuelvo al relato de lo sucedido esta mañana. Escuché un rato la perorata de Alicia, quien, aunque tiene razón en su crítica, acaba por resultar monocorde a fuerza de preocuparse únicamente del tema de la igualdad entre sexos. Su empeño es conmovedor a la vez que fastidioso. Por fin, cuando vio que el que más y el que menos desviaba su atención hacia cualquier excusa que le permitiese eludir la filípica, se calló con gesto mohíno. Aproveché el silencio para hacerme un hueco en la atención de mis compañeros.

«Quisiera exponeros un problema», comencé, e inmediatamente me di cuenta de que la disponibilidad del grupo a hablar de nuevos problemas no era muy elevada. «¿Otro más?», leí en más de una cara. Sin embargo, no me dejé arredrar.

«Se trata de la soledad», anuncié, supongo que como cebo, con la esperanza de que esa referencia a nuestra común obsesión pudiese bastar para conjurar tanta mirada de hastío.

«Francamente, cada vez me siento más sola. Tengo la impresión de que andamos todos embebidos en nuestro trabajo, pero que casi nos hemos olvidado de los demás».

«Mujer —dijo Carmen, una vez más intentando quitar hierro a cualquier conflicto potencial—, si pasamos mucho tiempo juntos».

Terry removía cabizbajo el azúcar de su café, que a esas alturas debía de estar perfectamente diluido. José Ramón me asintió con la cabeza; puso gesto preocupado, patriarcal, de viejo eremita que está

de vuelta de tantas cosas.

«Es verdad que hablamos, pero no comunicamos, no sé nada de vuestros sentimientos, de si sois felices, de si os duele algo…».

«Con los tíos es siempre así, no merece la pena desgañitarse; son como paredes, te lo juro». Ésa era por supuesto Alicia, a la que, como de costumbre, no le falta razón, pero que tiene una manera de decir las cosas que hace que todo el mundo se ponga inmediatamente en contra de ella.

«No es sólo eso; es verdad que a Terry y a mí no nos va bien, pero es que me parece que no le va bien a nadie, que Alicia está cada vez más enfadada, que Carmen anda por ahí en su nube de felicidad falsa —“Mujeeeer”—, que Antonio está harto de nuestra tristeza y nuestras zarandajas, y que José Ramón…».

José Ramón se incorporó en ese momento con un gesto de preocupación tan extrema que resultaba casi cómico —de hecho, Antonio le estaba imitando desde el otro extremo de la mesa, alentado por más de una sonrisa cómplice.

«Querida Myriam —dijo con ademán de bondadoso pontífice, que a mí me pone negra—, de nada sirve individualizar los motivos de disgusto. Ninguno de nosotros ni nuestras mezquinas preocupaciones importan. Es la atmósfera global, la sensación resultante de la mezcla de nuestros sentimientos la que importa. Y es verdad que es preocupante, la soledad sigue gravitando sobre nosotros…».

«¿Por qué no te callas y dejas terminar a Myriam?, coño, te pasas la vida sentando cátedra, macho». Ése fue Antonio, que por una vez había decidido hablar en serio.

«Porque su discurso no nos lleva a ningún sitio. No es ése…».

«¡Que te calles, hombre! ¡Deja terminar a la chica!».

Lancé una mirada de agradecimiento a Antonio, quien respondió con una reverencia, bufón nuevamente. Pero Terry me quitó la palabra.

«No saques las cosas de quicio. No es el grupo, soy yo. Porque no hablo lo suficiente contigo, porque no soy lo bastante cariñoso. ¿No es eso? Lo siento, lo siento de verdad —estaba mintiendo, claro—. Pero no puedes esperar que cambie de la noche a la mañana».

«¿Por qué no os vais los dos a pasear por el bosque y a charlar

un poco? Al fin y al cabo no ha pasado nada dramático. En cualquier pareja…».

La tonta de Carmen me estaba poniendo histérica, así que fui injusta con ella: «Carmen, si no sabes de qué hablas cierra la boca». En buena hora. Carmen —en contra de mi indicación— se quedó con la boca abierta, y con ella aún de par en par, pero muda, imploró ayuda a su alrededor. Luego salió de la cocina haciéndonos ver que estaba conteniendo las lágrimas. José Ramón me reconvino con la mirada. Antonio se levantó, hizo una nueva reverencia, esta vez para todos, y anunció que se iba.

«¿Adónde?», indagó José Ramón, sobresaltado.

«A mi casa».

«No lo dirás en serio».

«Y tan en serio. Estoy hasta los huevos de hacer el tonto. Os cedo los derechos sobre mi cuento». Y también se fue. Era como los diez negritos. Ya no quedábamos más que siete. Terry vino a sentarse a mi lado. Puso una mano sobre mi hombro. «Como no me diga nada en el próximo minuto, le dejo», me prometí.

Arturo se acercó a José Ramón y le dijo algo al oído, a lo que el otro asintió.

«Nadie esperaba que fuese fácil», dijo Arturo en voz alta, y no sé si aguardaba una respuesta a su banalidad, pero todos callamos.

«¿Has comenzado a escribir tu cuento?», me preguntó José Ramón, por cambiar de tema. Negué con la cabeza. Luego hubo otro silencio. Terry se revolvió incómodo a mi lado. Noté su mirada sobre mi perfil. En voz lo suficientemente alta para que lo oyesen los demás, me dijo: «Estás guapísima».

Le mandé a la mierda, claro. Después subí a mi habitación, ignorando las amonestaciones de José Ramón. Comencé a escribir en mi Toshiba portátil. Sin demasiadas ganas. Alguien tenía que contar la historia. La del fracaso.